
LA CHICA DE LA FÁBRICA
SYBIL COOK

LA CHICA DE LA FÁBRICA



SYBIL COOK

ÍNDICE

1. Sarah
2. Daniel
3. Sarah
4. Daniel
5. Sarah
6. Daniel
7. Sarah
8. Daniel
9. Sarah
10. Daniel
11. Sarah
12. Daniel
13. Sarah
14. Daniel
15. Sarah
16. Daniel
17. Sarah
18. Daniel
19. Sarah
20. Daniel
21. Sarah
22. Sarah
23. Daniel
24. Sarah
25. Daniel
26. Sarah - Tres años después

Sin título

SARAH



Sarah Dobbs mantenía la cabeza baja y la boca cerrada. Esto no era especialmente difícil en el hospicio de St. Michael, donde ambos hábitos se les inculcaban a los niños a golpes desde el momento en que llegaban. Tras pasar diez años en aquel lúgubre establecimiento, Sarah dominaba el arte de ser invisible.

Pero hoy no.

—¿Cómo llamas a esto, niña? ¿Costura o garabatos? —la matrona Grimsby sostuvo en alto la labor de la pequeña Lily, agitándola frente a la cara de la asustada criatura—. ¡He visto a mendigos ciegos hacerlo mejor!

El labio inferior de Lily tembló peligrosamente. A sus siete años, era la más joven del taller de costura y sus diminutos dedos aún peleaban con la aguja.

Sarah reprimió el deseo de poner los ojos en blanco. La matrona Grimsby permanecía con las manos plantadas en sus prominentes caderas, esperando las lágrimas. Siempre esperaba las lágrimas.

—Lo siento, matrona —susurró Lily.

—Lo siento no arreglará las camisas, ¿verdad? ¡Lo siento no pagará tu sustento! —la matrona levantó la mano para golpear, y Sarah tomó la decisión incluso antes de saber que lo había hecho.

—Yo lo arreglaré —dijo Sarah, levantándose de su banco de trabajo.

Veinte pares de ojos se clavaron en ella con horror. Hablar sin permiso iba contra las normas. ¿Ofrecerse voluntaria para trabajo extra? Jamás se había visto.

La matrona Grimsby se giró despacio, entrecerrando sus ojos pequeños hasta convertirlos en dos puntos maliciosos. —¿Qué has dicho, Dobbs?

—He dicho que yo lo arreglaré —repitió Sarah—. Ya he terminado mi lote. Puedo rehacer las costuras de Lily antes de la cena.

—¿Ah, sí? ¿La gran Sarah Dobbs va a salvar el día? —la sonrisa de la matrona era peor que su ceño fruncido—. Qué maravillosamente caritativa. ¿Y cuándo exactamente te has convertido en la dueña de este hospicio?

Sarah se mordió la lengua con fuerza. —No pretendía...

—¿No pretendías propasarte? ¿Cuestionar mi autoridad? —la matrona se acercó a grandes zancadas y se inclinó hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Sarah. Su aliento olía a té rancio y a inquina—. Te he estado vigilando, Dobbs, y eres demasiado lista para tu propio bien. Te sobra la mitad del orgullo.

Sarah se mantuvo firme, pero bajó la mirada como se esperaba de ella. —No, matrona.

—Acuérdate de lo que te digo, niña —la voz de la matrona bajó hasta convertirse en un susurro ponzoñoso—. No hay nada que le guste más al mundo que quebrar el espíritu de las chicas orgullosas como tú. Vendrá a por ti, y disfrutaré viéndolo cuando ocurra —se enderezó—. Coge el trabajo. Las dos os quedaréis sin cenar.

Sarah asintió. Al menos, no hubo paliza.

La puerta del taller de costura chirrió al abrirse y el señor Simmons, el director del hospicio, asomó su cabeza calva. —¿Matrona Grimsby, podemos hablar un momento?

La matrona Grimsby resopló, pero lo siguió fuera cerrando la puerta con fuerza.

Lily corrió hacia el banco de Sarah con los ojos como platos y llenos de lágrimas. —Lo siento, Sarah. No deberías haber...

—Chitón —Sarah sonrió, pasando una mano por el pelo enmarañado de Lily—. No pasa nada. Déjame ver esos terribles garabatos.

Lily soltó una risita y le entregó la camisa mal rematada.

—No está tan mal —mintió Sarah, examinando las puntadas torcidas—. Estás mejorando. Mira, fíjate en cómo sujeto la aguja.

Las chicas trabajaron en un bendito silencio durante diez minutos hasta que la puerta se abrió de golpe otra vez y la matrona Grimsby entró pavoneándose con un aspecto insoportablemente satisfecho.

—Bueno, chicas —dijo, frotándose las manos—. Hoy es un día feliz, desde luego —su tono sugería que era cualquier cosa menos eso—. ¡Stoops, Dobbs, Miller, Rhodes y Thompson, al centro y al frente!

Sarah intercambió una mirada rápida con Amanda, su mejor amiga en aquel lugar miserable. Amanda frunció el ceño con preocupación.

Las cinco chicas se pararon ante la matrona, que dio vueltas a su alrededor como un gato jugueteando con ratones.

—¡Qué suerte! ¡Qué oportunidad! —declaró la matrona—. La hilandería de algodón de Bailey necesita nuevos trabajadores, y el señor Simmons ha ofrecido amablemente vuestros servicios.

A Sarah se le hundió el estómago. La fábrica. Todo el mundo sabía lo que les pasaba a los niños en las fábricas.

—Os iréis de inmediato. Recoged vuestras cosas —la sonrisa de la matrona era la de un tiburón.

La fábrica era brutal, pero también estaba... fuera. Lejos de St. Michael y lejos de la matrona Grimsby.

Mientras las otras chicas salían deprisa, la matrona atrapó el brazo de Sarah con una fuerza ósea. —Unas palabras especiales para ti, Dobbs —siseó—. Como causes algún problema en lo de Bailey, no volverás aquí. Nunca jamás.

Sarah intentó zafarse, pero la matrona la sujetó con firmeza.

—En las fábricas no toleran a los alborotadores. Si consigues que te despidan, solo hay un lugar que acepte a chicas echadas a perder —sonrió con frialdad—. Madame Abbess siempre busca caras frescas para su burdel. Recuérdalo cuando el orgullo se apodere de ti.

Sarah liberó su brazo de un tirón, ignorando el escozor de las marcas de las uñas en su piel. —Sí, matrona —dijo.

«A cualquier parte», pensó con fiereza. «A cualquier parte menos aquí».

* * *

El carro dio una sacudida al pasar por otro bache, haciendo que Sarah chocara contra el hombro de Amanda.

—Lo siento —masculló, incorporándose.

Amanda le dedicó una débil sonrisa. —Ya casi hemos llegado.

Las cinco chicas se acurrucaban juntas en los duros bancos de madera, con sus escasas pertenencias atadas en pequeños fardos a sus pies. Cuatro chicos de otro hospicio estaban sentados frente a ellas, con un aspecto igual de sombrío.

Tras la pequeña ventanilla del carro, el paisaje industrial de Lancashire desfilaba con edificios grises que escupían un humo aún más gris hacia un cielo que ya era gris de por sí. Podría haber resultado deprimente si Sarah no hubiera pasado toda su vida mirando los mugrientos muros de St. Michael.

—¿Sabes cómo es? —le susurró Sarah a Amanda—. La fábrica, quiero decir.

El rostro de Amanda se tensó. —Mi prima trabajó en una antes de morir. Decía que el ruido no para nunca y que respiras algodón más que aire.

—Suena de maravilla —dijo Sarah con sarcasmo.

Amanda soltó un bufido y se tapó la boca rápidamente. Sarah sonrió.

El carro se detuvo con una sacudida, haciendo que todos se esforzaran por no caerse de los bancos.

—¡Final de trayecto, ratas de hospicio! —gritó el conductor alegremente—. ¡Bienvenidos a vuestra nueva prisión!

Sarah bajó primero y luego ayudó a los demás. Ante ellos se alzaba la hilandería de Bailey, un edificio de ladrillo monstruoso con chimeneas altas que vomitaban un humo negro que parecía tragarse el cielo.

—No parece muy prometedor, ¿verdad? —le murmuró Sarah a Amanda.

—Mejor que la cara de Grimsby cada mañana —respondió Amanda.

El director del hospicio bajó del pescante del carro, estirándose el chaleco con aire de importancia. —Por aquí, niños. Comportaos lo mejor posible.

Fueron conducidos a través de grandes puertas de hierro a un patio donde los esperaban dos figuras. Un hombre delgado, de rostro amargado y dientes amarillentos, estaba de pie junto a una mujer de labios apretados y un severo vestido negro.

—La nueva remesa, señor Thorne —dijo el director del hospicio, entregándole un fajo de papeles.

Los ojos del señor Thorne recorrieron sus cuerpos como insectos, evaluando su valor libra por libra.

—Escuálidos —dictaminó finalmente—. Pero servirán.

La mujer dio un paso al frente. —Soy la señora Pickering. Dirijo los dormitorios femeninos —su voz podría haber congelado el agua —. Os dirigiréis a mí como señora o como señora Pickering. Nada más.

Sarah reprimió el impulso de hacer una reverencia burlona. Otra tirana con ropa diferente.

—Chicos, vosotros vais a la sala de cardado —ladró el señor Thorne—. Chicas... —sus ojos se entrecerraron mientras examinaba a cada una—. Vosotras tres al cobertizo de tejido. Stoops y Dobbs al hilado.

—Que alguien les enseñe sus puestos —le dijo a la señora Pickering—. Los quiero trabajando mañana al amanecer. —Dicho esto, dio media vuelta y se alejó.

Los finos labios de la señora Pickering se apretaron aún más. —¡Briggs! ¡Parker! —gritó.

Un chico y una chica salieron de una puerta cercana. El chico era alto y fibroso, con un revoltoso pelo castaño rojizo y una cara llena de picardía. La chica era tan alta como el chico, con el pelo rubio y ligeramente rizado recogido bajo un pañuelo.

—Enseñadles sus dormitorios a los nuevos y explicadles las reglas —instruyó la señora Pickering—. Briggs, tú encárgate de los chicos. Parker, de las chicas.

—Sí, señora —respondieron a coro.

La señora Pickering clavó en Sarah una mirada inquisitiva. —Tú. Dobbs, ¿verdad? Tienes pinta de ser problemática.

Sarah parpadeó con inocencia. —¿Yo, señora? Jamás.

Annie intervino rápidamente. —Yo le echaré un ojo, señora.

—Asegúrate de hacerlo —la señora Pickering resopló antes de marcharse a paso firme.

El chico, Briggs, les guiñó un ojo antes de conducir a los nuevos hacia un edificio separado. Sarah notó que Annie se sonrojaba ligeramente.

—Por aquí —dijo Annie, llevándolas a un edificio de ladrillo adyacente a la fábrica—. Soy Annette Parker, así que puedes llamarme Annie como hace todo el mundo.

—Soy Sarah Dobbs —dijo Sarah innecesariamente, ya que Annie ya había oído su nombre claramente.

—Encantada de conocerte —respondió Annie con una pequeña sonrisa.

Subieron por una escalera estrecha hasta el último piso. —Este es el dormitorio de las chicas —explicó Annie, abriendo una puerta que revelaba una habitación larga llena de camas estrechas—. Dormiréis de dos en dos por cama, así que acostumbraos a estar apretadas.

A las otras chicas nuevas se les mostraron sus camas asignadas y Sarah se despidió de Amanda. Luego, Annie llevó a Sarah al final de la habitación, cerca de una ventana pequeña.

—Compartirás litera conmigo —dijo, señalando un colchón de paja que parecía solo ligeramente mejor que los de St. Michael—. La señora Pickering es muy estricta. No se habla después de apagar las luces. No se permite comida en el dormitorio. La ropa de cama se cambia una vez al mes, haga falta o no —bajó la voz—. Y nada de exhibir objetos personales.

Sarah asintió mientras desempaquetaba su pobre hatillo con un vestido de repuesto, ropa interior, un camisón fino y un pequeño

peine de madera.

Annie la observó y luego dijo: —No es tan malo una vez que te acostumbras. El trabajo es duro, pero al menos te dan de comer habitualmente —vaciló—. Y... bueno, no nos cierran bajo llave por la noche. A veces nos escapamos al prado cuando hace buen tiempo.

Sarah levantó la vista sorprendida. —¿Se puede salir fuera? ¿Cuándo quieras?

—No exactamente. Hay toque de queda. Pero la vieja Pickering duerme como un tronco en cuanto se toma su ponche nocturno —Annie sonrió—. Tommy Briggs se sabe todas las entradas y salidas.

Los dedos de Sarah fueron a su cuello, donde guardaba su posesión más preciada oculta bajo el vestido. Era un pequeño relicario de plata que contenía un trozo de papel con los nombres de sus padres. Era su única conexión con la madre y el padre a los que apenas recordaba.

Annie abrió mucho los ojos. —Será mejor que lo escondas bien —susurró con urgencia—. La señora Pickering odia las joyas. Dice que les da ideas a las chicas sobre seducir a los hombres.

Sarah se metió rápidamente el relicario más adentro del corpiño. —Es todo lo que tengo de mis padres —admitió.

La expresión de Annie se suavizó. —Lo entiendo. Pero ten cuidado. Thorne a veces registra a las nuevas buscando objetos de valor.

La mano de Sarah cubrió instintivamente el lugar donde yacía oculto su relicario. —Tendré cuidado.

—Duerme algo —Annie ayudó a Sarah a preparar la cama—. Aquí el alba llega temprano y los capataces no toleran la tardanza.

Más tarde esa noche, después de que se extinguieran las lámparas y se calmara la respiración de las otras chicas, Sarah sacó con cuidado su relicario y lo sostuvo en la palma de su mano. La plata captó la tenue luz de la luna que entraba por la ventana.

Lo abrió y tocó el trocito de papel amarillento que tenía dos nombres escritos con tinta descolorida: James y Mary Dobbs. Su madre le había enseñado a leer esos nombres y algo más antes de que la fiebre se llevara a sus dos padres, dejando a la pequeña Sarah de siete años a merced de St. Michael.

Sarah cerró los ojos, apretando el relicario contra su pecho, e hizo lo que siempre hacía antes de dormir. Imaginó la voz de su madre cantándole para que se durmiera, la risa de su padre mientras contaba historias a la luz de las velas. En su mente, sus rostros estaban borrosos porque el tiempo les había robado las facciones, pero el sentimiento de ser amada permanecía tan claro como el agua.

Mañana empezaría su trabajo en la fábrica, con su ruido, su polvo y su tarea interminable. Pero esta noche, en la oscuridad de su nuevo dormitorio, Sarah Dobbs se aferraba a lo único que le pertenecía de verdad: el recuerdo de haber sido, una vez, la hija de alguien.

DANIEL

Las ruedas del carruaje traqueteaban sobre las calles de adoquines mientras Daniel Bailey observaba cómo Lancashire pasaba de ser una mancha en el horizonte a convertirse en la extensa ciudad industrial que había dejado atrás hacía tres años. Los familiares edificios manchados de hollín aparecieron ante su vista, pero algo era distinto.

—La fábrica ha crecido —observó Daniel, inclinándose hacia delante para ver mejor la Hilandería de Algodón Bailey. Lo que antaño fuera una estructura impresionante pero modesta, ahora dominaba el paisaje, con nuevas alas que se extendían en tres direcciones y chimeneas adicionales que bombeaban humo negro hacia un cielo que ya de por sí era gris.

—Su padre ha estado ocupado —comentó Arthur Evans desde su asiento frente a Daniel. Aunque técnicamente era el ayuda de cámara de Daniel, Arthur había sido su compañero desde la infancia; los dos muchachos habían crecido juntos a pesar de sus posiciones sociales tan dispares.

Reginald Farnsworth, el amigo de la universidad de Daniel que lo había acompañado en el viaje, le dio un toque a Daniel con la bota. —¡Santo Dios, mira a esa mujer! —señaló por la ventana a una figura femenina y robusta con un vestido raído—. ¡Se contonea como el ganso premiado de mi tía!

Daniel no se rió. —Ese «ganso» probablemente lleve doce horas seguidas de pie frente a un telar.

—Oh, vamos, Bailey. No seas tan espantosamente serio —bufó Reginald, alisándose su chaqueta perfectamente entallada—. Cambridge te ha convertido en un auténtico aburrido.

—Quizá Cambridge simplemente me ha abierto los ojos —respondió Daniel, volviendo a prestar atención a la ventana.

El carruaje aminoró la marcha al acercarse a la fábrica. Los trabajadores estaban cambiando de turno, y un torrente de figuras demacradas salía por las puertas principales. Daniel vislumbró sus mejillas hundidas, hombros encorvados y ojos demasiado viejos para rostros tan jóvenes. Muchos se detuvieron a ver pasar el fastuoso carruaje de los Bailey, con expresiones de resentimiento y resignación.

—Parecen más delgados de lo que recordaba —murmuró Daniel.

Arthur se aclaró la garganta. —Su padre redujo la asignación para comidas el año pasado. Dijo que volvía lentos a los trabajadores.

Daniel tensó la mandíbula. —¿Lentos? ¿Después de turnos de catorce horas?

—Ahora son de dieciséis, señor. Cuando hay muchos pedidos.

El carruaje se desvió de la carretera principal, dejando atrás la fábrica y cruzando las ornamentadas puertas que delimitaban la propiedad de los Bailey. La diferencia se notó de inmediato: jardines inmaculados sustituían a la mugre industrial. De repente el aire era más puro y el mundo notablemente más silencioso.

—Hogar, dulce hogar —dijo Reginald, señalando la majestuosa casa señorial que apareció tras la curva—. Desde luego, vosotros los Bailey sabéis cómo vivir.

Daniel asintió distraídamente, observando a un par de jardineros podar un seto de forma perfecta. Sus rostros estaban llenos y sanos en comparación con los trabajadores de la fábrica por los que acababan de pasar. No se le escapaba la ironía de la situación.

El carruaje se detuvo ante la entrada principal, donde una hilera de sirvientes aguardaba para dar la bienvenida al joven señor de la casa. En el centro se encontraba Elizabeth Bailey, la madre de

Daniel, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella como si se impidiera a sí misma abalanzarse hacia delante antes de tiempo.

—Su madre tiene buen aspecto —señaló Arthur mientras el lacayo abría la puerta del carruaje.

Daniel bajó, preguntándose si estaban mirando a la misma mujer. El rostro de su madre estaba más delgado de lo que recordaba, y nuevas líneas se marcaban alrededor de sus ojos y boca. Su sonrisa, aunque genuina, parecía requerir un esfuerzo.

—Daniel —llamó ella, olvidando el protocolo mientras bajaba apresuradamente los escalones y lo abrazaba—. Mi querido niño.

—Madre —Daniel le devolvió el abrazo, alarmado por lo frágil que se sentía ella entre sus brazos—. ¿Te encuentras bien? Pareces...

—Tonterías —lo interrumpió ella—. Estoy perfectamente. Solo estaba ansiosa por tenerte en casa, que es donde debes estar.

Daniel se apartó para estudiar su rostro, pero ella dirigió rápidamente su atención a Reginald, que había seguido a Daniel al salir del carruaje.

—Señor Farnsworth, qué alegría volver a verle. Confío en que su viaje haya sido placentero.

—Espléndido, señora Bailey —respondió Reginald con una reverencia—. Aunque su hijo se ha pasado la mayor parte del tiempo con la nariz metida en los libros. Terriblemente antisocial.

Elizabeth rió cortésmente. —Así es nuestro Daniel...

Se dio la vuelta y señaló hacia la casa. —Entrad, los dos. He pedido a la cocinera que prepare todos tus platos favoritos, Daniel. Y señor Farnsworth, le he alojado en la habitación de invitados azul. Espero que sea de su agrado.

—Perfectamente, señora —dijo Reginald, encaminándose ya hacia la escalera, donde el mayordomo le retiró el sombrero y los guantes.

Daniel se demoró, tomando el brazo de su madre. —Madre, de verdad. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien, Daniel —insistió ella, dándole palmaditas en la mano—. Solo un poco cansada. Dirigir esta casa no se vuelve más fácil con la edad.

Daniel no estaba convencido. —¿Y mi padre? ¿Cómo está?

—Ocupado. Siempre ocupado. La fábrica lo consume cada año más. —Suspiró, pero enseguida se animó—. Pero está terriblemente emocionado por verte. Se ha organizado para estar en casa temprano para la cena.

Subieron los peldaños juntos, y Daniel fue consciente de que ella se apoyaba en él más de lo que solía hacer antaño.

—Sube a cambiarte para la cena —instruyó Elizabeth mientras entraban en el gran vestíbulo—. Arthur ya ha llevado tus cosas a tu habitación.

Daniel miró hacia la amplia escaleray vio a Arthur dirigiendo a los lacayos que cargaban con sus baúles. —Muy bien, madre. ¿Pero hablaremos luego?

—Por supuesto, querido. —Sonrió, pero sus ojos esquivaron los de su hijo—. Luego.

* * *

DANIEL ESTABA JUNTO a la ventana de su dormitorio, recién vestido para la cena con un traje negro a medida que sentía rígido y formal tras sus atuendos informales de la universidad. Desde allí podía ver la fábrica a lo lejos, todavía en funcionamiento a pesar de la hora tardía, con sus ventanas iluminadas por lámparas de gas que la convertían en un monstruo resplandeciente contra el cielo que se oscurecía.

Un suave golpe en la puerta precedió a la entrada de Arthur.

—¿Está listo, señor?

Daniel se apartó de la ventana. —Todo lo que podré estarlo. —Señaló hacia la fábrica—. Siguen trabajando.

—El turno de noche empezó hace una hora —explicó Arthur, quitando una mota invisible del hombro de Daniel—. Su padre amplió las operaciones tras instalar la iluminación de gas.

—Más beneficios, más miseria —murmuró Daniel.

El rostro de Arthur permaneció cuidadosamente neutral. —No sabría decirle, señor.

—Pero podrías hacerlo, Arthur. Tú siempre lo ves todo.

—Quizá. Pero no me corresponde a mí comentar las prácticas comerciales de su padre. —Arthur le entregó a Daniel su reloj de bolsillo—. El joven señor Farnsworth ya está abajo, entreteniendo a su madre con historias de sus hazañas en Cambridge.

Daniel gimió. —Dios sabe lo que le estará contando.

—Nada demasiado perjudicial, estoy seguro. —Los labios de Arthur se contrajeron levemente—. ¿Aunque ha mencionado algo sobre un cerdo robado y el carruaje del decano?

—Eso fue enteramente obra de Farnsworth —protestó Daniel—. Yo no fui más que un espectador inocente.

—Por supuesto, señor —respondió Arthur con un ligerísimo deje de incredulidad.

Compartieron una breve sonrisa antes de que Daniel se pusiera serio. —Arthur, sé sincero. ¿Hasta qué punto se ha puesto la cosa fea? En la fábrica, quiero decir.

Arthur vaciló. —Ha habido... incidentes... accidentes, y su padre exige más producción cada trimestre.

—¿Y los trabajadores?

—Lo aguantan. ¿Qué otra opción tienen?

Daniel asintió con amargura. —Qué otra opción, en efecto.

El gong de la cena sonó desde abajo, salvando a Arthur de más preguntas incómodas.

—Le esperan, señor —dijo con obvio alivio.

Daniel se enderezó la chaqueta. —A la batalla, pues.

El comedor de los Bailey relucía con plata pulida y cristal. Una enorme araña proyectaba una luz cálida sobre la larga mesa de caoba, puesta para cuatro con la mejor vajilla de la familia. Elizabeth Bailey estaba sentada a un extremo, pareciendo pequeña contra la silla de respaldo alto, mientras Reginald Farnsworth la entretenía con animadas anécdotas.

Daniel entró en silencio y se detuvo en el umbral para observar la escena. Su madre se reía de algo que Reginald había dicho, pero el sonido era hueco y sus ojos se desviaban constantemente hacia la silla vacía en la cabecera de la mesa.

—Ah, Daniel —exclamó Reginald al verlo—. Le estaba contando a tu madre lo de la espectacular explosión del profesor Whitcombe en

el laboratorio de química.

—Espero que estés dejando claro que yo no estaba ni cerca del experimento en ese momento —dijo Daniel, acercándose para besar la mejilla de su madre antes de tomar asiento.

—¿Dónde estaría la gracia en eso? —Reginald sonrió de oreja a oreja.

La puerta se abrió de par en par y Edward Bailey entró a grandes zancadas, todavía con su traje de dueño de fábrica y una gruesa cadena de oro para el reloj cruzando su robusto chaleco. A sus cincuenta y cinco años, seguía siendo una figura imponente: alto, de hombros anchos y con el cabello oscuro ahora veteado de plata.

—¡Daniel! —tronó, cruzando la habitación con pasos rápidos—. ¡Muchacho! ¡Levántate, deja que te vea!

Daniel se levantó y se vio envuelto en un abrazo rompecostillas que olía a tabaco y a colonia cara.

—Padre —logró decir, zafándose del abrazo—. Le veo bien.

—¡Y yo a ti! Se ve que Cambridge te sienta bien —Edward le dio una palmada en el hombro con la fuerza suficiente para hacer que Daniel tambaleara un poco—. Aunque te vendría bien algo más de carne en esos huesos. Has pasado demasiado tiempo entre libros y poco tiempo viviendo, ¿verdad?

—He estado estudiando, padre. Para eso era la universidad, después de todo.

Edward se rió y se volvió hacia Reginald. —¡Joven Farnsworth! Me alegro de verte. ¿Cómo está tu padre? ¿Sigue amasando una fortuna con el transporte marítimo?

—En efecto, señor —respondió Reginald, envaneciéndose un poco bajo la atención recibida—. Acaba de adquirir dos nuevos buques para la ruta de la India.

—Excelente, excelente. —Edward tomó asiento en la cabecera de la mesa con aire de importancia—. Tendremos que hablar de algunas exportaciones de algodón mientras estés aquí. Siempre es bueno que los negocios queden en familia, por así decirlo.

Elizabeth hizo sonar una campanilla de plata y los sirvientes aparecieron como por arte de magia, portando bandejas de comida humeante.

—He pedido a la cocinera que prepare tu rosbif favorito, Daniel —dijo Elizabeth mientras un lacayo le servía.

—Gracias, madre. —Daniel sonrió de verdad por primera vez desde su llegada—. Te has acordado.

—Por supuesto que sí —dijo Edward, que ya estaba cortando su carne—. Tu madre se acuerda de todo. Por eso lleva esta casa de forma tan espléndida.

La comida prosiguió con Edward dominando la conversación, jactándose de la expansión de la fábrica y acribillando a Daniel con preguntas sobre sus estudios. Durante un rato, casi se sintió normal, como las cenas familiares de la infancia de Daniel, antes de que comprendiera de dónde venía su riqueza.

—Dime una cosa, Daniel —dijo Edward cuando retiraron el plato principal—. ¿Qué te ha parecido la fábrica? Una expansión impresionante, ¿verdad?

Daniel dejó con cuidado su copa de vino. —Desde luego es... más grande.

—¡Más grande! Muchacho, ahora es la fábrica más grande del condado —declaró Edward con orgullo—. Hemos duplicado la producción en tres años y los beneficios han subido casi un sesenta por ciento.

—¿Y los trabajadores? —Daniel no pudo evitar preguntar—. ¿Cómo les va con esta expansión?

Un ligero ceño fruncido surcó la frente de Edward. —Tienen empleo, ¿no? Mejor eso que morir de hambre en las calles o pudrirse en los asilos de pobres.

—Pero las condiciones...

—Son las habituales en la industria —le interrumpió Edward—. Mejores que la mayoría, de hecho. Instalamos esos nuevos conductos de ventilación el año pasado, con un gasto considerable.

—Después de que tres trabajadores murieran de fiebre pulmonar —dijo Daniel en voz baja.

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa. Reginald miraba de padre a hijo con un interés mal disimulado, mientras que Elizabeth miraba fijamente su plato.

El rostro de Edward se ensombreció. —¿Llevas en casa menos de un día y ya criticas cómo dirijo mi negocio?

—Simplemente me preocupa...

—Tú no sabes nada de dirigir una fábrica, muchacho —espetó Edward—. Mientras tú debatías filosofía con tus amigos de la universidad, yo me he encargado de que el imperio de esta familia siga creciendo. Esos trabajadores deberían estar agradecidos por la oportunidad de ganar un salario honrado.

—¿Agradecidos por turnos de dieciséis horas? ¿Por qué los niños pierdan dedos en la maquinaria? ¿Por...?

—Daniel —interrumpió Elizabeth—. Quizá este no sea el mejor tema de conversación para la cena. —Se volvió hacia Edward con una sonrisa forzada—. Querido, ¿por qué no le hablas a Daniel del baile de verano de los Harrington del mes que viene? Catherine preguntó específicamente si Daniel asistiría.

El rostro de Edward cambió de la ira tan rápido que Daniel casi no lo notó. —Ah, sí. Los Harrington. Buena familia, sólidas conexiones comerciales. Su hija Catherine se ha convertido en una auténtica belleza, según me han dicho.

Daniel reprimió un gemido. —Madre, padre, apenas llevo un día en casa.

—Catherine es muy virtuosa —continuó Elizabeth como si él no hubiera hablado—. Toca el pianoforte de maravilla, y sus acuarelas se expusieron en la Exhibición de Arte para Damas.

—Y su padre es dueño del negocio de importación textil más importante de Lancashire —añadió Edward con bastante menos sutileza—. Una unión entre nuestras familias sería... ventajosa.

—No me interesa una «unión ventajosa» en este momento —dijo Daniel con firmeza—. Primero me gustaría aprender el negocio. Entender cómo funciona la fábrica.

—¿Aprender el negocio? ¡Es una idea espléndida! —El humor de Edward se iluminó al instante—. Puedes empezar la semana que viene. Haré que Henderson te enseñe los libros de contabilidad, los sistemas de inventario...

—Me refería a las operaciones reales, padre. A la planta de producción y a las condiciones de los trabajadores.

La sonrisa de Edward se desvaneció. —Eso no es necesario. Los jefes de planta se encargan de todo eso.

—¿Cómo pretendo entender nuestro negocio si no entiendo cada uno de sus aspectos?

Elizabeth intervino antes de que Edward pudiera replicar. —Creo que es una idea maravillosa. Daniel debería aprenderlo todo, de arriba abajo. —Le lanzó a su marido una mirada significativa—. Si algún día va a tomar el mando, necesita un conocimiento completo.

Edward gruñó, apaciguado por la mención de la sucesión. —Está bien. Pero nada de mimar a los trabajadores. Se aprovecharán si detectan debilidad.

—Lo tendré en cuenta —repuso Daniel con ironía.

—Y ahora, volviendo a Catherine Harrington —continuó Edward, regresando a su tema favorito—. Esa chica te tiene echado el ojo desde hace años. Un compromiso de verano sería el momento perfecto.

—Padre, acabo de volver...

—Y tienes veintidós años, ahora eres un hombre universitario. Es hora de pensar en tu futuro, en el legado de los Bailey. —Edward se inclinó hacia delante—. Este matrimonio aseguraría nuestra posición en la sociedad durante generaciones. Los contactos de los Harrington combinados con nuestra fabricación... seríamos imparables.

Daniel buscó apoyo en su madre, pero ella se limitó a ofrecerle una sonrisa compasiva.

—Necesito tiempo —insistió Daniel—. Para instalarme, para conocer la empresa. El matrimonio es... No estoy preparado para considerarlo todavía.

—Tonterías —despachó Edward con un gesto de la mano—. Todos los hombres piensan eso hasta que conocen a la mujer adecuada. Y Catherine Harrington es la ideal. Es hermosa, de buena cuna y tiene relación con todas las familias adecuadas. ¿Qué más podrías pedir?

Amor, pensó Daniel, pero no lo dijo.

—Al menos reúnete con ella —sugirió Elizabeth con amabilidad—. Los Harrington organizan una cena la semana que viene. Podrás

verla y decidir si te gusta.

Daniel suspiró, reconociendo la inutilidad de seguir discutiendo. —Está bien. Una cena.

—¡Excelente! —Edward sonrió radiante, alzando su copa de vino en un brindis—. ¡Por el futuro de las Fábricas Bailey y por las conexiones ventajosas!

Mientras todos alzaban sus copas por compromiso, Daniel cruzó la mirada con su madre. La sonrisa de ella no llegaba a sus ojos y él se preguntó, no por primera vez, si su propio «matrimonio ventajoso» le había traído alguna felicidad.

SARAH



Lo primero que pensó Sarah al entrar en la sala de hilado fue que, de alguna manera, había ido a parar al mismísimo infierno. El estruendo de cientos de máquinas de hilar trabajando al unísono, la madera chocando contra el metal, las ruedas girando y el azote de las correas le resultaban como una guerra en los oídos. El aire estaba cargado de un espeso polvo de algodón que brillaba bajo la débil luz del sol que se filtraba por las mugrientas ventanas.

—No te separes de mí —gritó Annie junto a su oído—. Haz exactamente lo que yo te enseñe.

Mujeres y niñas se alineaban en las largas filas de selfactinas, con las manos en constante movimiento. Sarah se fijó en sus expresiones ausentes y en la forma mecánica en que trabajaban, como si sus mentes hubieran abandonado sus cuerpos hacía mucho tiempo.

Annie la llevó hasta un lugar vacío frente a una de las enormes máquinas. —Esto es una selfactina —explicó, teniendo que gritar a pesar de estar a escasos centímetros—. Tú te encargas de esta sección. Vigila que no se rompan los hilos. Cuando pase —y pasará —, vuelve a anudarlos. Rápido.

Sarah asintió, observando cómo las manos de Annie le mostraban el proceso.

—La señorita Bradshaw supervisa esta sala. La llamamos «El Halcón» —continuó Annie—. Hagas lo que hagas, no llames su atención.

Como si la hubieran invocado por su nombre, una mujer alta y de rasgos afilados apareció detrás de ellas. La señorita Bradshaw tenía unos ojos grises que no parecían parpadear nunca y unos labios finos perpetuamente apretados en una línea de desaprobación.

—Chica nueva —dijo—. No la mimes, Parker. Ve a tu puesto.

—Sí, señorita Bradshaw. Annie le apretó el brazo a Sarah antes de apresurarse hacia su posición, dos máquinas más allá.

—Empieza —dijo la señorita Bradshaw, con sus ojos gélidos clavados en Sarah—. Cada hilo roto le cuesta dinero a Bailey. Cada segundo que pierdes le cuesta dinero a Bailey. Recuérdalo.

Sarah se volvió hacia la hiladora y sintió que su confianza se evaporaba ante la enorme máquina. Los hilos bailaban ante sus ojos, docenas de ellos, moviéndose demasiado rápido para contarlos. ¿Cómo se suponía que iba a vigilarlos todos a la vez?

Antes de que pudiera siquiera ponerse en posición, tres hilos se rompieron casi simultáneamente. Sarah se quedó petrificada, presa del pánico, sin saber cuál arreglar primero.

—¡Muévete, niña! —ladró la señorita Bradshaw.

Sarah se lanzó hacia el hilo roto más cercano, tratando de recordar la demostración de Annie. Sus dedos forcejearon con el fino algodón, negándose a cooperar.

—¡Más rápido! —Esa palabra restalló como un látigo.

Sarah logró anudar el primer hilo, pero para entonces se habían roto cinco más. Sus manos inexpertas eran demasiado lentas, demasiado torpes. La máquina no esperaba a nadie; seguía girando continuamente, creando más hilos rotos con cada segundo que pasaba.

La señorita Bradshaw patrullaba la sala; su mirada de halcón no pasaba nada por alto. Cuando Sarah levantó la vista, buscando desesperadamente la ayuda de Annie, una mano la golpeó en el hombro.

—¡La vista en el trabajo! —espetó la señorita Bradshaw—. Estar en las nubes cuesta dinero.

El agudo escozor sacó a Sarah de su estupor y la obligó a moverse con frenesí. Arremetió contra los hilos rotos, intentando seguir el ritmo de las chicas con más experiencia. Pero cuanto más se apresuraba, más torpe se volvía. Las fibras de algodón le arañaban los dedos hasta dejárselos en carne viva; pequeñas heridas se abrían en las yemas y empezaron a aparecer motas de sangre en los hilos blancos.

—Sangrar sobre el algodón cuesta dinero —siseó la señorita Bradshaw, de repente a su espalda otra vez—. Sigue trabajando.

Sarah se mordió el labio para no responder. Nunca se había sentido tan indefensa, tan incompetente. En St. Michael's era conocida por su agilidad de manos y su constancia. Aquí, estaba fracasando estrepitosamente.

Por el rabillo del ojo, vio que Annie la miraba con gesto preocupado. Cuando la señorita Bradshaw se alejó hacia el otro extremo de la sala, Annie se acercó rápidamente y arregló tres hilos rotos en la máquina de Sarah con una velocidad pasmosa.

—Usa las uñas para pinzar el hilo —susurró—. No tires demasiado fuerte.

Antes de que pudiera decir nada más, la mano de «El Halcón» cayó con fuerza sobre la espalda de Annie.

—¡Ayudar a otros cuesta dinero, Parker! —Los dedos huesudos de la mujer se clavaron en el hombro de Annie—. Una infracción más y perderás el jornal de hoy.

El rostro de Annie palideció, pero asintió. —Sí, señorita Bradshaw.

Sarah articuló un «lo siento» sin pronunciar palabra mientras Annie regresaba a su puesto, conteniendo las lágrimas.

Las horas pasaban con una lentitud desesperante; Sarah nunca había sentido que el tiempo avanzara tan despacio. El ruido no pasó a un segundo plano como Annie le había prometido que ocurriría. Al contrario, parecía cobrar fuerza, taladrando el cráneo de Sarah hasta que tuvo ganas de gritar.

Justo cuando pensaba que no podría aguantar ni un segundo más, sonó una campana. Las máquinas no se detuvieron, pero las

chicas se apartaron, siendo reemplazadas de inmediato por otro turno de trabajadoras.

—Descanso para comer —dijo Annie, apareciendo al lado de Sarah—. Tenemos treinta minutos. Vamos.

Sarah intentó relajar las manos, pero se le habían quedado rígidas en forma de garra de tanto sujetar los hilos. Siguió a Annie por el laberinto de maquinaria hasta salir a un pequeño patio donde los obreros se sentaban sobre cajas o directamente en el suelo, comiendo de latas pequeñas o de fardos envueltos en tela.

—Siento muchísimo lo de antes —dijo Sarah una vez fuera; el aire fresco era un alivio bendito tras el calor sofocante de la sala de hilado—. Te he metido en un lío.

Annie sacudió la cabeza. —Pasa todo el tiempo. El primer día es el peor, pero luego se hace más fácil. —Inclinó la cabeza, examinando las manos de Sarah—. Estás sangrando bastante.

Sarah se miró las manos, sorprendida al verlas cubiertas de pequeños cortes. —Estoy bien —mintió.

—La próxima vez, pide ayuda antes de que «El Halcón» se dé cuenta. Vigila a las nuevas con lupa. —Annie sacó un pequeño envoltorio de su bolsillo—. Hoy he traído de más. Me figuré que te haría falta.

—No tenías por qué...

—¡Eh! ¡Annie Parker! —llamó una voz masculina—. ¿Guardándome el sitio como una auténtica dama?

El chico de ayer, Tommy Briggs, se acercó hacia ellas con un contoneo que parecía diseñado para irritar a las figuras de autoridad. Su pelo castaño rojizo estaba alborotado en ángulos extraños y sus ojos azules brillaban con picardía a pesar de las ojeras que los rodeaban.

—Tommy —dijo Annie, con un rubor asomando a sus mejillas—. Esta es Sarah Dobbs. Es nueva.

—Tommy Briggs, a vuestro servicio —hizo una reverencia exagerada—. También conocido como «El terror de la sala de cardado» y «Ese maldito incordio», según a quién preguntes.

Sarah no pudo evitar sonreír. —¿Cuál prefieres tú?

—Depende del día. —Tommy se dejó caer al suelo junto a ellas—. Primer día en hilado, ¿eh? Es brutal. Tus manos parecen carne cruda.

—¡Tommy! —le reprendió Annie.

—¿Qué? Es la verdad. —Rebuscó en su bolsillo y sacó media hogaza de pan y un poco de queso—. Toma. Las proteínas ayudan a curar. Lo dice mi tía.

—No puedo aceptar tu comida —protestó Sarah.

—No la estás aceptando. Te la estoy ofreciendo. —Partió un trozo grande de queso y se lo tendió—. Además, todo forma parte de mi astuto plan.

—¿Qué plan? —preguntó Annie con suspicacia.

Tommy se inclinó con aire conspirador. —Alimentar a las chicas nuevas, ganarme su gratitud eterna, formar mi ejército de seguidoras devotas, derrocar a Thorne y quedarme con la fábrica.

Annie puso los ojos en blanco, pero su sonrisa la delataba. —No le hagas caso. Se cree que tiene gracia.

—Tengo gracia —insistió Tommy con la boca llena de pan—. Díselo, Sarah. ¿A que soy el chico de fábrica con más encanto que has conocido?

—Eres el único chico de fábrica que he conocido —señaló Sarah.

—¡Entonces gano por defecto! —exclamó Tommy triunfante.

Sarah se rió. Había algo irreprimible en Tommy Briggs, una negativa a dejarse abatir que le resultó atractiva al instante.

—¿Cómo iba yo a saber que el almacén tenía una tabla suelta en el suelo? —estaba diciendo Tommy, inmerso en lo que era a todas luces una historia adornada—. Total, que tengo medio cuerpo metido en el suelo, el señor Thorne aparece por el pasillo y ¿qué hace Jimmy Sutton? ¡Me echa un saco por encima de la cabeza y le dice a Thorne que soy una entrega nueva de balas de algodón!

Annie soltó una risita. —Eso no pasó nunca.

—¡Que si pasó! Tengo las astillas para demostrarlo —insistió Tommy, enseñando un rasguño en el brazo que podría haber sido de cualquier cosa.

Sonó la campana de aviso, señalando el fin del descanso. Tommy suspiró dramáticamente.

—De vuelta a la prisión —dijo, levantándose y sacudiéndose los pantalones—. Sarah Dobbs, has sobrevivido a tu primera mañana. Eso es más de lo que algunos pueden decir.

—¿Tan mal les va a todos? —preguntó Sarah.

—Peor para algunos —dijo Tommy, perdiendo su tono bromista por un momento—. Las fábricas trituran a la gente. Si no, pregúntaselo a la de Annie...

—Deberíamos volver —interrumpió Annie rápidamente—. La señorita Bradshaw nos pondrá falta como no estemos en nuestros puestos cuando arranquen las máquinas.

Tommy dirigió a Annie una mirada de disculpa. —Cierto. Nos vemos en la cena, señoritas, si es que la cardadora no me come antes.

Mientras él se alejaba a zancadas, Sarah se volvió hacia Annie. —¿Qué iba a decir?

—Nada —dijo Annie con demasiada presteza—. Vamos. Si llegamos tarde, nos descuentan medio día de sueldo.

El turno de tarde fue, inconcebiblemente, peor que el de mañana. Los dedos de Sarah se habían agarrotado durante el descanso y los cortes le escocían con furia cuando volvió a trabajar. La señorita Bradshaw parecía revolotear constantemente a su espalda, criticando su técnica, su velocidad y su postura.

—¡La espalda recta! ¡Baja esos hombros! ¡Trabaja más rápido!

Para cuando sonó la última campana, Sarah estaba casi cegada por el cansancio. Sentía los brazos como si fueran de plomo y la espalda como una columna de fuego. Pero lo que más le preocupaba eran las manos. Se negaban a soltarse de su posición de hilado, bloqueadas en unas garras dolorosas.

Ella y Annie regresaron a trompicones al dormitorio junto con docenas de otras chicas; nadie tenía energía para conversar. Tomaron una cena frugal de un guiso aguado y pan duro en el comedor común antes de subir a rastras la estrecha escalera hacia su habitación.

—Déjame verte las manos —dijo Annie una vez sentadas en su cama compartida.

Sarah intentó estirar los dedos, pero no pudo. Los músculos parecían congelados.

—Al principio esto nos pasa a todas —dijo Annie con suavidad—. Toma.

Cogió la mano derecha de Sarah entre las suyas y empezó a masajear lentamente la palma, avanzando hacia cada dedo, ayudando gradualmente a que la mano de Sarah se relajara y se estirara. El proceso era doloroso y a Sarah se le saltaron las lágrimas, pero se mordió el labio y aguantó.

—Gracias —susurró Sarah mientras Annie trabajaba en la mano izquierda.

—Mi prima hizo esto por mí en mi primera semana —dijo Annie —. Con el tiempo mejora. Las manos se curten.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Sarah.

—Dos años. Vine del hospicio de Bradford cuando mis padres murieron de fiebre. —Annie terminó con las manos de Sarah—. Ya está. Por la mañana deberían estar mejor.

A su alrededor, las chicas se preparaban para dormir, poniéndose los camisones y susurrando bajito para no llamar la atención de la señora Pickering. Sarah y Annie hicieron lo mismo, metiéndose bajo la fina manta de su cama compartida.

—Buenas noches —murmuró Annie, ya medio dormida.

—Buenas noches —respondió Sarah.

Pero a pesar de su agotamiento extremo, el sueño eludía a Sarah. Su mente repasaba los sucesos del día y su cuerpo estaba demasiado dolorido para encontrar consuelo en el colchón lleno de bultos. Cuando la respiración de Annie se estabilizó, se incorporó con cuidado y buscó su pequeño fardo de pertenencias.

Escondido al fondo, bajo su vestido de repuesto, había un libro delgado encuadernado en cuero desgastado. Lo había cogido de la sala de registros del hospicio años atrás; las páginas en blanco del final eran su posesión más preciada después de su guardapelo. Con sumo cuidado, extrajo un pequeño resto de lápiz del lomo del libro y lo abrió por la primera página vacía.

La luna que entraba por la pequeña ventana proporcionaba luz suficiente para ver. Sarah colocó el libro para captar la luz plateada y

empezó a escribir con letras diminutas y nítidas.

Es mi primer día en la fábrica de Bailey. Mis manos no responden bien. La máquina es demasiado rápida. Temo que me despidan. Si eso ocurre, ¿adónde iría? No me dejarán volver a St. Michael's y la idea de volver con la Madre Abadesa no me resulta atractiva. ¿Cómo puede esto mejorar? ¿Cómo debo...

—¿Sabes escribir? —El susurro de Annie hizo que Sarah diera un brinco. Intentó esconder el libro rápidamente, pero la mano de Annie sobre su brazo la detuvo. —No, no lo hagas. No se lo diré a nadie. Es que... no sabía que supieras escribir.

Sarah vaciló y luego asintió. —Mi madre me enseñó antes de morir. Practicaba en secreto en St. Michael's. Si no lo usaba, se me olvidaría.

Annie contempló el libro con algo parecido al asombro. —¿Qué dice?

—Solo... mis pensamientos, sobre el día de hoy.

—¿Podrías... —Annie hizo una pausa, mirando a su alrededor para asegurarse de que las otras chicas dormían—. ¿Podrías enseñarme? A leer y escribir.

Sarah parpadeó sorprendida. —¿Quieres aprender?

—Más que nada —dijo Annie con fervor—. Mi prima me estaba enseñando un poco antes de que ella... —Se interrumpió y luego continuó apresuradamente—. Conozco algunas letras. Unas cuantas palabras.

Una de las chicas al otro lado de la sala se removió en sueños, dándose la vuelta con un suspiro. Annie y Sarah se quedaron inmóviles hasta que la chica se calmó de nuevo.

—Tendríamos que ir con cuidado —susurró Annie, aún más bajo que antes—. Si se enteran de que tienes estudios, te pondrán a llevar las cuentas o a formarte para ser supervisora.

—¿Tan malo es eso?

—Es un trabajo distinto y estarías lejos de nosotras. A las chicas que saben las vigilan más. Piensan que son más propensas a causar problemas. —Los ojos de Annie hablaban en serio—. A los dueños de las fábricas no les gustan los trabajadores que saben leer panfletos sobre derechos laborales.

Sarah se lo pensó y luego asintió lentamente. —Te enseñaré. Cuando podamos.

Annie sonrió; su rostro se iluminó con una alegría auténtica por primera vez desde que Sarah la había conocido. —Gracias.

Mientras se acomodaban de nuevo para dormir, Sarah se quedó mirando al techo, pensando en la advertencia de Annie. Estar instruida podía atraer una atención no deseada, pero también podía ser poder. El conocimiento siempre lo era. Su madre se lo había dicho, en los pocos recuerdos que Sarah aún conservaba de ella.

—El saber es lo único que nunca podrán quitarte, Sarah. No importa lo pobres que seamos, ni lo que ocurra; lo que sabes te pertenece para siempre.

DANIEL



—Este es el futuro de la industria textil, hijo. —Edward Bailey recorrió la sala de hilado con el brazo extendido y el orgullo de un general que contempla un territorio conquistado—. El año pasado añadimos treinta bastidores nuevos y duplicamos la producción.

Daniel asintió, dejando que su padre se jactara mientras él asimilaba la realidad que se abría ante sus ojos. La sala se extendía interminablemente, atestada de maquinaria que traqueteaba y golpeaba con una insistencia ensordecedora. Mujeres y niños correteaban entre los bastidores, con los rostros inexpresivos por el agotamiento.

—¿De cuántas máquinas se encarga cada trabajador ahora? —preguntó Daniel, fijándose en una niña que corría entre tres bastidores distintos, con sus manos pequeñas moviéndose frenéticamente para anudar hilos rotos.

—Tres por persona en esta planta. Antes era una por trabajador, pero aquello era un desperdicio. —Edward consultó su reloj de bolsillo—. He tenido que introducir algunas mejoras de eficiencia y la producción ha subido un veinte por ciento.

—Mejoras de eficiencia —repitió Daniel—. Querrá decir que los está obligando a trabajar el triple por el mismo sueldo.

La sonrisa de Edward se esfumó. —Mucho cuidado con ese tono, muchacho. Esas ideas que has recogido en la universidad no te

servirán de nada aquí.

—No son solo ideas, padre.

—No me interesa ninguna reforma a menos que suponga más dinero en nuestros bolsillos —espetó Edward—. Los trabajadores deberían estar agradecidos de tener trabajo.

Un hombre con una desgastada chaqueta de supervisor se acercó, tocándose la gorra con nerviosismo. —Señor Bailey, señor. Hay un problema con el nuevo cargamento de lana.

Edward frunció el ceño. —¿Y ahora qué?

—La calidad no es la que prometieron, señor.

—¡Maldita sea! —Edward se volvió hacia Daniel—. Echa un vistazo por ahí si es lo que quieres. Te buscaré cuando haya terminado.

Daniel vio a su padre alejarse a grandes zancadas y luego volvió a mirar a la sala de hilado. Sin la presencia dominante de Edward, podía observar con más detenimiento.

El ruido era lo peor de todo. ¿Cómo podía alguien pensar en medio de este estrépito? El polvo de algodón flotaba denso en el aire, provocándole un picor en la garganta tras solo unos minutos de exposición. No podía imaginarse lo que sería respirar aquello durante doce horas al día.

Entonces la vio. Estaba a tres máquinas del final, una chica delgada con el pelo oscuro recogido en una trenza pulcra. A diferencia de muchos otros, cuyos rostros solo mostraban una resignación vacía, ella parecía decidida.

Se incorporó, llevándose una manga a la boca para sofocar la tos mientras la otra mano seguía anudando hilos rotos. Cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron directamente con los de él.

Daniel se quedó helado. Aquellos ojos eran de un color avellana claro con destellos dorados, y albergaban una inteligencia y una chispa de desafío que le impactaron como un golpe físico. No estaba derrotada. Todavía no.

El momento se prolongó entre ambos. Entonces ella apartó la mirada y volvió a su trabajo, como si nunca lo hubiera visto.

Una mano pesada cayó sobre el hombro de Daniel.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Edward.

—Solo observaba el funcionamiento —dijo Daniel, sin apartar la vista de la chica del pelo oscuro.

Edward siguió su mirada y soltó una risita. —Ah. Ya veo. Bueno, un caballero no se mezcla con las chicas de la fábrica, hijo. Tú eres de una casta totalmente distinta.

Una mujer mayor que estaba cerca dejó caer su lanzadera con un estruendo, apretando los labios con desaprobación.

—Es hora de irse —continuó Edward, ajeno a la reacción—. Tu madre quiere que estemos en casa para prepararnos para la cena de esta noche con los Harrington.

Daniel dejó que lo guiaran hacia la salida, pero no sin antes echar un último vistazo atrás.

* * *

—¡Daniel Bailey! ¡Qué alegría volver a verle! —Catherine Harrington le tendió la mano con elegancia.

Daniel se inclinó levemente ante ella. —Señorita Harrington.

—Por favor, debe llamarme Catherine. —Sus ojos azules brillaban con un encanto ensayado—. Al fin y al cabo, nos conocemos desde que éramos niños.

Aquello era forzar mucho la realidad. Se habrían visto quizá tres veces en diversos eventos sociales, pero Daniel sonrió cortésmente.

—Catherine, pues.

El señor y la señora Harrington irradiaban ante este intercambio, mientras los padres de Daniel observaban con parecidas expresiones de satisfacción. Los seis se encontraban en el opulento salón de los Harrington, charlando de nimiedades antes de la cena mientras los criados circulaban con bebidas.

—Ciertamente, Cambridge le ha sentado muy bien —continuó Catherine—. Tiene un aspecto de lo más distinguido.

—Gracias. Es muy amable.

—¡En absoluto! Su padre nos ha contado todo sobre sus logros académicos.

—¿Ah, sí? —Daniel miró a su padre, que había acorralado al señor Harrington cerca de la chimenea y ya estaba sumido en una conversación sobre negocios.

La señora Harrington se acercó y tomó a Catherine del brazo. —La cena está lista. ¿Pasamos?

El comedor resplandecía de plata y cristal. Daniel se encontró sentado junto a Catherine, con sus padres frente a ellos. Una disposición estratégica diseñada para fomentar la conversación entre la «joven pareja».

—Tu padre nos estaba hablando de la ampliación de la fábrica —dijo el señor Harrington mientras servían el primer plato—. Es de lo más impresionante.

—La de los Bailey es ya la mayor fábrica de algodón del condado —anunció Edward con orgullo—. Y espero que sea la mayor de Inglaterra en cinco años.

—Con la ayuda de Daniel, sin duda —la señora Harrington le sonrió—. Un joven tan excelente. Educado en Cambridge y aprendiendo ya el negocio familiar.

—En efecto. —Edward alzó su copa—. Por el futuro de las Fábricas Bailey.

Todos bebieron, y Daniel logró esbozar una sonrisa a pesar del nudo que se le estaba formando en el estómago. La expectación que se respiraba en la sala era asfixiante.

—Catherine ha estado muy implicada en labores de caridad —dijo la señora Harrington—. Cuéntale a Daniel lo de tu comité, querida.

Catherine se irguió, claramente complacida de ser el centro de atención. —Presido el Comité de Damas para la Educación Moral de las Clases Trabajadoras. Creemos que la elevación de los pobres comienza con una instrucción espiritual y ética adecuada.

—Qué interesante —dijo Daniel con cautela—. ¿Y en qué consiste esa educación?

—Oh, distribuimos folletos sobre la templanza y la virtud, organizamos lecturas dominicales de literatura edificante y recogemos ropa usada para familias que lo merezcan. —Se inclinó

hacia él—. Los pobres necesitan desesperadamente orientación para mejorar sus circunstancias.

—¿Y le parece que es eficaz?

—¡Absolutamente! La Navidad pasada reunimos veinte cestas de comida para las familias de la fábrica. ¡Qué gratitud mostraron! Aunque debo decir que algunos parecían bastante desagradecidos considerando su situación.

Daniel dejó el tenedor. —Quizá estaban cansados de trabajar en turnos de dieciséis horas.

Catherine parpadeó, confusa, antes de recuperar la sonrisa. —Es importante que les enseñemos gratitud. Pero basta de mis proyectos. —Le tocó el brazo—. Mi padre dice que le interesa el funcionamiento de la fábrica. ¡Qué inusual!

—Creo que es esencial comprender cada aspecto del negocio.

—¿Incluso las condiciones de los trabajadores? —preguntó ella, claramente desconcertada.

—Especialmente esas.

Cayó un silencio incómodo hasta que el señor Harrington se aclaró la garganta. —Catherine, ¿por qué no le enseñas a Daniel el nuevo jardín del patio? El aire de la noche es muy agradable.

Catherine se animó. —¡Qué idea tan encantadora, padre! —Se levantó, ofreciéndole la mano a Daniel—. ¿Vamos?

Daniel no tuvo más remedio que seguirla por las puertas acristaladas hacia un patio de piedra adornado con plantas en macetas y muebles de hierro forjado. Las lámparas de gas proyectaban una luz cálida sobre la escena que, en otras circunstancias, podría haber resultado romántica.

—Es realmente maravilloso tenerle de vuelta en Lancashire —dijo Catherine, sentándose en un banco y palmeando el espacio a su lado—. La sociedad ha estado terriblemente aburrida sin usted.

Daniel se sentó, manteniendo una distancia prudencial. —Solo he estado fuera tres años.

—¡Tres años son una eternidad! ¿Sabe cuántos bailes y cenas he soportado sin ninguna conversación interesante?

—Estoy seguro de que sus muchos pretendientes le proporcionaron entretenimiento.

Ella se rió. —Ninguno tan educado como usted. Lo único que discuten es de caza y de carreras de caballos. —Se acercó más—. Siempre he admirado su intelecto, Daniel.

—Apenas me conoce, Catherine.

—Pero me gustaría hacerlo. —Su voz bajó a un susurro conspirador—. Nuestros padres llevan años hablando de nuestro compromiso. ¿No lo sabía?

—Sospechaba algo así.

—¿Y bien? ¿Qué le parece el acuerdo?

Daniel la miró directamente. —Creo que cualquier matrimonio debería basarse en algo más que en ventajas comerciales.

—¡Por supuesto! También está nuestra posición social a considerar. —Catherine sonrió, sin captar en absoluto el sentido de sus palabras—. Los Bailey y los Harrington formarían una alianza formidable.

—No me refería a eso.

—¿A qué, entonces? —Frunció el ceño ligeramente.

—Creo que el matrimonio debería implicar un afecto genuino, valores compartidos y respeto mutuo.

Catherine se relajó. —¡Oh! Qué dulcemente anticuado. Quiere un cortejo adecuado antes de que se anuncie el compromiso. Estoy totalmente de acuerdo.

—Catherine, todavía no he accedido a ningún compromiso.

Su sonrisa se congeló. —¿Perdón?

—Acabo de regresar a casa. Necesito tiempo para asentarme en mi puesto en la fábrica antes de considerar el matrimonio.

—Pero nuestros padres…

—Nuestros padres pueden discutir acuerdos comerciales todo lo que quieran. Mi vida personal es asunto mío.

La máscara afable de Catherine se resbaló por un momento antes de que se recuperara. —Por supuesto. Qué moderno por su parte. —Ajustó su actitud, alejándose un poco—. Respeto su honestidad, Daniel. Resulta refrescante.

Daniel suavizó el tono. —No pretendo ofenderla. Es una joven encantadora, pero…

—Pero necesita tiempo —terminó ella por él—. Lo entiendo perfectamente.

No entendía nada, pero Daniel no vio motivo para seguir discutiendo.

Catherine se levantó con suavidad. —Deberíamos volver antes de que envíen a un equipo de búsqueda. —Le dedicó una sonrisa ensayada—. De veras espero que podamos ser amigos, independientemente de lo que planeen nuestros padres.

—Me gustaría —dijo Daniel, aunque dudaba que fuera posible una amistad verdadera con alguien que veía el mundo de forma tan distinta.

Mientras caminaban de regreso hacia el comedor, Catherine deslizó su mano sobre el brazo de él. —Solo para que lo sepa —murmuró—, estoy perfectamente dispuesta a esperar mientras explora este… interés. Todo el mundo necesita una afición antes de asentarse en las responsabilidades reales.

SARAH



Tres semanas en la fábrica de los Bailey habían curtido las manos de Sarah. Los cortes se habían transformado en callos y sus dedos ya no se agarrotaban en forma de dolorosas garras cada noche. Había aprendido a anudar hilos rotos, a escabullirse de la vigilante mirada de la señorita Bradshaw y a respirar a través de lo peor del polvo de algodón sin toser.

Casi había aprendido a ignorar el hambre constante.

—Hoy salimos a mediodía —susurró Annie mientras se ponían sus ropas de domingo—. Es la primera vez desde que llegaste.

Sarah se abrochó el vestido azul desvaído. Era su mejor prenda, y la única buena que tenía. —¿Qué deberíamos hacer con tanta y tan extravagante libertad?

—Tommy quiere enseñarnos los prados que hay más allá del pueblo. Dice que las flores silvestres merecen la pena.

—¿Flores silvestres y aire puro? Vaya, vamos a vivir como auténticas damas ociosas.

Annie soltó una risita mientras se anudaba una cinta gastada en su pelo rubio. —A la señora Pickering le daría un ataque si te oyera hablar así.

—Entonces es una suerte que esté ocupada aterrorizando a las nuevas.

Las medias jornadas de los domingos eran la única pizca de libertad de las trabajadoras de la fábrica, e incluso las chicas más

agotadas se quitaban la ropa de trabajo y susurraban planes.

—¿Lista? —preguntó Annie, prendiendo su chal raído.

—Más que nunca.

Bajaron las estrechas escaleras y pasaron por delante del despacho de la señora Pickering, donde la severa mujer estaba sermoneando a una recién llegada que temblaba. Fuera, el aire se sentía casi dulce comparado con la atmósfera sofocante de la fábrica.

Tommy esperaba junto a la verja, con el pelo peinado por una vez y su camisa remendada más limpia de lo que Sarah la había visto nunca.

—¡Damas! —hizo una reverencia exagerada—. Su escolta aguarda.

—Pareces casi respetable —dijo Sarah.

—No se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener. —Tommy sonrió de oreja a oreja—. Primero a la iglesia, y después seremos libres.

El servicio dominical obligatorio se celebraba en una pequeña capilla construida por el mayor de los Bailey para sus trabajadores, un hecho que el dueño de la fábrica nunca se cansaba de mencionar como prueba de su caridad cristiana. El sermón, pronunciado por un ministro que le debía su puesto a Bailey, se centró, como era de esperar, en las virtudes del trabajo duro y la obediencia a los amos terrenales.

Sarah se sentó entre Annie y Tommy, luchando contra el sueño mientras el ministro divagaba sobre las recompensas que aguardaban al siervo paciente en el cielo. Tommy hacía muecas cada vez que se mencionaba la frase «la posición que a uno le corresponde en la vida», haciendo que Sarah casi se riera a carcajadas.

Tras el himno final, salieron en fila con los demás trabajadores, pasando ante los ojos vigilantes de los capataces, que pasaban lista. Faltar a la iglesia significaba perder el privilegio de la media jornada.

—Eso ha sido inspirador —dijo Tommy cuando estuvieron a salvo lejos de allí—. Nada como que te digan que la pobreza es el plan de Dios para empezar bien el día.

—¡Tommy! —le riñó Annie, pero le temblaron los labios.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Sarah.

—El mercado está abierto hasta las dos. Luego prometí llevaros a conocer a mi tía.

Caminaron hacia el pueblo y, por primera vez, Sarah vio Lancashire más allá de los muros de la fábrica. Las calles bullían de compradores dominicales, los vendedores pregonaban su mercancía y los niños correteaban entre los puestos. El ruido era casi tan abrumador como el de la fábrica, pero gloriosamente variado, ya que se trataba de voces humanas en lugar de estruendo mecánico.

—¡Mira! —Annie señaló un puesto que vendía cintas y retales de tela.

—Id vosotras —dijo Tommy—. Esperaré aquí. Comprar cintas excede mi limitada paciencia.

Las chicas curiosearon los coloridos artículos mientras la vendedora, una mujer de ojos vivos y sonrisa calculadora, las observaba.

—Este azul te quedaría bien —dijo Annie, tocando una cinta descolorida.

Sarah miró el precio y sacudió la cabeza. —Demasiado caro, con diferencia.

—¿Cuánto por esta azul y la verde juntas? —preguntó Annie a la vendedora, sorprendiendo a Sarah.

—Seis peniques por el par, ni un penique menos —respondió la mujer.

Annie rebuscó en su bolsillo y sacó las monedas. —Hecho.

—Annie, no puedes...

—Puedo y lo haré. —Annie entregó el dinero y se guardó las cintas en el bolsillo—. Feliz aniversario de tres semanas en Bailey's. Has sobrevivido.

—No sé qué decir.

—Di que me ayudarás con la lectura más tarde.

Sarah apretó la mano de Annie. —Trato hecho.

Se reunieron con Tommy, que observaba a un artista callejero haciendo malabares con bolos de madera.

—¿Ha sido un éxito la expedición de compras? —preguntó él.

—Mucho —dijo Annie—. ¿Ahora adónde?

—¿Tenéis hambre?

—Siempre —respondió Sarah.

—Entonces ha llegado el momento de que conozcáis a la formidable señora Winters.

Tommy las guio por calles tortuosas hasta una pequeña panadería encajada entre una zapatería y una lavandería. Un letrero pintado a mano que rezaba «Repostería Winters» colgaba ligeramente torcido sobre la puerta.

La tienda estaba vacía de clientes cuando entraron, pero el olor celestial a pan hizo que el estómago de Sarah rugiera de forma audible.

—Tommy Briggs, ¿eres tú quien acecha en mi puerta? —una mujer corpulenta salió de la habitación trasera, con harina cubriéndole el delantal y las mejillas—. ¡Ya era hora de que visitaras a tu pobre y descuidada tía!

—He venido acompañado de amigas —dijo Tommy—. Tía Bess, te presento a Sarah Dobbs y a Annie Parker. Trabajan en la hilandería.

La señora Winters se limpió las manos en el delantal y las examinó con perspicaces ojos castaños. —Corderitos nuevos para el matadero, ¿eh? Bailey siempre quiere carne fresca. —sacudió la cabeza—. Demasiado delgadas, las dos. Sentaos antes de que os desploméis.

Antes de que pudieran protestar, la señora Winters las había conducido a una mesa pequeña y había desaparecido en la parte de atrás. Regresó momentos después con un plato de bollos y tres tazas de té.

—Comed —ordenó—. Son de ayer, no los puedo vender de todos modos.

Los bollos estaban un poco duros pero aun así deliciosos. Sarah intentó comer despacio, saboreando cada bocado, pero el hambre terminó ganando.

—Al menos tenéis buen apetito —asintió la señora Winters con aprobación—. Y bien, Tommy me dice que venís del hospicio. ¿De St. Michael's, era?

—Sí, señora —dijo Sarah.

—Lugar horrible. A esa mujer, Grimsby, deberían encerrarla a ella misma. —La señora Winters resopló—. Aunque Bailey's no es mucho mejor por lo que oigo. Ese señor Thorne es un auténtico villano.

—Tía Bess —advirtió Tommy.

—Oh, ya lo sé, que me guarde la lengua. —hizo un gesto de desdén—. Pero deberían saber a qué se enfrentan. Thorne tiene ojos de halcón para las chicas guapas y también guarda una lista de «alborotadoras».

Annie se removió incómoda. —Siempre nos está vigilando.

—Claro que lo hace. —La señora Winters se inclinó hacia delante de forma conspiratoria—. ¿Os habéis enterado de lo de Martha Jenkins? Trabajó en el cardado durante seis años, ni una sola queja. Luego pidió un descanso extra cuando tenía los dolores del mes. ¡Al día siguiente, a la calle! Thorne dijo que estaba «fomentando el descontento».

—Tía Bess es el periódico no oficial del pueblo —explicó Tommy —. Si pasa algo en Lancashire, ella se entera primero.

—Alguien tiene que estar al tanto de todo. —La señora Winters sirvió más té—. ¡La semana pasada, Madge Taylor pilló a su marido con la mujer del carnicero, en su propia cama! Qué descaro tiene la gente.

Durante la siguiente media hora, la señora Winters las deleitó con los cotilleos del pueblo, apenas haciendo pausas para respirar. Detalló los escándalos de la esposa del alcalde, que era aficionada a la ginebra antes del mediodía, del organista de la iglesia que robaba del cepillo y del médico de la fábrica, que recetaba el mismo tónico inútil para cada dolencia.

—Y no me hagáis hablar de la familia Bailey —continuó—. El viejo Bailey trata a sus trabajadores como ganado, mientras que la señora Bailey finge no darse cuenta de dónde viene su dinero. Y ahora el hijo ha vuelto, con intención de hacerse cargo algún día. Que el cielo nos pille confesados.

—¿Lo ha conocido? ¿Al hijo? —preguntó Sarah, sorprendiéndose a sí misma.

—Una vez que vino a por pasteles. —La señora Winters se encogió de hombros—. Bastante educado, supongo, pero al final todos son iguales. El dinero cambia la forma en que la gente ve el mundo.

Tommy miró el pequeño reloj de la pared. —Deberíamos irnos si queremos ver el prado antes de volver.

La señora Winters guardó los bollos restantes en una bolsa de papel. —Llevaos estos. Y Tommy, no seas tan despegado. Tu pobre tía se siente sola.

—No te has sentido sola ni un solo día de tu vida —dijo Tommy, besándola en la mejilla enharinada.

—Niño impertinente. Vosotras dos —señaló a Sarah y Annie—, volved cuando queráis, este de aquí necesita amigos de verdad que lo mantengan a raya.

Fuera, el sol se había abierto paso entre las nubes, calentando el pueblo habitualmente gris.

—Tu tía es maravillosa —dijo Sarah.

—Está loca de atar, pero la quiero. —Tommy se echó la bolsa de bollos al hombro—. Me acogió después de que murieran mis padres, a pesar de que apenas podía alimentarse ella misma.

—¿Cómo terminaste en la fábrica? —preguntó Annie.

—Deudas familiares. Mi padre pidió prestado dinero que no pudo devolver. Cuando murió, Bailey se ofreció a saldar la deuda si trabajaba para ellos hasta que cumpliera los veintiuno. —Tommy le dio una patada a una piedra—. Aún me quedan tres años.

—¿Y después qué? —preguntó Sarah.

—Libertad. Tal vez me vaya a Londres o a cualquier lugar con posibilidades. —Su habitual sonrisa pícara regresó—. Pero primero, os prometí flores silvestres.

Caminaron por el pueblo hacia las afueras, hasta que los edificios dieron paso a campos abiertos. El camino, menos transitado, estaba embarrado por la lluvia reciente, pero a Sarah no le importó. Después de semanas confinada en la fábrica y el dormitorio, cualquier excursión parecía una aventura.

—Allí. —Tommy señaló una colina inclinada cubierta de manchas amarillas y moradas—. La mejor vista de Lancashire, que no es decir

mucho.

El prado se extendía hacia un pequeño arroyo, salpicado de flores de principios de verano. A lo lejos, las chimeneas de la fábrica seguían vomitando humo, pero desde aquí parecían menos amenazadoras.

Annie empezó inmediatamente a recoger flores, entrelazándolas en toscas cadenas. Tommy se tumbó en la hierba, masticando un tallo y mirando las nubes. Sarah simplemente se quedó de pie, dejando que la brisa bañara su rostro, limpiando de sus pulmones semanas de polvo de algodón.

—Deberíamos venir aquí todos los domingos —dijo Annie, colocando una corona de margaritas sobre la cabeza de Sarah.

—Suponiendo que el Halcón no nos tenga trabajando —respondió Tommy.

—No lo estropees —dijo Sarah—. Solo por hoy, finjamos que somos libres.

Pasaron una hora en el prado, hablando y riendo con una naturalidad imposible dentro de los opresivos muros de la fábrica. Tommy contó historias escandalosas sobre los personajes de la sala de cardado. Annie les enseñó un juego de palmas que había aprendido de niña y Sarah recitó fragmentos de poesía que recordaba de su madre.

Finalmente, la tarde empezó a caer y emprendieron el regreso a regañadientes.

—Campanas de iglesia —observó Annie cuando tañeron unas campanadas lejanas—. Debe de ser el servicio de tarde para la gente rica que se queda dormida.

Como si hubiera sido convocado por sus palabras, apareció en la carretera principal un reluciente carruaje negro tirado por una pareja de caballos bayos. Incluso desde la distancia, el blasón de los Bailey era visible en su puerta pulida.

—Hablando de gente rica —masculló Tommy.

Llegaron al cruce justo cuando pasaba el carruaje. A través de la ventanilla, Sarah vislumbró a la señora Bailey con un vestido de seda verde, el perfil severo del señor Bailey y, junto a él, al joven que había visto observándola en la sala de hilatura tres semanas antes.

Esta vez, sus ojos se encontraron por una fracción de segundo antes de que Tommy diera un paso adelante y realizara una reverencia indignamente servil, con la nariz casi rozando sus rodillas.

—¡Sus más grandes e ilustres majestades! —entonó en voz alta —. ¡Cuán bendecidos somos los humildes campesinos por respirar el mismo aire que sus excelsas personas!

Sarah no pudo evitar reírse, aunque se tapó la boca rápidamente. Annie se sobresaltó, dividida entre el horror y la diversión.

El carruaje continuó sin aminorar la marcha, pero no antes de que Sarah captara la expresión de asombro de Daniel Bailey y, a menos que se lo hubiera imaginado, el atisbo de una sonrisa reprimida.

—¡Tommy! ¡Te echarán si alguien ha oído eso! —siseó Annie.

—Ha valido la pena. —Tommy se enderezó, sonriendo—. ¿Habéis visto la cara del viejo Bailey? Se ha puesto morado como una ciruela.

—No tiene gracia —insistió Annie, aunque le temblaban los labios —. ¡Sarah, díselo tú!

Pero la risa de Sarah murió al ver a una figura familiar observándolos desde la esquina. El señor Thorne estaba allí, inmóvil, con su cara agria e inescrutable mientras los observaba. Cuando sorprendió a Sarah mirando, su boca fina se curvó en lo que podría haber sido una sonrisa.

—Tenemos que irnos —dijo Sarah en voz baja, dando un codazo a Tommy—. Ahora.

Tommy siguió su mirada y maldijo por lo bajo. —Está haciendo la lista.

—Y nosotras estamos en ella —susurró Annie.

DANIEL



El comedor privado del Lancashire Grand Hotel apestaba a humo de puro y a prepotencia. Seis hombres con trajes caros se repantigaban alrededor de una mesa de caoba pulida, con copas de brandy en la mano. Su riqueza combinada habría bastado para reconstruir la ciudad de cero si alguna vez hubieran tenido tal inclinación.

Daniel estaba sentado junto a su padre, con una copa apenas probada. Había pasado la última hora escuchando a aquellos pilares de la industria debatir sobre cuotas de producción e impuestos de importación con el aire desenfadado de quien elige caballos para una carrera.

—Los americanos nos están vendiendo por debajo del precio de coste otra vez —se quejó Henry Westmoreland, propietario de tres fábricas textiles en todo Lancashire—. Sus precios del algodón hacen que parezcamos bandoleros de camino real.

—Ellos no tienen nuestros costes laborales —replicó Richard Morton, haciendo girar el líquido ambarino en su copa de cristal—. Allí no tienen regulaciones adecuadas.

Edward Bailey se inclinó hacia delante.

—Lo cual me lleva a mi propuesta, caballeros. Un ajuste coordinado en todas nuestras operaciones.

—¿Un ajuste? —Morton enarcó una ceja—. ¿De qué magnitud?

—Una reducción del quince por ciento en los salarios —dijo Edward —. De forma generalizada.

Daniel levantó la cabeza de golpe.

—¿Un quince por ciento?

Su padre continuó como si él no hubiera hablado.

—Si nos movemos juntos, los trabajadores no podrán utilizar una fábrica contra otra. Tendrán que aceptarlo.

Los hombres asintieron pensativos, y Daniel sintió que se le revolvía el estómago.

—Padre, nuestros trabajadores ya viven con salarios de hambre. Un recorte del quince por ciento sería...

—Mi hijo —le interrumpió Edward con una sonrisa tensa— acaba de llegar de Cambridge y viene lleno de teorías económicas. Por favor, continúa, Daniel. Estoy seguro de que a estos caballeros les encantará conocer tu perspectiva universitaria.

La condescendencia en su voz era innegable. Los otros hombres se removieron en sus asientos; algunos con media sonrisa, otros examinando su brandy con repentino interés.

Daniel vaciló, pero siguió adelante.

—Solo quería decir que nuestros trabajadores apenas pueden alimentar a sus familias tal como están las cosas actualmente. Muchos niños de nuestra fábrica muestran signos de malnutrición. Si recortamos más los salarios...

—Se apretarán el cinturón —interrumpió Morton—. Eso forja el carácter.

—Quizás podrían cenar su propio carácter —soltó Daniel antes de poder contenerse.

Siguió un momento de silencio, roto por la carcajada de Westmoreland.

—¡Por Dios, Bailey, tu chico tiene agallas! —Levantó su copa— Por el idealismo juvenil. Que sobreviva al contacto con la realidad.

Los demás rieron entre dientes y bebieron. El padre de Daniel no se rió.

—¿Por qué no coges el carruaje y te vas a casa, Daniel? —El tono de Edward dejó claro que no era una sugerencia— Dile a tu madre que llegaré tarde. Arthur puede volver a por mí después.

—Sí, padre —Daniel se puso en pie, esforzándose por mantener una expresión neutra—. Caballeros, buenas noches.

Sus asentimientos desdeñosos dolieron más de lo que lo habría hecho un rechazo rotundo. Ya se habían olvidado de él, retomando su debate sobre cuál era la mejor forma de implementar la reducción salarial.

Afuera, el portero del hotel llamó al carruaje de los Bailey. Daniel le dio las instrucciones al conductor y se acomodó en el asiento de cuero.

A medida que el carruaje avanzaba por las calles, Daniel vio cómo los elegantes escaparates daban paso a barriadas abarrotadas y cómo las damas bien vestidas con sombrillas eran reemplazadas por mujeres macilentas que cargaban con pesados bultos.

—Detén el carruaje —exclamó Daniel de repente, al ver a una multitud congregada en una pequeña plaza más adelante.

El conductor se detuvo y se giró con preocupación.
—¿Señor?

—Caminaré un poco. Continúa hasta la casa y vuelve a por mí en una hora.

—Al señor Bailey no le gustará...

—En una hora —repitió Daniel, bajando ya del vehículo.

La multitud sumaba quizá un centenar de personas, reunidas alrededor de una plataforma improvisada donde un hombre hablaba de pie. Su ropa lo identificaba como un trabajador de las fábricas, pero hablaba con la convicción de un orador.

—¡Nos dicen que estemos agradecidos por nuestros trabajos —clamaba el orador— mientras ellos se dan banquetes con los beneficios de nuestros cuerpos rotos! ¡Nos llaman perezosos cuando nos desplomamos tras dieciséis horas en el telar! ¡Nos acusan de robo cuando pedimos salarios justos!

Murmullos de aprobación recorrieron la multitud. Daniel se acercó más, con cuidado de que sus ropas finas no llamaran la atención.

—La fábrica Bailey acaba de contratar a veinte niños nuevos del asilo —continuó el orador—. ¡Niños que deberían estar en la escuela, y que ahora respiran polvo de algodón hasta que les sangran los pulmones! ¿Y para qué? ¿Para que el viejo Bailey pueda añadir otro cuadro a su colección? ¿Otro pura sangre a su establo?

Daniel hizo una mueca al oír su apellido. El orador no se equivocaba.

—¡Debemos permanecer unidos! —instó el hombre— Juntos, tenemos un poder que no pueden ignorar. Divididos, seguimos a su merced, ¡y caballeros como Bailey no tienen ninguna compasión que ofrecer!

La multitud vitoreó. Daniel se sorprendió a sí mismo asintiendo.

Una mujer que estaba cerca de él se percató.

—¿Está de acuerdo, entonces? —Su mirada recorrió su abrigo de calidad.

—Lo estoy —respondió Daniel simplemente.

—Usted no es de las fábricas —observó ella.

Antes de que Daniel pudiera responder, estalló un alboroto en el borde de la reunión. Los silbatos de la policía chillaron y hombres uniformados se abrieron paso entre la multitud con las porras en alto.

—¡Disuélvanse inmediatamente! —gritó un oficial— ¡Esta asamblea es ilegal!

El pánico se extendió y la gente se dispersó en todas direcciones mientras la policía cargaba contra la plataforma. El orador saltó y desapareció entre la multitud que huía.

Daniel retrocedió, debatiéndose entre ayudar y mantener el anonimato. Un niño tropezó cerca de él y Daniel lo agarró del brazo, ayudándolo a levantarse antes de que fuera pisoteado.

—Ve por ahí —le instó, señalando hacia una calle lateral— Rápido.

Mientras la plaza se vaciaba, Daniel se retiró al lugar donde lo recogería su carruaje. El encuentro lo había dejado conmocionado. Las palabras del orador resonaban en su mente, amplificando las dudas que le habían atormentado desde su regreso a Lancashire.

¿De verdad había creído que podría cambiar las cosas desde dentro? Su padre y sus colegas habían desestimado sus preocupaciones sin dedicarles un momento de consideración. ¿Qué diferencia podía marcar él?

La casa de los Bailey seguía su ritmo vespertino habitual cuando Daniel llegó. Las lámparas de gas brillaban en las ventanas y el olor a comida subía desde la cocina. Entregó su abrigo al mayordomo que lo esperaba y preguntó por su madre.

—La señora Bailey está en su salita, señor.

Daniel asintió y subió las escaleras, aflojándose la corbata mientras caminaba. Necesitaba hablar con ella tras los acontecimientos de la noche.

Se acercó a su puerta, levantando la mano para llamar, cuando oyó un gemido de dolor desde el interior. Hizo una pausa y luego escuchó otra voz. Era la de su madre.

—No te muevas, Lucy. Tengo que aplicar esto correctamente.

Daniel abrió la puerta sin llamar. Su madre estaba arrodillada junto a una joven doncella cuya manga del uniforme estaba enrollada, revelando un antebrazo con una quemadura grave. La piel, de un rojo intenso, tenía ampollas y supuraba, y la chica, que no tendría más de dieciséis años, se mordía el labio para no gritar mientras Elizabeth Bailey aplicaba ungüento en la herida.

Ambas mujeres levantaron la vista alarmadas ante su entrada.

—¡Daniel! —Su madre fue la primera en recuperarse— No esperaba que volvieras tan temprano.

—Se nota. —Cerró la puerta tras de sí— ¿Qué ha pasado?

La doncella, Lucy, miró temerosa de uno a otro. Elizabeth le palmeó la mano para calmarla.

—No pasa nada. En mi hijo se puede confiar. —Se giró hacia Daniel— Lucy trabajaba en la fábrica antes de entrar a servir aquí. Su brazo quedó atrapado en una hiladora hace tres meses.

—El médico dijo que curaría enseguida —dijo Lucy en voz baja— Pero no ha sido así, señor. Supura y arde que es un espanto.

Daniel miró la lesión más de cerca. Incluso para su ojo inexperto, la quemadura era grave y había curado mal, con signos de infección.

—El médico de la fábrica le dijo que no era nada —continuó Elizabeth, reanudando sus cuidados— La mandó de vuelta al trabajo el mismo día. Cuando tu padre la contrató para la casa, todavía manejaba su máquina con una sola mano.

Lucy hizo una mueca cuando Elizabeth le envolvió el brazo con vendas limpias.

—Su madre ha sido muy amable, señor. Habría perdido el brazo por completo sin su ayuda.

Daniel observó a su madre trabajar, dándose cuenta de que claramente aquella no era la primera herida de ese tipo que trataba.

—¿A cuántos otros has ayudado? —preguntó en voz baja.

Elizabeth sujetó la venda antes de responder.

—A unos cuantos. Cuando puedo. —Ayudó a Lucy a bajarse la manga— Toma estas pastillas de corteza de sauce para el dolor. Vuelve mañana por la noche y cambiaremos el vendaje.

—Gracias, señora. —Lucy se puso en pie, haciendo una breve reverencia— Señor.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Elizabeth empezó a recoger el material médico, evitando la mirada de Daniel.

—Madre —dijo él con suavidad— Lo que estás haciendo...

—Es lo que haría cualquier persona decente —interrumpió ella— Nada más.

—Padre no lo sabe, ¿verdad?

Las manos de Elizabeth se detuvieron brevemente.

—Tu padre tiene muchas preocupaciones que requieren su atención. No hay necesidad de molestarlo con asuntos domésticos.

Daniel se sentó en el sillón frente a ella.

—¿Cuánto tiempo llevas tratando a los trabajadores de la fábrica?

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios.

—Desde antes de que nacieras. —Dispuso frascos y vendajes en una caja de madera— Tu abuelo Bailey fue el primer dueño de la fábrica, ya lo sabes. Yo era una debutante cuya mayor preocupación era a qué baile asistir. —Cerró la caja con un clic decisivo— Entonces me casé con tu padre y vi la fábrica.

—¿Qué ocurrió?

—Me desmayé redonda. —Elizabeth rió por lo bajo— El ruido, el calor, los niños manejando esas máquinas enormes. Tu padre estaba mortificado. Jamás volvió a llevarme.

—¿Pero tú fuiste de todos modos?

—No al taller. Pero conocí a las esposas y madres que venían a recoger los salarios. Vi sus quemaduras, sus dedos aplastados y su agotamiento. —Le miró directamente a los ojos— ¿Tú qué habrías hecho?

Daniel no vaciló.

—Exactamente lo que haces tú.

—Entonces comprendes por qué tu padre no puede saberlo. —Su expresión se volvió seria— Él cree en el orden natural de las cosas.

Los trabajadores abajo, los dueños arriba, sin más obligación que el salario.

—¿Y tú no?

Elizabeth suspiró.

—Creo que todos somos humanos, Daniel. El dolor se siente igual sin importar la posición de cada uno.

Daniel se inclinó hacia delante.

—Pero nunca dijiste nada. Ni a padre ni a mí. Durante todos estos años, pensé que estabas de acuerdo con él.

—¿De qué serviría el desacuerdo? Tu padre construyó su vida sobre ciertos principios. No los va a cambiar ahora. —Le cogió la mano— Pero puede que tú construyas algo diferente.

—¿Es por eso por lo que me impulsaste a aprender las operaciones de la fábrica? ¿Para que lo viera por mí mismo?

Elizabeth sonrió.

—Siempre fuiste espabilado.

—Padre me ha enviado a casa pronto esta noche —admitió Daniel— Los dueños de las fábricas planean un recorte salarial coordinado. Cuando he protestado, se han reído.

—Por supuesto que lo hicieron. —Elizabeth le apretó la mano— Hombres como tu padre nunca han conocido el hambre ni el frío. No pueden imaginarlo.

—He visto una protesta en la ciudad —continuó Daniel— La policía la ha disuelto mientras yo miraba sin hacer nada.

—Hiciste lo sensato. Que te arrestaran no habría ayudado a nadie.

—¡Pero no hacer nada tampoco ayuda! —Daniel se puso en pie, paseando por la habitación— Tiene que haber algo que pueda hacer, algo más que sentir compasión.

Elizabeth lo observó con orgullo y preocupación en los ojos.

—Hay un grupo que se reúne en el salón parroquial de St. Mark los jueves. Defensores de la reforma de las fábricas. Gente muy respetable: médicos, abogados e incluso algunos propietarios de fábricas progresistas.

Daniel dejó de caminar.

—¿Cómo sabes de ellos?

—Tengo mis fuentes. —A Elizabeth le brillaron los ojos— Lucy no es la única a la que ayudo.

—Madre, eres una revelación. —Daniel rió, genuinamente sorprendido— Todos estos años, pensé que eras...

—¿Una sofisticada esposa de la alta sociedad sin un solo pensamiento en la cabeza? —Enarcó una ceja— Tu padre cometió el mismo error.

—¿Sabe lo de ellos? ¿Lo de algo de todo esto?

—Tu padre ve lo que espera ver. —Elizabeth se levantó, alisándose la falda— Ahora deberías cambiarte para la cena. ¿Y Daniel?

—¿Sí?

—Ten cuidado. Los pequeños cambios realizados con constancia pueden lograr más que los grandes gestos que se apagan rápido.

—Lo recordaré.

Cuando se disponía a salir, Elizabeth le llamó.

—¿Y Daniel? Podrías considerar llevarte a Arthur cuando visites St. Mark. Ese chico lo ve todo y no dice nada. Es una cualidad valiosa.

—¿Cómo sabías que iría?

Elizabeth sonrió.

—Porque eres mi hijo. —Su expresión se suavizó—. Y te pareces a mí más de lo que tu padre ha notado jamás.

Daniel salió de la habitación sintiéndose más ligero de lo que se había sentido en semanas. Por primera vez desde su regreso a casa, tenía una aliada y, tal vez, un camino a seguir.

SARAH



Todo empezó con un cosquilleo en la parte posterior de la garganta de Sarah. Una leve irritación a la que no prestó atención durante días, aliviándola con agua durante los descansos para comer. Luego llegó la sequedad, como si hubiera tragado arena, haciendo que cada bocanada de aire rascara como lana contra la piel en carne viva.

En su quinta semana en la fábrica Bailey, llegó la tos.

—A todo el mundo le pasa —dijo Annie mientras Sarah se doblaba por la mitad durante el desayuno, con el cuerpo sacudido por cada violenta bocanada de aire—. El polvo del algodón se asienta en los pulmones.

—Qué consuelo —logró decir Sarah entre tos y tos.

—Toma. —Annie sacó un pequeño paño de su bolsillo—. Átate esto sobre la nariz y la boca. Mantenlo húmedo. Ayuda un poco.

Sarah miró la fina tela. —La Halcón no lo permitirá.

—Simplemente llévalo flojo alrededor del cuello. Póntelo cuando ella no esté mirando.

En la sala de hilatura, el aire pesaba, cargado de partículas de algodón flotantes, visibles bajo los haces de luz que entraban por las altas ventanas. Sarah se ató el paño de Annie al cuello sin apretar, colocándolo de forma que pudiera subirlo rápidamente cuando fuera necesario.

La tos empeoró a medida que avanzaba la mañana. Cada inhalación llevaba el polvo más profundo en sus pulmones, y Sarah se vio luchando por respirar entre ataque y ataque. En un breve momento en que la señorita Bradshaw estaba ocupada con una chica nueva, Sarah se subió el paño sobre la boca y la nariz.

El alivio fue inmediato. La tela húmeda atrapaba gran parte del polvo antes de que ella lo inhalara, y casi podía volver a respirar con normalidad. Trabajaba más rápido con el aire adecuado.

—¡Dobbs! —la llamó la Halcón—. ¿Qué es eso que llevas en la cara?

Sarah se quedó paralizada, con las manos aún sobre los hilos.

—No es nada, señorita Bradshaw.

—Quítatelo inmediatamente.

—Solo necesito...

—Quítatelo o abandona la planta. —Los finos labios de la señorita Bradshaw apenas se movieron—. Tú eliges.

Las demás trabajadoras mantuvieron la vista baja, fingiendo no escuchar, aunque Annie le lanzó una mirada de simpatía desde dos máquinas de distancia.

Sarah se desató el paño y se lo metió en el bolsillo. El polvo regresó a borbotones a sus pulmones y luchó por reprimir otro ataque de tos.

—Las máscaras retrasan la producción —dijo la señorita Bradshaw, lo suficientemente alto como para que las trabajadoras cercanas la oyeran—. No se les paga para que se mimen.

Se alejó a grandes zancadas y Sarah volvió a su trabajo, con los ojos llorosos mientras se esforzaba por no toser. Justo cuando recuperaba el control, un fuerte chasquido resonó en la sala, seguido del chirrido del metal chocando contra el metal.

La correa de transmisión de Sarah se había roto; el cuero estaba desgastado tras años de uso. El extremo suelto restalló en el aire, enredándose en los engranajes del bastidor de hilado. El metal rechinaba contra el metal mientras la máquina se forzaba.

Las trabajadoras de la sala se dispersaron cuando el bastidor se estremeció violentamente. Sarah se lanzó hacia delante en lugar de hacia atrás, metiendo la mano en la maquinaria en movimiento sin

pensarlo. Agarró la correa suelta antes de que pudiera enrollarse más en los engranajes y luego tiró de una palanca para detener el bastidor.

El repentino silencio resultó impactante. Todos los ojos de la sala se volvieron hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —El señor Thorne apareció al hombro de la señorita Bradshaw, con su perpetuo ceño fruncido acentuándose al ver la máquina parada.

—Se ha roto la correa, señor —dijo Sarah, señalando el cuero deshilachado que tenía en la mano—. Se estaba enganchando en los engranajes.

Thorne inspeccionó la máquina, con su expresión amarga inalterada. —¿La has parado tú?

—Sí, señor. Y luego he extraído la correa antes de que pudiera dañar el mecanismo.

Él gruñó, pasando los dedos por los engranajes. —El bastidor no tiene daños. —Parecía casi decepcionado—. ¿Entiendes de máquinas?

—No, señor. Simplemente... vi lo que había que hacer.

Thorne intercambió una mirada con la señorita Bradshaw. Algún tipo de comunicación pasó entre ellos antes de que él se volviera de nuevo hacia Sarah.

—Necesitamos una anudadora en la Sección C. Jenkins, ocupe el puesto de Dobbs. Dobbs, sígueme.

Sarah miró a Annie, cuyas cejas se habían alzado con sorpresa. Que te sacaran de la planta solía significar el despido.

Thorne la condujo a través de la sala de hilatura hasta un área separada donde mujeres mayores trabajaban en mesas pequeñas, reparando correas rotas y haciendo nudos complicados en cuerdas gruesas.

—Señora Fletcher, esta es Dobbs. Enséñale los nudos de las correas. Ahora es tuya.

La mujer más anciana levantó la vista, mirando a Sarah a través de unas gafas gruesas. —Un poco joven para el trabajo de anudadora.

—Ha salvado un bastidor —dijo Thorne, como si eso lo explicara todo—. Medio penique más al día, Dobbs. No hagas que me arrepienta.

Dicho esto, se marchó, dejando a Sarah de pie con torpeza ante la mesa de la señora Fletcher.

—Bueno, no te quedes ahí de pie cazando moscas —dijo la anciana—. Siéntate. Te enseñaré nudos marineros de verdad, los únicos que aguantan en estas máquinas.

El trabajo de anudadora, descubrió Sarah, era a la vez mejor y peor que el de hilandera. Mejor porque de vez en cuando podía sentarse y el polvo no era tan espeso en aquel rincón. Peor porque la manipulación constante de cuero duro y cuerdas gruesas hizo que sus dedos volvieran a sangrar, reabriendo los callos que se le habían formado en el bastidor de hilado.

Aun así, las mujeres mayores eran una fuente inagotable de información. Llevaban décadas trabajando en la fábrica Bailey y, a medida que sus dedos trabajaban, sus lenguas también lo hacían.

—El viejo Bailey va a bajar los salarios otra vez —refunfuñó la señora Fletcher mientras mostraba un nudo particularmente complejo—. Tercera vez este año.

—Yo ya no puedo ni alimentar a mis nietos —asintió otra mujer —. Mi hija se ha puesto a lavar ropa por las noches, solo para comprar pan.

—El joven Bailey es distinto, dicen —terció una tercera mujer—. Tiene estudios y ha estado haciendo preguntas sobre las condiciones.

La señora Fletcher resopló. —No te engañes, Mary. Es el vivo retrato de su padre. Puede que hable con buenas palabras, pero cuando se trata de los beneficios, son todos iguales.

A última hora de la tarde, Sarah había progresado lo suficiente como para que la señora Fletcher confiara en ella para una tarea sencilla.

—Lleva estas correas reparadas al almacén —le indicó la anciana, entregándole un pequeño montón de tiras de cuero—. Pídele al señor Evans tres más de las de grado pesado. Él sabrá a qué me refiero.

Sarah asintió, agradecida por la oportunidad de estirar las piernas. El almacén estaba en la planta superior de la fábrica, lejos del ruido y el polvo de las zonas de producción. Subió las estrechas escaleras lentamente, con los pulmones todavía ardiéndole por la exposición de la mañana.

La puerta del almacén estaba entreabierta. Sarah llamó suavemente antes de empujarla un poco más.

—¿Señor Evans? La señora Fletcher me envía por...

Se detuvo bruscamente. En lugar del encargado del almacén, Daniel Bailey estaba de pie junto a un estante de libros de contabilidad, con las mangas de la camisa remangadas y un lápiz detrás de la oreja. Parecía tan sorprendido como ella.

—¡Oh! Lo siento mucho, señor. Buscaba al señor Evans.

—Ha salido un momento. —Daniel dejó el libro que había estado examinando—. Eres de la sala de hilatura, ¿verdad?

Sarah asintió, de repente consciente de su vestido gastado y su delantal polvoriento. —Sí, señor. Bueno, lo era. Ahora estoy con las anudadoras.

—¿Un ascenso? —Su tono era de auténtica curiosidad.

—En cierto modo. Medio penique más al día por hacer nudos.

Daniel asintió, estudiándola con una intensidad que la hizo sentir incómoda.

—Debería irme. La señora Fletcher necesita...

—No, por favor. Quédate. —Daniel le indicó una silla—. El señor Evans regresará en seguida. Yo ya me iba de todos modos.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos. Sarah cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, sin saber qué hacer con las manos.

—¿Puedo preguntarte tu nombre? —dijo Daniel finalmente.

—Sarah Dobbs, señor.

—Yo soy Daniel Bailey.

—Lo sé.

Se le curvaron los labios hacia arriba. —Sí, supongo que todos aquí saben quién soy.

Él continuó mirándola, y Sarah se sintió obligada a romper el silencio. — ¿Necesitaba algo más, señor?

—No, solo... —Vaciló—. Es un placer conocerte, Sarah Dobbs.

—No es mutuo —masculló ella por lo bajo, e inmediatamente se arrepintió.

Las cejas de Daniel se dispararon hacia arriba y, para horror de ella, soltó una carcajada, un sonido genuino y de sorpresa. —¿Cómo ha dicho?

—Lo siento, señor. Ha sido inapropiado. No quería...

—No, por favor. —Levantó una mano, aún sonriendo—. No te disculpes.

Antes de que Sarah pudiera responder, la puerta se abrió y entró un hombre mayor cargando una caja de suministros.

—Señor Evans, ahí está —dijo Daniel—. La señorita Dobbs necesita algo del almacén. Le dejo para que la ayude.

Asintió a Sarah, con una extraña media sonrisa aún en los labios, y se marchó.

El señor Evans lo vio irse y luego se volvió hacia Sarah con una ceja alzada. —¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Sarah se las arregló para terminar su recado, aunque le ardió la cara de vergüenza todo el tiempo. ¿Qué le había dado por hablarle con tanta rudeza al hijo del dueño? Tendría suerte si mañana aún conservaba el trabajo.

* * *

—¡Sarah Dobbs y Annie Parker! —gritó la señora Pickering aquella tarde—. Tenéis una visita esperando fuera.

Las chicas intercambiaron miradas de confusión. No se permitían visitas cerca de los dormitorios de las mujeres después del anochecer.

—Seguro que son malas noticias —susurró Annie mientras seguían a la señora Pickering escaleras abajo—. Alguien está enfermo o...

—Menos charla y más caminar —espetó la señora Pickering.

Para su asombro, la señora Winters estaba de pie en el patio, con una cesta tapada en el brazo y Tommy rondando tras ella como una sombra larguirucha.

—¡Ahí estáis! —exclamó la señora Winters—. Pensé que esa dragona no os iría a buscar nunca. Venid, que he traído la cena.

La señora Pickering apretó los labios. —Treinta minutos, señora Winters. Luego deben volver adentro.

—Sí, sí, ya conocemos las reglas. —La señora Winters le hizo un gesto para que se fuera y llevó a las chicas a un banco cerca del muro de la fábrica—. Sentaos. Parecéis medio muertas de hambre las dos.

En cuanto la señora Pickering desapareció en el interior, la señora Winters destapó su cesta con un gesto teatral. —He traído sobras de pasteles de carne. No puedo vender los del día anterior, ya sabéis.

Los pasteles aún estaban calientes, y a Sarah se le hizo la boca agua con el olor. La señora Winters les puso uno en la mano a cada una, y luego un tercero en la palma ya extendida de Tommy.

Él devoró el suyo en tres bocados enormes.

—¡Válgame Dios, muchacho, ve más despacio antes de que te atragantes! —le riñó la señora Winters.

—Lo siento, tía Bess. —Tommy habló a través de su último bocado—. Me he saltado la cena.

—¿Otra vez? ¿Por qué?

Tommy se encogió de hombros, pero Annie se inclinó hacia delante. —¿Es por eso que no estabas en la comida? Te guardamos un mendrugo.

—El señor Thorne me pilló ayudando a Ben Wilkins con su cardado. Dijo que estaba «interfiriendo en la formación de otro trabajador». Me ha quitado parte del sueldo y me ha cancelado la comida de hoy.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Sarah—. Ben solo tiene ocho años. Sus brazos apenas llegan a la máquina.

—Las reglas son las reglas. —Tommy intentó su sonrisa habitual, aunque no le llegó a los ojos—. Pero ha valido la pena. El pobre renacuajo estaba a punto de perder los dedos.

La señora Winters masculló algo que sonó sospechosamente a «asesinato» y «Thorne» en la misma frase.

—Tranquila, tía Bess. —Tommy le dio una palmadita en el brazo —. No pasa nada. Aún me quedan tres años para saldar la deuda de

mi padre. No puedo arriesgarme a que me despidan ahora.

—Eso no hace que esté bien —refunfuñó la señora Winters, y luego se animó de forma artificial—. Pero basta de hablar de ese lugar miserable. Sarah, Annie me ha dicho que te han ascendido a anudadora. Estás subiendo en el mundo, ¿eh?

—Difícilmente —se rió Sarah—. Solo ato nudos más grandes por medio penique más.

—Toda ayuda es poca. —La señora Winters le dio otro pastel—. Da gracias de no ser la próxima Maggie Turner.

Tommy gimió. —Ya empezamos.

—Calla tú. —La señora Winters se inclinó hacia delante—. Trabajó en la sala de tintes seis años. Una chica muy guapa, pero testaruda. Discutió con Thorne una vez de más y, de repente, ya no estaba.

—¿La despidieron? —preguntó Annie.

—Peor. —La señora Winters bajó la voz—. Acabó en la casa de Madame Abbess, en Bridge Street. Ya sabéis qué tipo de establecimiento es ese.

A Sarah se le encogió el estómago. En el hospicio de la matrona Grimsby ya les habían advertido algo parecido: *Si hacéis que os despidan, solo hay un lugar que acepte a las chicas arruinadas.*

—Los muelles están llenos de sitios así —continuó la señora Winters con tono sombrío—. Ahí es donde acaban las chicas sin referencias. Así que mantened la cabeza baja y la boca cerrada, ¿entendido? Sin importar lo que veáis o escuchéis.

—Lo sabemos —dijo Annie en voz baja.

—Bien. No os he traído pasteles de carne solo para ver cómo os arrojáis a los lobos.

—No te preocupes, tía Bess. —Tommy sacó pecho—. Yo las protegeré.

Sarah soltó una carcajada a pesar de la gravedad de la conversación. —¿Con qué? ¿Con esas ramitas que llamas brazos?

—Que sepáis que estos son instrumentos de batalla finamente pulidos —protestó Tommy, flexionando sus inexistentes músculos—. ¡Moldeados por años de acarrear fardos de lana!

—Parecen moldeados por años de evitar los fardos de lana —bromeó Annie.

—¡Qué traición! —Tommy se llevó la mano al pecho dramáticamente—. ¡Mis propias amigas, burlándose de mi magnífico físico!

Todos estallaron en risas, lo que les valió una mirada de desaprobación de un capataz que pasaba. La señora Winters los ocultó detrás de una pila de cajas hasta que el hombre pasó de largo.

Demasiado pronto, la señora Pickering hizo sonar la campana del dormitorio, indicando el fin de la visita, y la señora Winters recogió su cesta, poniendo el último pastel en las manos de Tommy.

—Venid el domingo, si podéis —dijo, besando la mejilla de Tommy—. Me preocupo por vosotros tres.

Después de que ella se fuera, Tommy acompañó a las chicas hasta la entrada del dormitorio. —Tiene buena intención.

—Es maravillosa —dijo Annie—. Tienes suerte de tenerla.

Tommy retrocedió cuando la señora Pickering apareció en el umbral. —Buenas noches, señoritas.

De vuelta en el dormitorio, mientras se preparaban para dormir, Annie le dio un codazo a Sarah. —¿Qué ha pasado hoy? ¿En el almacén?

—¿A qué te refieres?

—Mary, la del cardado, ha dicho que te ha visto hablando con el joven señor Bailey.

Sarah sintió que le subía el calor a la cara. —No estaba hablando con él. No exactamente. Fui a por suministros y resultó que él estaba allí.

—¿Y? —insistió Annie.

—Y nada. Me ha preguntado mi nombre. Se lo he dicho. Se ha ido.

—¿Eso es todo?

Sarah vaciló y luego admitió: —Puede que haya sido un poco borde.

—¡Sarah! ¿Con el hijo del dueño?

—Se me ha escapado. —Sarah bajó aún más la voz—. He dicho que conocerle no era un placer.

Los ojos de Annie se agrandaron de forma cómica. —¡No me digas!

—No quería hacerlo. Simplemente... ha pasado.

—¿Qué ha hecho él? ¿Se ha enfadado?

—No, él... —Sarah no sabía cómo explicar el extraño momento entre ambos—. Se ha reído.

Annie se quedó mirándola. —¿Se ha reído? ¿De que le insultaras?

—Ha sido raro. —Sarah se encogió de hombros, acomodándose en la cama—. Pero no importa. Él es el hijo del dueño y yo soy una trabajadora de la fábrica. Nuestros caminos no se volverán a cruzar.

DANIEL

—¡Bailey, bribón magnífico!

Daniel se dio la vuelta al oír aquella voz estruendosa y se vio atrapado en un abrazo de oso que lo levantó del suelo.

—Will Norton. Tan sutil como siempre, ya veo —Daniel se rió mientras su amigo lo soltaba en mitad de la Biblioteca Central de Lancashire. Varios usuarios les lanzaron miradas de reproche por el alboroto.

William Norton había sido el amigo más cercano de Daniel en Cambridge. Era brillante, bullicioso y siempre estaba en problemas con las autoridades universitarias por sus radicales artículos periodísticos. También era hijo de un minero del carbón de Durham que se había ganado su plaza gracias a una beca, un hecho que hacía que su amistad con el hijo del dueño de una fábrica de hilos fuera poco probable.

—Busquemos un sitio más tranquilo —sugirió Daniel, guiando a Will hacia un rincón de lectura lejos de las miradas desaprobatorias.

—En tu carta decías que era urgente. ¿Todo va bien? —preguntó Will una vez sentado.

—Eso depende de tu definición de «bien» —Daniel se inclinó hacia delante—. ¿Qué te trae por Lancashire? Lo último que supe es que te ibas a Londres.

—Iba a ir. Pero los planes han cambiado —Will sonrió de oreja a oreja—. He aceptado un puesto en el *Northern Review*.

—¿El periódico que no deja de publicar esos artículos mordaces sobre las condiciones de las fábricas? —Daniel arqueó una ceja—. Mi padre quema cada ejemplar que cae en sus manos.

—Ese mismo —la expresión de Will se volvió seria—. Me han encargado una serie sobre los trabajadores de las fábricas textiles. Tengo por delante seis meses de investigación, entrevistas e indagaciones.

—Y has pensado que Lancashire era el lugar ideal para empezar.

—¿Qué sitio mejor? El corazón de la industria del algodón y el hogar de las fábricas más grandes del país —los ojos de Will brillaron—. Incluyendo la infame Fábrica de Algodón Bailey.

Daniel hizo una mueca. —¿Así es como la llaman ahora? ¿Infame?

—Tu padre tiene una fama considerable entre la clase trabajadora —Will sacó una pequeña libreta—. Esa es en parte la razón por la que quería verte. Necesito el punto de vista de alguien de dentro.

—Entonces, ¿ahora soy una fuente y no un amigo?

El semblante de Will decayó. —No quería decir eso. Mira, sé que es el negocio de tu familia...

—No pasa nada —Daniel restó importancia a la disculpa con un gesto—. Lo cierto es que esperaba hablar con alguien ajeno a esta burbuja de dueños de fábricas. Alguien a quien realmente le importe lo que está pasando.

—¿Tan mal está la cosa?

Daniel suspiró. —Peor de lo que recordaba. Hay niños trabajando en turnos de dieciséis horas. Los salarios apenas llegan para comprar pan, y mi padre y sus compinches acaban de acordar un recorte del quince por ciento en todas sus fábricas.

Will soltó un silbido bajo. —Se morirán de hambre.

—Ya se están muriendo de hambre —Daniel se frotó la cara—. Hubo una reunión de trabajadores la semana pasada, pero la policía la disolvió antes de que cobrara fuerza.

—Me he enterado —Will garabateó en su libreta—. ¿Hubo detenciones?

—Unas cuantas. Por suerte, nadie de nuestra fábrica.

Will lo estudió con la mirada. —Has cambiado, Bailey. El Daniel que conocí en Cambridge se quejaba de los veranos aburridos en la «lúgubre fábrica» de su padre. Ahora pareces personalmente implicado.

—He empezado a ver las cosas con más claridad —Daniel vaciló —. Entre nosotros, he estado considerando hacer reformas cuando finalmente tome el mando. Mejores condiciones y salarios justos.

—A tu padre le horrorizaría eso.

—De ahí lo de «finalmente» —Daniel sonrió con amargura—. Pero necesito pruebas, Will. Documentación de lo que ocurre de verdad, no solo en la Bailey, sino en todas partes. Si voy a luchar contra este sistema, necesito munición.

Will dio unos golpecitos con el lápiz contra la libreta. —Me vendría bien una fuente dentro de la Bailey. Alguien que pudiera proporcionarme detalles, cifras.

—¿Te refieres a alguien como yo? —preguntó Daniel con ironía.

—Sería anónimo, por supuesto.

Daniel lo sopesó. El riesgo era enorme, porque si su padre descubría que estaba filtrando información a un periodista con ideas reformistas, lo desheredaría de inmediato. Por otro lado, ¿de qué otra forma podría lograr un cambio real?

—Deja que me lo piense —dijo finalmente—. Tengo que ser precavido. Y no solo por mi bien.

—¿Por tu madre?

Daniel asintió. —Es más vulnerable de lo que parece.

—Tómate tu tiempo —Will cerró su libreta y se la metió en el bolsillo—. Estaré alojado en la posada Bull's Head durante el próximo mes. Mándame un recado cuando te decidas.

Hablaron durante una hora más sobre sus recuerdos de Cambridge y amigos comunes antes de despedirse con la promesa de volver a verse pronto.

* * *

—El chaleco azul, creo —dijo Elizabeth Bailey, inspeccionando el atuendo de Daniel con ojo crítico—. Resalta tus ojos.

—¿De verdad es necesario un chaleco para una reunión del comité de beneficencia? —preguntó Daniel, pero se cambió obedientemente mientras Arthur le entregaba la prenda.

—Las apariencias importan en estos círculos —respondió su madre—. Especialmente dado que Catherine Harrington estará allí.

Daniel reprimió un gemido. —No me había dado cuenta de que esto era otro intento de emparejamiento.

—En absoluto. El comité hace una labor importante —Elizabeth sonrió con inocencia—. Que Catherine casualmente lo presida es mera coincidencia.

—¿Igual que la repentina cita de negocios de padre que le impide acompañarnos?

—A tu padre el trabajo de caridad le resulta tedioso. Tú, sin embargo, expresaste interés por el bienestar de nuestros trabajadores. Esto me pareció oportuno.

Daniel no pudo rebatir esa lógica. Terminó de vestirse y le ofreció el brazo a su madre. —¿Vamos, entonces?

El Comité de Damas para la Educación Moral de las Clases Trabajadoras se reunía en el salón parroquial de la iglesia de San Pedro, la congregación más acaudalada de Lancashire. Al entrar, Daniel se fijó en los elaborados sombreros y los finos vestidos de las dos docenas de mujeres que se acomodaban alrededor de una mesa larga.

Catherine Harrington los vio de inmediato y se levantó de su asiento en la cabecera de la mesa con una amplia sonrisa.

—¡Señora Bailey! Y Daniel, qué sorpresa tan agradable —le tendió la mano—. Los caballeros rara vez honran con su presencia nuestro humilde comité.

—Daniel ha manifestado interés por su labor caritativa —explicó Elizabeth, tomando asiento cerca del centro de la mesa—. Espero que no le importe que se quede como observador.

—¡Para nada! La perspectiva de un hombre siempre es valiosa —la sonrisa de Catherine se iluminó—. Quizá pueda aportar algunas ideas.

La reunión comenzó con informes sobre diversas iniciativas, como folletos de instrucción moral distribuidos a los obreros de las fábricas, promesas de templanza recogidas de borrachos reformados y un programa para enseñar tareas domésticas básicas a las mujeres de clase trabajadora. Daniel escuchaba con una incomodidad creciente mientras las damas hablaban de los pobres como si fueran una especie completamente distinta.

—Y ahora, sobre nuestra iniciativa navideña —anunció Catherine —. Las cestas de regalo del año pasado fueron muy bien recibidas por los pobres que las merecían. Propongo que ampliemos el programa este año.

—Excelente idea —estuvo de acuerdo la señora Westmoreland—. ¿Quizá añadir algo de ropa de abrigo? El invierno parece que será duro.

—Y literatura moral —añadió otra mujer—. Historias edificantes para los niños.

Daniel se aclaró la garganta. —¿Podría hacer una sugerencia?

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Por supuesto, Daniel —dijo Catherine cordialmente.

—Los hijos de los trabajadores de las fábricas rara vez tienen calzado adecuado. ¿Quizá podríamos incluirlos en las cestas?

Siguió un momento de silencio.

—Bueno —dijo Catherine con cautela—, nuestras cestas son principalmente para familias que muestran una mejora moral. Los trabajadores de las fábricas suelen ser...

—¿Menos merecedores? —preguntó Daniel.

—Más difíciles de alcanzar —corrigió Catherine con soltura—. Muchos se gastan sus salarios en ginebra en lugar de en necesidades básicas. Centramos nuestros limitados recursos donde puedan hacer más bien.

—Pero a buen seguro los niños no son responsables de las decisiones de sus padres.

La sonrisa de Catherine se tensó. —Debemos considerar la unidad familiar en su conjunto. Aquellos que asisten a nuestras lecturas dominicales y demuestran un deseo de superación reciben nuestra ayuda. Eso anima a otros a seguir su ejemplo.

—¿De modo que la ayuda está condicionada a la asistencia a sus sesiones de educación moral? —Daniel no pudo evitar el tono de aspereza en su voz.

—Daniel —le advirtió su madre en voz baja.

—Simplemente tratamos de fomentar valores adecuados junto con la asistencia material —explicó Catherine, como si hablara con un niño corto de entendederas—. Dar limosnas sin guía moral crea dependencia.

Daniel se guardó una réplica sobre cómo los salarios eran tan bajos que la dependencia resultaba inevitable. —Ya veo.

—Quizá deberíamos volver al asunto del contenido de las cestas —sugirió Elizabeth diplomáticamente.

La reunión continuó, pero Daniel había dejado de escuchar. Observaba a Catherine dirigir el comité con absoluta confianza en su superioridad moral. Se creía genuinamente benevolente, incluso mientras decidía qué niños pobres merecían zapatos este invierno.

El abismo entre sus visiones del mundo se ensanchaba con cada palabra que ella pronunciaba. ¿Cómo pudo haber considerado alguna vez casarse con alguien tan ciego a la realidad del sufrimiento de la clase obrera?

Después de la reunión, Catherine lo abordó mientras las damas recogían sus cosas.

—Su sugerencia ha sido bienintencionada —dijo ella, tocándole el brazo—. Pero la caridad requiere discernimiento, y no se puede ayudar a todo el mundo.

—O tal vez no todo el mundo quiere la clase de ayuda que se le ofrece —replicó Daniel.

La sonrisa de Catherine flaqueó. —No os entiendo.

—Lo sé —suavizó el tono—. Ese es precisamente el problema, ¿no le parece?

Antes de que pudiera responder, Elizabeth se unió a ellos. —Catherine, la reunión ha sido encantadora como de costumbre. Daniel y yo debemos marcharnos, pero gracias por permitirle observar.

En el trayecto en carruaje de vuelta a casa, Daniel miró fijamente por la ventana en silencio hasta que su madre rompió la tensión.

—Estás inusualmente callado.

—Estoy intentando encontrar palabras amables para lo que acabo de presenciar.

Elizabeth suspiró. —Catherine tiene buenas intenciones.

—¿Ah, sí? ¿O simplemente disfruta sintiéndose superior a aquellos a quienes «ayuda»?

—Eso es poco generoso por tu parte.

Daniel se giró hacia ella. —Esas mujeres se dedican a juzgar a personas cuyas vidas ni siquiera alcanzan a comprender. Ofrecen lecciones de moral a niños que no han comido nada desde ayer.

Elizabeth lo observó con detenimiento. —Sabía que te darías cuenta. Por eso te he traído.

—¿Sabías que me horrorizaría?

—Sabía que entenderías la diferencia entre la ayuda genuina y la caridad para el regocijo propio. —Le cogió la mano—. Catherine nunca cambiará, Daniel. Es un producto de su crianza, igual que tú de la tuya.

—No puedo casarme con ella, madre.

—Eso también lo sé. —Elizabeth le apretó la mano—. Tu padre se llevará una decepción.

Daniel soltó una carcajada amarga. —Añádela a su creciente lista. He estado pensando en lo que Will Norton ha dicho hoy… sobre denunciar las condiciones de la fábrica.

—Ten cuidado, Daniel. —Su voz bajó de volumen—. No voy a impedirte que hagas lo que creas que es correcto. Pero no subestimes la reacción de tu padre si dañas públicamente el negocio familiar.

—¿Qué haría? ¿Desheredarme?

—Podría hacerlo. —Sus ojos albergaban una advertencia—. O algo peor.

El carruaje se detuvo ante la mansión de los Bailey. Daniel ayudó a su madre a bajar y luego se detuvo.

—Creo que me saltaré la cena esta noche. Dile a padre que me encuentro mal.

Elizabeth asintió. —¿A dónde irás?

—A la sala de lectura pública. Necesito pensar.

La pequeña biblioteca en la propiedad de los Bailey había sido establecida por el abuelo de Daniel como un supuesto beneficio para los obreros, aunque sus limitadas horas la hacían inaccesible para casi todos ellos. El edificio de piedra independiente había caído en desuso, visitado principalmente por Daniel durante su infancia.

Abrió la pesada puerta de roble y entró, esperando el habitual vacío con olor a humedad. En su lugar, se encontró con una figura delgada encorvada sobre un libro en la única mesa de lectura, tan absorta que no le había oído entrar.

Sarah Dobbs.

Llevaba el mismo vestido desgastado que él había visto en el almacén, con su cabello oscuro pulcramente trenzado y recogido. Su almuerzo, un trozo pequeño de pan, reposaba olvidado al lado del libro abierto.

Daniel debió de hacer algún ruido, porque ella levantó la vista de repente, y su expresión cambió a la alarma en un instante.

—¡Sr. Bailey! —Se puso en pie rápidamente, casi volcando su silla —. Lo siento, no me había dado cuenta… debería irme.

—No, por favor —dijo Daniel, haciéndote un gesto para que te sentaras—. No te vayas por mi culpa. Simplemente me sorprende encontrar a alguien aquí.

Sarah permaneció de pie, claramente incómoda. —Solo abre durante la hora del almuerzo. No muchos trabajadores pueden permitirse el tiempo de venir, pero yo...

—Pero querías leer. —Daniel señaló con la cabeza hacia el libro—. ¿Qué has elegido?

Ella dudó, luego giró el libro para que él pudiera ver la portada. —Dickens. *Tiempos difíciles*.

Daniel sonrió. —Una elección interesante. Una novela sobre los trabajadores de las fábricas y los industriales que los emplean.

—Parecía... pertinente.

—Desde luego. —Daniel se acercó más, con cuidado de no parecer intimidante—. ¿Qué te parece por ahora?

—Creo que el Sr. Dickens entiende más que la mayoría sobre fábricas como esta. —Hizo una pausa y añadió rápidamente—: No es que esté comparando la de los Bailey con Coketown, por supuesto.

—¿Seguro? —Daniel enarcó una ceja—. Yo sí lo haría.

Sarah pareció genuinamente sobresaltada. —¿Señor?

—Dickens acertó en muchas cosas. El polvo, el ruido, el adormecimiento del espíritu. —Daniel cogió el libro, dándole la vuelta con suavidad en sus manos—. Aunque siempre he pensado que Bounderby es más villano de lo necesario. Una caricatura más que un personaje.

—Algunos propietarios de fábricas parecen caricaturas ellos mismos —dijo Sarah, y de inmediato apretó los labios como si se arrepintiera de sus palabras.

Daniel se rió. —¿Mi padre entre ellos, supongo?

Ella abrió mucho los ojos. —Yo no he dicho eso.

—No ha hecho falta. —Daniel le devolvió el libro—. Por favor, siéntate. Termina tu almuerzo. No era mi intención interrumpirte.

Tras un momento de vacilación, Sarah se sentó, aunque no hizo amago de seguir comiendo o leyendo.

—Eres anudadora ahora, ¿verdad? —preguntó Daniel, tomando el asiento frente a ella—. ¿Qué te parece comparado con el hilado?

—Mejor en algunos aspectos. Peor en otros. —Parecía sorprendida por el interés de él—. El polvo no es tan malo, pero el trabajo es más duro para las manos.

Daniel asintió. —Vi tus manos en el almacén. Los cortes apenas habían cicatrizado.

—¿Se fijó? —Sarah se miró las manos, que ahora lucían nuevas heridas por el rudo trabajo con la cuerda.

—Me fijo en más cosas de las que la gente cree. —Daniel se inclinó hacia delante—. Como en que estás aquí durante tu almuerzo en vez de comer como es debido.

Sarah levantó la barbilla. —Los libros alimentan la mente.

—Mientras que el pan alimenta el cuerpo —rebatió él—. Ambos son necesarios.

—Eso lo dice un hombre que nunca ha pasado hambre.

Daniel admitió el punto con un asentimiento. —Me parece justo. Aunque yo sostendría que es precisamente por eso por lo que debería comer mientras pueda y llevarse el libro para leerlo después.

—¿Llevármelo? —Sarah negó con la cabeza—. Los libros no salen de la sala de lectura. Son las normas del Sr. Thorne.

—Ah, pero yo soy un Bailey. Seguro que eso cuenta para algo en la biblioteca de mi propia familia.

El asomo de una sonrisa rozó sus labios. —¿Me está sugiriendo que me salte las normas, Sr. Bailey?

—Estoy sugiriendo que las normas son ridículas. —Daniel le devolvió la sonrisa—. Esta biblioteca se creó para beneficiar a los obreros y, sin embargo, solo abre cuando la mayoría de vosotros no podéis usarla de ninguna manera.

—La mayoría no lee de todos modos —dijo Sarah en voz baja—. O no saben.

—Pero tú sí sabes. Y bastante bien, sospecho.

—Mi madre me enseñó antes de morir… Practicaba en secreto en el asilo. Me habrían azotado si lo hubieran sabido.

—¿En St. Michael? —preguntó Daniel, recordando los informes del Sr. Thorne sobre los nuevos trabajadores.

Sarah asintió.

—Y ahora estás aquí, usando tu preciado almuerzo para leer a Dickens en lugar de descansar.

—Merece la pena perderse el almuerzo por los libros. —Su sonrisa creció, transformando su rostro—. Te llevan a otro lugar, aunque solo sea por unos minutos.

Daniel se sintió momentáneamente impactado por esa sonrisa de una manera inesperada y genuina.

—Tienes una sonrisa encantadora, Srta. Dobbs.

La sonrisa desapareció al instante, reemplazada por un ceño fruncido. —No estaba buscando cumplidos, señor.

Daniel no pudo evitar reírse ante su rápido cambio de expresión. —Nunca he sugerido que lo hiciera. Es solo una observación.

Ella apartó la mirada, claramente incómoda con el cariz personal que había tomado la conversación.

—Tengo una idea —dijo Daniel impulsivamente—. Tengo una biblioteca bastante extensa en casa. Muchos libros acumulando polvo. ¿Y si trajera algunos aquí para que los tomaras prestados?

—No es necesario.

—Pero lo es. Los libros deberían leerse, no exhibirse. —Se sentía más entusiasmado con cada palabra—. Podría dejártelos aquí. ¿Alguna preferencia en particular aparte de Dickens?

—Sr. Bailey, es que yo no podría…

—Daniel —la interrumpió él—. Por favor, llámame Daniel cuando estemos a solas, al menos.

Sarah pareció escandalizada. —Eso sería de lo más inapropiado.

—También lo es que el hijo del dueño de una fábrica mantenga cualquier conversación con una obrera, según mi padre. Y aquí estamos. —Daniel se encogió de hombros—. Si vamos a romper una norma social, ¿por qué no romper otra?

—Porque algunas normas conllevan consecuencias mayores que otras —respondió Sarah.

Daniel se puso serio. —Tiene razón, por supuesto. Perdone. —Se puso en pie—. Pero mi oferta sigue en pie. Traeré libros y los dejaré aquí. Puede leerlos durante el almuerzo o... llevárselos si lo desea. Nadie viene a este edificio salvo yo.

Sarah dudó, luego asintió. —Gracias.

—¿Qué tipo de libros le gustan?

—Cualquiera, en realidad. Historias sobre lugares que nunca veré. Gente viviendo vidas diferentes.

Daniel sintió una punzada ante la forma tan natural en la que ella reconocía las limitaciones de su mundo.

—Traeré una selección mañana —prometió—. Los dejaré en este estante de aquí. No hace falta que nadie sepa que son específicamente para usted.

La campana del almuerzo sonó a lo lejos, señalando el fin del descanso. Sarah recogió sus cosas rápidamente, envolviendo el trozo de pan restante en un pedazo de tela.

—Tengo que irme —dijo, devolviendo el libro de Dickens al estante con obvia renuencia.

—Por supuesto. —Daniel se apartó para dejarle paso libre a la puerta—. Hasta mañana, pues.

En el umbral, Sarah se detuvo y miró hacia atrás, encontrándose con sus ojos directamente por primera vez en toda la conversación.

Daniel sonrió, incapaz de evitarlo. Tras un momento de vacilación, Sarah asintió una vez y se fue, apresurándose de vuelta hacia la fábrica.

Daniel permaneció en la sala de lectura, meditando sobre el fortuito encuentro. En el lapso de veinte minutos, Sarah Dobbs había mostrado más inteligencia y carácter genuinos de los que Catherine Harrington había demostrado jamás.

Pasó los dedos por el ejemplar de *Tiempos difíciles* que ella había dejado atrás, preguntándose qué le parecería el final. Preguntándose también sobre la aparente coincidencia que la había puesto en su camino no ya una vez, sino dos.

Quizá no fuera coincidencia en absoluto, sino algo totalmente distinto.

SARAH



Sarah regresó a toda prisa a la fábrica, con la mente todavía puesta en la inesperada conversación con Daniel Bailey. Se escabulló en la sala de las anudadoras justo cuando la campana terminaba de sonar, lo que le valió una mirada de sospecha de la señora Fletcher.

—Vas por los pelos, Dobbs —comentó la anciana, pasándole un tramo de correa para reparar.

—Lo siento. —Sarah se instaló en su puesto de trabajo, intentando concentrarse en el cuero que tenía entre las manos en lugar de en el recuerdo de la sonrisa de Daniel.

Annie apareció por la puerta de la sala de trabajo unos minutos más tarde, con el rostro encendido por las prisas. Le dio un pellizco a Sarah al pasar para entregar hilo a otra anudadora.

—¿Dónde estabas a mediodía? —susurró Annie de regreso—. Te he guardado la mitad de mi pan.

—Luego te cuento —murmuró Sarah, consciente de la mirada vigilante de la señora Fletcher.

La tarde se arrastró interminablemente y, cuando sonó la campana final, se encontró con Annie esperando fuera de la sala.

—¿Y bien? —Annie se cogió del brazo de Sarah mientras caminaban hacia el dormitorio—. ¿Adónde has desaparecido? ¿Y por qué estabas tan colorada?

—No estaba colorada —protestó Sarah, tocándose la mejilla—. Estaba en la sala de lectura.

—¿Toda la hora de comer? ¿Y sin probar bocado?

—Tenía pan —se defendió Sarah, y luego cambió de tema—. ¿Qué tal hoy los telares?

—Espantoso, como siempre. —Annie tosió en su manga, un sonido húmedo y ronco—. No cambies de tema. Tienes un secreto, ¿verdad?

—¿Un secreto? ¿Por qué dices eso?

—Me estás ocultando algo. —Los ojos de Annie brillaban con picardía—. ¿Hay algún pretendiente que yo no conozca? ¿Quizá alguno de los chicos del cardado?

Sarah resopló. —Sí, Annie. He estado escapándome para tener citas románticas con Joe el Desdentado, el del cardado.

—¡Lo sabía! —Annie dio una palmada—. Esos tres dientes que le quedan son sencillamente irresistibles.

Ambas rompieron a reír, atrayendo miradas de desaprobación de los trabajadores que pasaban.

—¿Y qué hay de ti y Tommy?

Las mejillas de Annie se tiñeron de rojo de inmediato. —Solo somos amigos.

—Claro. Amigos que se ponen como un tomate con solo mencionar el nombre del otro.

—¡Yo no me pongo roja! —protestó Annie, con el rostro cada vez más encendido.

—Entonces debes de tener fiebre —dijo Sarah, perdiendo la sonrisa cuando Annie volvió a toser, esta vez más fuerte—. Esa tos suena peor.

Annie restó importancia a su preocupación con un gesto. —No es nada. Todo el mundo está igual.

—No tosen así. —Sarah dejó de caminar y estudió el rostro de su amiga—. Estás pálida. Y tienes calor de verdad. —Le puso una mano en la frente a Annie.

—Hace calor en la fábrica. Estoy bien.

Pero no estaba bien. Al llegar la hora de dormir, Annie ardía de fiebre y le costaba respirar entre los ataques de tos. Sarah se

levantó de la cama para mojar un paño en el lavabo y lo colocó con suavidad sobre la frente de Annie.

—No tienes por qué desvivirte —susurró Annie.

—Calla. —Sarah le acomodó la fina manta—. Intenta dormir. No puedes permitirte faltar al trabajo por mi culpa...

—Tú intenta descansar primero…

Ambas conocían las reglas de la fábrica: si no hay trabajo, no hay paga. Y lo que era peor, faltar dos días significaba el posible despido.

Durante toda la noche, Sarah cuidó de Annie, cambiándole el paño cuando se calentaba y ayudándola a beber sorbos de agua entre toses. Las otras chicas se removían inquietas en sus camas, sin duda molestas por el alboroto, pero demasiado cansadas para quejarse.

La campana y el arrastrar de pies de las chicas agotadas preparándose para otro día llegaron antes de lo que Sarah esperaba. La señora Pickering recorrió el dormitorio dando órdenes a gritos hasta que llegó a la cama de Sarah y Annie, donde se detuvo de golpe.

—¿Y esto qué es?

—Está enferma —dijo Sarah, poniéndose en pie para encarar a la supervisora—. Necesita un médico.

La señora Pickering resopló con desdén. —Parker, ¿puedes trabajar?

Annie intentó incorporarse, pero solo consiguió que le diera otro ataque de tos.

—Es evidente que no —respondió Sarah por ella—. Tiene fiebre. Necesita medicinas.

—En ese caso, tiene que verla el médico de la fábrica, que determinará si está enferma de verdad o si solo está fingiendo. —La señora Pickering apretó sus finos labios—. Hoy no cobrará, por supuesto. Y a ti —señaló a Sarah—, se te espera en la sala de las anudadoras en cuanto suene la campana.

—No puedo dejarla así —protestó Sarah.

—Puedes y lo harás. —La voz de la señora Pickering se endureció —. ¿O prefieres que te despidamos?

Annie agarró la mano de Sarah con debilidad. —Ve —susurró—. Estaré bien. Puedo ir a ver a la señora Winters...

Sarah vaciló, debatida entre el deber hacia su amiga y la realidad de la vida en la fábrica. Una palabra de la señora Pickering y se vería en la calle sin referencias y sin posibilidad alguna de ayudar a Annie.

—Vendré a verte a mediodía —prometió, apretando la mano de Annie antes de recoger sus cosas.

Los dedos de Sarah trabajaban haciendo los nudos por pura memoria muscular, mientras su mente permanecía junto a Annie. Cuando por fin sonó la campana del almuerzo, salió corriendo hacia el dormitorio, solo para encontrar la cama de Annie vacía.

—¿Dónde está? —le exigió a una chica que hacía su cama cerca de allí.

—Se ha ido a la enfermería —respondió la chica encogiéndose de hombros.

La «enfermería» era una habitación pequeña cerca de la oficina de la fábrica donde se guardaba a los trabajadores enfermos hasta que se recuperaban lo suficiente para trabajar o eran despedidos. Sarah se dio la vuelta para marcharse, pero la señora Pickering le bloqueó el paso.

—Vuelve al trabajo, Dobbs. No se permiten visitas en la enfermería.

—Pero…

—Son las normas. —La expresión de la señora Pickering se suavizó ligeramente—. El médico está con ella. Es más de lo que consiguen la mayoría.

A regañadientes, Sarah regresó al patio de la fábrica. Con la mitad del descanso ya consumida, no tenía tiempo para comer. En su lugar, se encontró caminando hacia la pequeña biblioteca.

Allí la esperaba una sorpresa. Apoyado en el asiento de la ventana, al fondo y parcialmente oculto tras una cortina, había un libro encuadernado en cuero, tal como Daniel le había prometido. Sarah miró a su alrededor en la sala vacía antes de cogerlo.

«Middlemarch», de George Eliot, con una nota doblada dentro de la portada.

Señorita Dobbs,

Esta es una novela sobre la vida provinciana, la ambición y el abismo entre los ideales y la realidad. Tendré curiosidad por conocer su opinión cuando la termine.

—D. B.

Sarah pasó los dedos por la fina encuadernación, mucho más bonita que cualquier libro que hubiera tenido en sus manos. Debería dejarlo allí. Lo sabía. Sus atenciones eran peligrosas y las posibles consecuencias, graves. Si Thorne descubría que estaba recibiendo libros y notas del hijo del dueño...

Pero la tentación de ser transportada más allá de la fábrica Bailey por unas horas preciosas era demasiado fuerte para resistirse.

Tras echar un último vistazo a la sala vacía, Sarah se guardó el libro en el bolsillo del delantal. Hacía un bulto evidente, pero la bata de trabajo lo cubriría hasta que llegara al dormitorio.

Apenas logró dar tres pasos fuera de la puerta cuando un alboroto en la fábrica llamó su atención. Los trabajadores salían del edificio principal, reuniéndose en grupos confusos en el patio.

—¿Qué pasa? —le preguntó a una chica que pasaba por allí.

—Se han averiado tres telares a la vez —respondió la chica con entusiasmo—. ¡Van a parar la producción para revisar toda la maquinaria. Nos han mandado a los dormitorios hasta mañana!

Una tarde libre inesperada normalmente sería motivo de celebración, pero el primer pensamiento de Sarah fue para Annie. Con la fábrica cerrada, tal vez por fin pudiera entrar en la enfermería.

Esas esperanzas se desvanecieron cuando llegó al edificio principal. El señor Thorne estaba a la puerta de la enfermería, rechazando a los amigos preocupados de los enfermos.

—Nada de visitas —repetía con firmeza ante cada consulta—. Órdenes del médico. Volved a vuestros dormitorios, todos.

Sarah se retiró, sabiendo que era mejor no atraer la atención de Thorne. En su lugar, regresó al dormitorio vacío, se sentó en su cama y sacó «Middlemarch». Si no podía ayudar a Annie ahora, al menos aprovecharía ese tiempo inesperado para leer.

Llevaba cincuenta páginas cuando la puerta del dormitorio se abrió y la voz familiar de Tommy llamó: —¿Hay alguien en casa?

—¡Tommy! —Sarah escondió rápidamente el libro bajo la almohada—. ¿Qué haces aquí? No tienes permiso…

—Tranquila. La señora Pickering está ocupada gritándoles a las nuevas. Nadie me ha visto. —Miró alrededor de la habitación vacía —. ¿Dónde está Annie?

—En la enfermería. —La preocupación de Sarah regresó de golpe —. Le ha empeorado la tos y tiene fiebre. No me dejan verla.

El buen humor habitual de Tommy se desvaneció. —Acabo de venir de la tienda de mi tía Bess. Me ha dicho que os viera a las dos.

—¿Has hablado con la señora Winters hoy?

—Hace un momento. Le he hecho un recado mientras la maquinaria estaba parada. —Tommy se movió inquieto.

Algo en su actitud le resultó extraño a Sarah. —¿Has venido directo de la tienda?

—Más o menos. —Se tiró del cuello de la camisa—. Puede que haya dado un rodeo.

Sarah lo estudió con más atención. Su ropa era la misma de siempre, pero había en él una energía nueva, una emoción apenas contenida.

—Me han llegado rumores, Tommy.

—¿Qué clase de rumores? —Su voz sonó demasiado despreocupada.

—Sobre vuestras reuniones. En el pub Bull & Whistle con algunos trabajadores.

Los ojos de Tommy se dirigieron rápidamente hacia la puerta. —¿Quién ha estado hablando?

—La gente habla. Sobre todo las anudadoras veteranas. —Sarah se inclinó hacia delante—. ¿Estás metido en algo?

—Puede. —Una sonrisa se extendió por su rostro y su contención dio paso al entusiasmo—. En realidad, sí. Y es increíble, Sarah. Algunos trabajadores se están organizando en diferentes fábricas, compartiendo información, planeando…

—¿Planeando qué, exactamente?

—¡El cambio! —Los ojos de Tommy brillaban—. No estamos solos, Sarah. Por todo Lancashire, los trabajadores dicen que ya

basta. Se acabaron los recortes de salarios. Se acabaron las jornadas de dieciséis horas. Se acabó el trabajo infantil.

Sarah miró nerviosa hacia la puerta. —Baja la voz.

—Lo siento. —Bajó el tono, pero no pudo ocultar su emoción—. Hay un hombre, William Norton. Es periodista y lo está documentando todo. Va a publicarlo en la Northern Review.

—¿Y para qué servirá eso?

—Indignación pública o presión política, quizá. —Tommy empezó a caminar de un lado a otro—. Pero eso es solo el principio. Mira esto. —Metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecía un pequeño bloque de madera con piezas de metal acopladas.

—¿Qué es?

—Mi invento. —Irradiaba orgullo—. Un mecanismo de liberación rápida para los telares mecánicos. Si instalamos esto en suficientes máquinas, podríamos detener la producción en segundos. Hace que les sea imposible traer esquiroles durante una huelga.

Sarah se quedó mirando el artefacto y luego el rostro animado de Tommy. —Eso es sabotaje, Tommy… podrías ir a la cárcel o algo peor. ¿Tienes idea de lo peligroso que es?

—Claro que lo sé. De eso se trata. —Se sentó a su lado en la cama—. Alguien tiene que luchar, Sarah. Si todos nos limitamos a agachar la cabeza, nada cambiará jamás. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que Annie trabaje hasta que le revienten los pulmones? ¿Que los niños sigan perdiendo miembros?

—Claro que no, pero…

—¿Pero qué? ¿Que estemos agradecidos por nuestros sueldos miserables? ¿Que les demos las gracias por dejarnos respirar su polvo de algodón hasta asfixiarnos?

—No es tan sencillo. —Sarah se pasó una mano por el pelo—. ¿Qué hay de tu deuda? ¿Y de tu tía? ¿Qué pasará si te arrestan?

La expresión de Tommy se volvió seria. —He pensado en eso. Pero ¿qué clase de hombre sería si no hiciera nada mientras la gente sufre? Mientras Annie se pone cada vez peor.

Sarah cogió el ingenio de madera, dándole vueltas en las manos. Estaba fabricado con ingenio; cada pieza encajaba perfectamente con la siguiente.

—¿Cuántos de estos has hecho?

—Solo este por ahora. Es un prototipo. —Él lo recuperó, guardándolo a buen recaudo en su bolsillo—. Pero si funciona, podríamos hacer docenas.

—¿Y luego qué? ¿Vamos a la huelga?

—Con el tiempo. Cuando estemos preparados. —La voz de Tommy se volvió grave—. Prométeme que no se lo dirás a nadie. Ni siquiera a Annie, todavía no. Se preocupa demasiado.

Sarah vaciló. La implicación de Tommy en el activismo obrero le pondría en grave peligro, pero su pasión era innegable y sus argumentos no estaban equivocados.

—No diré nada —dijo finalmente—. Pero prométeme que tendrás cuidado. Nada de riesgos innecesarios.

—Define innecesario. —Regresó la sonrisa habitual de Tommy.

—Hablo en serio. Estos dueños de fábricas… no van a concedernos mejores condiciones solo porque se lo pidamos amablemente. Sabes de lo que son capaces.

—Sé perfectamente de lo que son capaces. Por eso hago esto. —Tommy se puso en pie—. Debería irme antes de que alguien me encuentre aquí. Dile a Annie que he pasado.

—Si me dejan verla. —Sarah lo acompañó hasta la puerta—. ¿Tommy? Lo que estás haciendo... lo entiendo. Solo que no quiero que salgas herido.

—Hay cosas por las que vale la pena salir herido. —Él volvió a mirarla, con una expresión inusualmente solemne—. Algún día, puede que tú sientas lo mismo.

DANIEL

—No logro entender por qué disparar a aves indefensas se considera entretenimiento —refunfuñó Daniel, manteniéndose rígido mientras Arthur le ajustaba la chaqueta de caza.

—Porque los hombres ricos necesitan algo que hacer entre contar su dinero y beber brandy caro —respondió Arthur con una deliberada seriedad.

El ceño fruncido de Daniel se transformó en una sonrisa reticente — Cuidado. Eso roza la insubordinación.

—Es meramente una observación, señor. —Arthur le cepilló los hombros a Daniel—. Además, la partida de caza de los Harrington es el evento social de la temporada. Su ausencia se notaría.

—Por mi padre, querrá decir.

—Por su padre, por los Harrington y por media sociedad de Lancashire. —Arthur le entregó los guantes a Daniel—. La señorita Harrington se sentiría particularmente decepcionada.

Daniel suspiró—. La decepción de Catherine es un precio que cada vez estoy más dispuesto a pagar.

—¿Incluso a costa de una discusión con el señor Bailey?

—Incluso así.

Arthur lo observó durante un momento—. Su padre ya sospecha que ha perdido el interés en el compromiso.

—Mi padre sospecha que he perdido el interés en todo lo que él valora. —Daniel se ajustó el cuello—. Y no se equivoca.

—Entonces quizá el evento de hoy ofrezca una oportunidad. —Arthur le entregó el sombrero—. Dése una vuelta por allí, pegue unos cuantos tiros, mantenga una conversación educada. Le cuesta un día, pero le hace ganar tiempo.

—¿Cuándo te has vuelto tan estratega, Arthur?

—Siempre lo he sido, señor. Es por lo que sigo empleado a pesar de mi frecuente impertinencia.

Daniel se rió entonces, la primera carcajada genuina desde que su padre anunció la partida de caza hacía tres días—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Llevar calcetines desparejados y enemistarse con toda la sociedad de Lancashire en una sola tarde, supongo. —Arthur abrió la puerta—. El carruaje espera. Recuerde: unas pocas horas de tedio ahora evitan semanas de sermones paternales después.

Varios carruajes bordeaban el camino circular de la finca de los Harrington cuando Daniel llegó, descargando a caballeros en atuendo de caza y a damas con vestidos de exterior que observarían desde una distancia segura.

Catherine lo vio de inmediato y se apartó de un grupo de admiradores para apresurarse hacia él.

—¡Daniel! ¡Ha venido! —Su deleite parecía genuino—. Mi padre estaba convencido de que encontraría una excusa para evitarnos.

—Ni lo soñaría —mintió Daniel con fluidez, aceptando su mano enguantada—. El tiempo es perfecto para la caza.

—¿Verdad que sí? Y las aves abundan este año. —Ella le cogió del brazo, guiándolo hacia una reunión de hombres jóvenes que examinaban escopetas—. Tiene que conocer a mi hermano James. Acaba de regresar de Londres.

Daniel se había cruzado con James Harrington una sola vez, años atrás. Ya a los dieciséis era un chico bruto, con el olfato para los negocios de su padre pero nada de su elegancia. Ahora, a mediados de la veintena, James se había hecho un hombre robusto, de hombros anchos y rostro rubicundo, con ojos pequeños y demasiado juntos.

—¡Bailey! —rugió James, extendiendo una mano carnosa—. Me han dicho que has vuelto de la universidad. Cambridge, ¿no? Una pérdida de tiempo, si me preguntas. La educación se adquiere en los negocios.

—He encontrado valor en ambas cosas —respondió Daniel, manteniendo una expresión agradable a pesar del apretón de manos aplastante.

—¡Ja! Qué respuesta tan diplomática. —James se volvió hacia los hombres que estaban a su lado—. Este es el Bailey que mi padre ha elegido para Catherine. Educado, rico, con el linaje adecuado para darnos nietos.

Las mejillas de Catherine se encendieron—. James, por favor.

—¿Qué? Si no es ningún secreto. —James le dio a Daniel una palmada en la espalda con la fuerza suficiente como para hacerlo tropezar hacia delante—. Aunque le dije a mi padre que debería haberte dejado buscar un marido con más agallas. Bailey parece que preferiría estar leyendo poesía antes que disparando.

Los hombres se rieron y Daniel forzó una sonrisa—. Supongo que tengo pasatiempos diferentes para ocasiones diferentes.

James bajó la voz de forma conspiratoria: —He oído que has estado mostrando interés en las operaciones de la fábrica. Mezclándote con la chusma, ¿eh?

Daniel se puso rígido—. Creo que entender todos los aspectos de nuestro negocio es esencial.

—Lo único que hay que entender sobre los trabajadores es cómo mantenerlos a raya. —James cogió una bebida de un criado que pasaba—. En nuestra hilandería de algodón, suelo dar escarmientos con regularidad. El mes pasado pillé a una chica durmiendo en su puesto y la hice despedir públicamente; está en la lista negra de todo Lancashire.

—Qué educativo para ella —dijo Daniel, con un tono peligrosamente neutral.

James no captó la advertencia—. Son como perros, esta gente necesita mano dura. —Se inclinó más cerca—. Aunque algunas de las chicas de la fábrica necesitan un tipo de manejo distinto, si me entiendes.

Los hombres a su alrededor soltaron una risita.

—James —le reprendió Catherine sin convicción real.

—Oh, vamos, hermana. Todos los hombres aquí presentes saben a qué me refiero. —James le guiñó un ojo a Daniel—. Unas jovencitas bonitas y sin opciones son una compañía muy complaciente. Probablemente Bailey ya habrá probado alguna. He visto algunos ejemplares prometedores.

—En realidad, no lo he hecho —dijo Daniel con frialdad.

—¿No? Tú te lo pierdes. —James se rio—. Aunque estoy seguro de que Catherine agradece tu contención. No querríamos que la futura esposa se enterara de tales distracciones.

La mano de Daniel se cerró con fuerza alrededor de su copa—. No veo a nuestros empleados como ejemplares para probar.

—¡Qué principios tan elevados! —James soltó una carcajada—. Dale tiempo, Bailey. Una vez que lleves la fábrica durante un tiempo, los verás como lo que son... herramientas para el beneficio, nada más.

La conversación derivó entonces hacia los cotos de caza, pero Daniel apenas la siguió. Su mente no dejaba de volver a la crueldad casual de James y a la facilidad con la que hablaba de explotar a mujeres jóvenes desesperadas.

Cuando el grupo se dirigió hacia el campo de tiro, Daniel tocó el brazo de Catherine—. Me siento bastante indispuesto. Quizá sea mejor que me retire.

—¿Indispuesto? Pero si acaba de llegar. —Su decepción parecía teñida de sospecha—. ¿Ha sido algo de lo que ha dicho James?

—Un dolor de cabeza, nada más. —Daniel forzó una sonrisa—. Por favor, déles mis disculpas a sus padres.

Catherine lo observó y luego asintió con rigidez—. Por supuesto. Espero que se recupere pronto.

Daniel estaba en su carruaje en cuestión de minutos, respirando profundamente mientras se alejaba de la propiedad de los Harrington. Las palabras de James Harrington resonaban en su mente, junto con las risas de hombres que no veían nada malo en su actitud. Estos eran sus iguales, los hombres con los que se

esperaba que se relacionara, a los que debía emular, en los que debía convertirse.

La idea le produjo náuseas físicas.

La casa estaba en silencio cuando Daniel regresó. Se fue directo a su habitación, necesitando soledad tras el desastre de los Harrington.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus cavilaciones. Entró Arthur, portando un libro familiar.

—Señor, he recogido esto de la biblioteca de la fábrica, tal como me pidió.

—¿Middlemarch? —Daniel cogió el libro—. ¿Lo ha devuelto la señorita Dobbs?

—Sí, señor. Lo he encontrado en el alféizar de la ventana donde dejó el primero. —Arthur vaciló—. Parece que hay notas en su interior.

Lo abrió y descubrió varios trozos pequeños de papel metidos entre las páginas. La letra era cuidada, pero claramente poco habituada a la escritura.

La que más me gusta es Mary. Es práctica y amable, y me recuerda a mi amiga Annie.

La gente de aquí es igual que en Middlemarch, aferrada a sus costumbres y desconfiada con los de fuera.

Dorothea cree que puede cambiarlo todo. Es ingenua pero valiente.

En la última página había una nota más larga.

Gracias por el libro. Nunca había leído nada parecido. Me quedé despierta hasta muy tarde leyendo.

Daniel se descubrió sonriendo ante sus palabras. En sus breves interacciones, había percibido su inteligencia, pero estas notas revelaban una mente profunda y reflexiva que rara vez había recibido el cultivo adecuado.

Seleccionó otro volumen de su estantería, «Jane Eyre» de Charlotte Brontë, y escribió su propia nota para meterla dentro:

Señorita Dobbs,

Sus observaciones sobre «Middlemarch» me han parecido fascinantes. He disfrutado especialmente de sus reflexiones sobre

Mary Garth. Quizá encuentre la determinación de Jane Eyre igualmente cautivadora.

—D.B.

Dudó un momento y luego buscó en el cajón de su escritorio una pequeña lata de ungüento curativo que usaba su madre. Se había fijado en que Sarah tenía los dedos agrietados y sangrantes.

—¿Señor? —Arthur enarcó una ceja al ver la lata—. ¿Puedo preguntar para qué es eso?

—Para la señorita Dobbs. Tenía las manos en carne viva por el trabajo de anudado.

La expresión de Arthur se mantuvo neutral, pero su voz denotaba preocupación—. ¿Puedo hablar con franqueza?

—¿Cuándo no lo has hecho?

—Los libros se pueden justificar, pero los artículos personales como un ungüento... —Arthur vaciló—. Sugiere un tipo de interés diferente.

—Es simple decencia humana.

—Tal vez para usted. Pero ¿cómo se verá ante los demás? ¿Ante su padre? ¿Ante ella?

Daniel suspiró—. Lo sé.

—¿De verdad? Porque una chica de la fábrica que recibe regalos del hijo del dueño se enfrenta a habladurías, en el mejor de los casos. En el peor, podría ser despedida.

—No lo había pensado de esa manera —admitió Daniel.

—Eso es porque está pensando en ella como una persona, no como la obrera. —La voz de Arthur se suavizó—. Es admirable, pero peligroso para ambos.

Daniel, a regañadientes, dejó la lata a un lado—. Tienes razón.

—Suelo tenerla, señor. —Un amago de sonrisa asomó a los labios de Arthur—. Aunque esta vez no me satisface tenerla.

Daniel sacó el ungüento del libro, pero dejó la nota dentro—. Seré más cauteloso.

—Una decisión sabia. —Arthur hizo una leve inclinación—. ¿Aviso a la cocina de que ha regresado? Su padre está en el patio trasero con el señor Thorne.

—¿Thorne? —Daniel frunció el ceño—. ¿Por qué está aquí un sábado?

—Creo que están discutiendo un asunto de personal.

El interés de Daniel se agudizó—. Iré con ellos.

El patio tenía parterres de flores cuidadosamente cuidados alrededor de una fuente de piedra, y muebles de hierro forjado dispuestos sobre un impoluto suelo de ladrillo. Edward Bailey y el señor Thorne ocupaban dos sillas con papeles extendidos sobre la mesa que los separaba.

—¡Daniel! —Edward levantó la vista sorprendido—. Pensaba que estabas con los Harrington.

—La fiesta no ha logrado captar mi interés. —Daniel saludó con la cabeza a Thorne, que amagó con levantarse de su silla—. Señor Thorne.

—Señor Bailey. —La perpetua expresión agria de Thorne no cambió—. Confío en que se encuentre bien.

—Perfectamente. —Daniel ocupó la tercera silla—. No permitan que interrumpa sus negocios.

Edward escrutó a su hijo—. Estamos discutiendo sobre un alborotador de la fábrica. Thomas Briggs. El chico de la sala de cardado.

—¿Qué ha hecho?

—Nada que pueda demostrar todavía. —Thorne apretó sus finos labios—. Pero se le ha visto reuniéndose con radicales conocidos en el Bull & Whistle, agitadores laborales y ese periodista de la Northern Review.

—¿William Norton? —Daniel mantuvo su expresión cuidadosamente neutral—. Lo conocí en Cambridge.

—¿Ah, sí? —Edward enarcó las cejas—. ¿Qué clase de hombre es?

—Apasionado y un escritor brillante.

—Ha estado entrevistando a trabajadores, recopilando historias sobre supuestos «abusos» en las fábricas.

—¿Supuestos? —Daniel no pudo contenerse—. ¿Sugiere que esos abusos no existen?

—Sugiero —dijo Thorne con frialdad— que el trabajo en una fábrica es intrínsecamente difícil. Ciertos defensores exageran las condiciones normales para incitar al descontento.

Edward hizo un gesto impaciente con la mano—. Nos estamos desviando del tema. El chico Briggs. ¿Está seguro de que está involucrado?

—Mi informante es de fiar. —Thorne dio unos golpecitos sobre un papel—. Briggs se reúne con ellos al menos dos veces por semana. Y ha estado trabajando en una especie de artefacto.

—¿Qué artefacto?

—Mi fuente no pudo acercarse lo suficiente para verlo. Pero Briggs es habilidoso con las máquinas. Demasiado habilidoso para su propio bien.

—Mmm. —El rostro de Edward se ensombreció.

—En cualquier caso, es un cabecilla en ciernes. Deberíamos despedirlo ahora, antes de que cause problemas de verdad.

Daniel frunció el ceño—. ¿Con qué motivos? Acaba de decir que no tiene pruebas de ninguna falta.

—No necesitamos argumentos específicos —replicó Thorne—. Su contrato permite la rescisión a voluntad.

—No quiera Dios que los trabajadores tengan derechos —masculló Daniel.

—¿Qué has dicho? —exigió Edward.

—Nada, padre. —Daniel se levantó—. Si me disculpan, tengo correspondencia que atender.

SARAH



Los trabajadores de la fábrica Bailey se amontonaban frente a la capilla, con los abrigos bien ceñidos para protegerse del frío. El servicio dominical había terminado, pero nadie hacía amago de marcharse. El señor Thorne estaba de pie en los escalones de la capilla, con su perpetua expresión agria incluso más acentuada de lo habitual.

—Por orden del señor Bailey —anunció—, los salarios se reducirán un diez por ciento con efecto inmediato.

La multitud estalló. Los hombres gritaron y las mujeres ahogaron exclamaciones de asombro. Sarah sintió que Annie se tensaba a su lado.

—¿Un diez por ciento? —chilló un trabajador de la sala de cardado—. ¡Apenas nos llega para comer tal como estamos!

—¡Mis hijos no han probado la carne en un mes! —exclamó otro.

El señor Thorne levantó una mano huesuda. —¡Silencio! La decisión es firme. Cualquiera que se oponga puede recoger sus papeles y marcharse. Hay muchos esperando para ocupar sus puestos.

Tommy se abrió paso entre la multitud, con el rostro encendido por la rabia. —¿Y a dónde iríamos? ¡Todas las fábricas de Lancashire están recortando los salarios!

—Eso no es asunto de la fábrica Bailey —respondió Thorne con frialdad—. El mercado dicta nuestras decisiones.

—¡El mercado no tiene que alimentar a nuestras familias! —replicó Tommy.

Thorne entornó los ojos. —Vigilaría esa lengua, Briggs, a menos que quieras verte sin empleo por completo.

Sarah agarró a Tommy de la manga antes de que pudiera responder. —Aquí no —susurró.

La multitud se dispersó lentamente. Sarah, Annie y Tommy caminaron hacia el pueblo; ninguno habló hasta que estuvieron bien lejos de las puertas de la fábrica.

—Un diez por ciento —Annie rompió el silencio—. Eso es casi la mitad del dinero para el carbón del invierno.

Tommy pegó una patada a una piedra, haciéndola rodar por los adoquines. —No es solo por el dinero. Es cómo lo hacen, sin avisar y sin explicaciones, solo «ganad menos o marchaos». Como si no fuéramos nada.

—No somos nada para ellos —dijo Annie en voz baja—. Solo piezas de sus máquinas.

—Solo porque dejamos que nos traten así. —Tommy dejó de caminar y se giró hacia ellas—. Por esto mismo necesitamos organizarnos. La reunión en el Bull & Whistle esta noche…

—No —Annie negó con la cabeza—. Otra vez con eso no.

—¿Qué preferirías que hiciéramos? ¿Morirnos de hambre en silencio?

—¡Preferiría que siguiéramos vivos! —Annie alzó la voz—. ¿Crees que Bailey nos va a dar mejores salarios solo porque se lo pidamos? Traerán trabajadores de otros pueblos, o usarán a la policía como hicieron en la fábrica Marshall. ¿Recuerdas lo que pasó allí? ¡Seis muertos!

Tommy tensó la mandíbula. —¿Entonces prefieres aceptar las migajas que nos echen?

—¡Prefiero no verte en la cárcel! ¡O algo peor!

—Basta ya, los dos —intervino Sarah—. Que nos peleemos entre nosotros es exactamente lo que quieren.

Annie y Tommy guardaron silencio, ambos respirando con dificultad.

—Escuchad —continuó Sarah—, Annie tiene razón sobre los riesgos. Y Tommy tiene razón sobre la necesidad de un cambio. Pero ahora mismo, tenemos que calcular qué significa ese diez por ciento menos para nuestro pan de cada día.

—Significa que la sopa clara será aún más clara —dijo Annie, frotándose las manos contra el frío.

—Significa que tres años más de servicio se convierten en cuatro —añadió Tommy con amargura, refiriéndose a su contrato por deuda.

Sarah asintió. —Quizá la señora Winters tenga ideas sobre cómo superar esto. Ella ya ha pasado por tiempos difíciles antes.

El rostro de Tommy se suavizó al mencionar a su tía. —Le va a dar un síncope cuando se entere. Probablemente se presente en la fábrica y le cante las cuarenta al viejo Bailey.

—Pagaría por ver eso —dijo Sarah, logrando esbozar una pequeña sonrisa.

Annie se agarró al brazo de Sarah. —Bueno, no la hagamos esperar. Quizá vuelva a tener pasteles del día anterior.

—Ahí está mi Annie, siempre pensando con el estómago —bromeó Tommy, olvidando su enfado por un momento.

Annie le sacó la lengua. —Mejor que pensar con el orgullo.

La tienda de la señora Winters estaba cerrada porque era domingo, pero el humo salía alegremente de la chimenea de la vivienda anexa. Tommy no se molestó en llamar; en lugar de eso, abrió la puerta y gritó: —¡Tía Bess! ¡Tu sobrino favorito ha llegado!

—Eres mi único sobrino, muchacho bobo —vino la respuesta desde algún lugar.

Sarah y Annie siguieron a Tommy al interior, parpadeando mientras sus ojos se ajustaban a la penumbra. El orden doméstico de la señora Winters no guardaba parecido alguno con la disciplina reglamentada de la vida en la fábrica. Había libros apilados precariamente en cada superficie. Muebles desparejados abarrotaban el espacio, y cada pieza estaba cubierta con coloridas mantas de punto. Un gato de color canela dormía plácidamente en lo que parecía ser una panera.

—¡Ahí estáis! —La señora Winters salió de detrás de una altísima pila de periódicos. Llevaba un delantal manchado de harina sobre su vestido de domingo, y su cabello canoso se escapaba de las horquillas con salvaje abandono—. ¡Justo a tiempo! He hecho pastel de semillas.

Envolvió a cada uno en un abrazo cálido y harinoso antes de conducirlos a una mesa redonda cubierta con un mantel de encaje de limpieza dudosa.

—¡Sentaos, sentaos! Pondré el agua a hervir.

—¿Necesitas ayuda, tía Bess? —se ofreció Tommy sin mucho entusiasmo, esperando claramente que ella se negara.

—¿De ti? La última vez que «ayudaste», estuve encontrando tazas de té en mi recipiente de la harina durante una semana. —Desapareció en su minúscula cocina, sin dejar de hablar—. ¿Qué tal la iglesia? ¿Aburrida como siempre? Ese nuevo ministro tiene la misma personalidad que la ropa mojada.

Annie se tapó la boca para ahogar una risita.

—Ha pasado algo después del servicio —gritó Tommy a su tía—. Bailey va a recortar los salarios un diez por ciento.

Un estrépito desde la cocina sugirió que a la señora Winters se le había caído algo. Reapareció en el umbral, con un trapo de cocina apretado en las manos. —¿Un diez por ciento? Esos ladrones de corazón negro… —Soltó una sarta de palabras malsonantes que hicieron que incluso Tommy se sonrojara.

—¡Señora Winters! —exclamó Annie, aunque sus ojos bailaban de diversión.

—Oh, no me vengas con «señora Winters». Soy demasiado vieja para fingir. —Regresó a la cocina—. En mis tiempos, los trabajadores habrían marchado directos a la lujosa casa de Bailey y habrían volcado su carruaje en el estanque.

Sarah intercambió una mirada con Tommy, quien articuló en silencio: —No la animes.

La señora Winters regresó, equilibrando una bandeja cargada de tazas, una tetera desconchada y un pastel de semillas algo ladeado. —Aquí estamos. Nada del otro mundo, pero mejor que esa bazofia que sirven en la fábrica.

Sirvió el té en tazas de tamaños y diseños muy dispares. Sarah recibió la suya en lo que parecía ser un tarro de mermelada reutilizado con un asa pegada a un lado.

—Funciona perfectamente —dijo la señora Winters, notando que Sarah lo examinaba—. ¿Para qué comprar algo nuevo cuando lo viejo sirve? Ese es mi lema.

—Es perfecto —la aseguró Sarah, calentándose las manos con la taza improvisada.

La señora Winters cortó el pastel en trozos de distinto grosor. Empujó el más grande hacia Annie. —Tienes que alimentarte, niña. ¿Sigues con esa tos?

—Estoy mejor —dijo Annie, aunque su leve sibilancia sugería lo contrario.

—Mmm. —La señora Winters no pareció convencida—. Te daré un poco de jarabe de moras para que te lleves.

Comieron en silencio durante unos minutos. El pastel era denso y dulce.

—Bueno —dijo la señora Winters, dejando su taza con un tintineo decidido—. Sobre esos recortes salariales. Tendréis que estirar lo que tengáis. Yo os ayudaré con comida cuando pueda, pero los tiempos son difíciles para todos.

—Nos apañaremos —dijo Sarah, aunque la incertidumbre le roía el estómago.

—Claro que sí. —El rostro de la señora Winters se iluminó de repente—. ¡Oh! ¡Casi se me olvida! He estado practicando mis lecturas de las hojas de té. ¿Quién quiere que le lea el futuro?

Annie se animó de inmediato. —¡Yo, por favor!

—Bébetelo todo, entonces, pero deja un poquito en el fondo.

Annie terminó su té obedientemente, dejando solo una pequeña cantidad con las hojas. La señora Winters cogió la taza, le dio tres vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj y luego la volcó sobre el platillo.

—Ahora esperamos a que las hojas se asienten —anunció, como si revelara un gran misterio.

Tommy puso los ojos en blanco mirando a Sarah, quien se esforzaba por no sonreír.

Tras lo que la señora Winters consideró un intervalo apropiado, levantó la taza y miró dentro con exagerada concentración. —¡Ah! Muy interesante.

—¿Qué dice? —Annie se inclinó hacia delante con impaciencia.

—Veo... ¡un pájaro! Sí, definitivamente un pájaro. —La señora Winters giró la taza—. Eso significa un viaje. ¡Y aquí, hay un círculo de prosperidad! Y esta forma de aquí... bueno, eso es claramente un corazón.

—¿Un corazón? —las mejillas de Annie se colorearon ligeramente.

—¡En efecto! El romance llegará a tu vida, querida. Alguien cercano que te admira profundamente. —La señora Winters lanzó una mirada significativa a Tommy, quien de repente se mostró muy interesado en su pastel.

—Tu turno —dijo la señora Winters a Sarah, que acababa de terminar su té.

—No estoy segura de creer en la adivinación —admitió Sarah.

—¡Tonterías! Las hojas nunca mienten. —La señora Winters realizó el mismo ritual con la taza de Sarah y luego soltó un grito ahogado dramático—. ¡Cielo santo!

—¿Qué? —Sarah se inclinó hacia delante.

—¡Una corona! Eso es muy raro; significa éxito. Y... —La señora Winters entornó los ojos teatralmente—. Una figura alta. Un hombre de influencia que cambiará tu camino.

Tommy resopló. —Déjame adivinar. ¿Yo también tengo a un extraño alto y guapo en mi futuro?

La señora Winters cogió su taza sin preguntar y repitió su actuación. —No, tú tienes... un martillo. Trabajo duro por delante. Y un árbol significa crecimiento. Y lo más interesante, líneas cruzadas, que significan elecciones importantes. —Bajó la voz—. Elige sabiamente, sobrino.

La sonrisa de Tommy flaqueó un poco.

Sarah observaba las entusiastas predicciones de la señora Winters con afecto. La mujer mayor podría estar adornando, o directamente inventando lo que veía en las hojas de té, pero sus intenciones eran buenas.

—¿Más pastel? —La señora Winters empujó el plato, ajena al gato que ahora se había instalado en una pila de libros cercana, mirando el pastel de semillas con interés.

—Probablemente deberíamos volver —dijo Annie con renuencia —. La señora Pickering revisa las camas los domingos.

—Esa mujer necesita una afición que no sea aterrorizar a jovencitas. —La señora Winters se levantó, recogiendo los platos—. Llevaos el resto del pastel. Y Tommy, pásate mañana después del trabajo. He remendado tu otra camisa.

Afuera, la tarde se había vuelto más fría, y un viento cortante atravesaba sus finos abrigos mientras caminaban de regreso a la fábrica.

—Tu tía es maravillosa —le dijo Sarah a Tommy.

—Es única, desde luego. —La expresión de Tommy se volvió seria —. Escucha, sobre lo que dije antes. La reunión de esta noche…

—Tommy, por favor —le interrumpió Annie—. Otra vez no.

—Solo digo que, si cambias de opinión…

—No lo haré.

Sarah se interpuso entre ellos. —No empecemos de nuevo. Cada uno lo afronta de una manera. Esta noche, yo voy a ver cómo hacer que el jabón me dure el doble y voy a zurcir mis medias por tercera vez.

—Y yo me voy a dormir —añadió Annie—. Eso es prácticamente todo lo que puedo permitirme hacer con un diez por ciento menos.

Los hombros de Tommy se hundieron en señal de derrota. —Está bien.

Se separaron en las puertas de la fábrica; Tommy se dirigió a los dormitorios de hombres mientras Sarah y Annie continuaban hacia el dormitorio de mujeres.

—Ve tú —le dijo Sarah a Annie en la puerta—. Quiero... que me dé el aire antes de acostarme.

Annie la miró con curiosidad. —¿Va todo bien?

—Solo estoy inquieta. No tardaré.

Una vez que Annie desapareció en el interior, Sarah se dio la vuelta y se apresuró hacia la sala de lectura. La pequeña biblioteca estaba a oscuras y silenciosa, pero la puerta estaba sin cerrar, como

siempre. Sarah se deslizó dentro, con el corazón latiéndole más rápido de lo que justificaba el breve paseo.

Tal como Daniel había prometido, un libro nuevo esperaba en el asiento de la ventana. Lo cogió, pasando los dedos por la encuadernación de cuero. *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. Una nota doblada cayó de entre las páginas.

Señorita Dobbs,

Sus observaciones sobre «Middlemarch» me resultaron fascinantes. Me gustaron especialmente sus reflexiones sobre Mary Garth. Quizá la determinación de Jane Eyre le resulte igualmente cautivadora.

—D.B.

Sarah se vio a sí misma sonriendo mientras leía su caligrafía cuidada. La sonrisa la sobresaltó y rápidamente recobró la compostura, mirando a su alrededor en la habitación vacía como si alguien pudiera haber presenciado su reacción.

—No seas ridícula —murmuró para sí misma—. Solo es un libro.

Sarah notó una pequeña cajita de lata metida en el libro. Al abrirla, descubrió un ungüento de olor dulce. Se miró las manos. El gesto fue tan inesperadamente considerado que se le cerró la garganta.

Durante la última semana, había trabajado hasta altas horas de la noche, después de que Annie se hubiera dormido, cosiendo un pañuelo a la luz de las velas. Nada lujoso, solo algodón liso rescatado de una enagua vieja, pero había bordado una pequeña flor en una esquina, usando hilo que había sacado con cuidado deshaciendo el dobladillo de su vestido de repuesto.

Sarah lo sacó de su bolsillo ahora, alisando la tela con sus dedos doloridos. Parecía una ofrenda insignificante comparada con los libros y el ungüento, pero era lo mejor que podía ofrecer. Lo colocó con cuidado donde había estado el libro, metiendo una esquina debajo para que no saliera volando.

Acomodándose en el asiento de la ventana, Sarah abrió *Jane Eyre* y comenzó a leer.

Estaba tan absorta que casi no oyó el sonido de pasos acercándose a la puerta de la biblioteca.

DANIEL



Daniel pinchó su faisán asado; el colérico tintineo del tenedor contra el plato puntuaba el monótono e interminable discurso de su padre sobre los objetivos de producción. Seis sirvientes rondaban la mesa, haciendo que el comedor resultara abarrotado a pesar de su tamaño. La enorme mesa de roble, diseñada para albergar a veinte comensales, hacía que los tres parecieran perdidos en su propia casa.

—Hoy se han anunciado las reducciones salariales —dijo Edward Bailey entre bocado y bocado, como si estuviera hablando del papel pintado—. Una reducción del diez por ciento en todos los departamentos.

—¿Un diez por ciento? —Daniel dejó el tenedor—. Creía que en la reunión de propietarios se había fijado un quince.

—Llegamos a un compromiso. —La sonrisa de Edward no llegó a sus ojos—. Pareció prudente dejar margen para otro recorte el próximo trimestre.

Los dedos de Elizabeth Bailey se tensaron alrededor de su copa de vino, pero se mantuvo en silencio.

—Y esto me lleva a noticias más gratas. —Edward se dio unos toquecitos en la boca—. He cerrado los acuerdos con Harrington. El compromiso se anunciará el mes que viene en el baile de verano.

Daniel se quedó helado a mitad de un bocado. —¿Compromiso? ¿Mi compromiso?

—Por supuesto, tu compromiso. Con Catherine Harrington. —Edward siguió comiendo como si no hubiera hecho más que comentar la selección de vinos—. Se están redactando los documentos legales. Las importaciones textiles de Harrington, combinadas con nuestra fabricación, crearán el mayor imperio textil del norte de Inglaterra.

—Padre, no he aceptado casarme con Catherine.

—No hace falta que aceptes. Está decidido. —Edward hizo un gesto de desdén con la mano—. Los Harrington aportan una dote excepcional, y el matrimonio asegura nuestra posición social.

—Nuestra posición social es lo bastante segura sin necesidad de venderme como a un toro de exposición.

El cuchillo de Edward golpeó estrepitosamente el plato. —Cuida el tono, muchacho. Esto son negocios.

—Es mi vida.

—Tu vida es la fábrica Bailey. Es tu futuro y tu responsabilidad. Esta unión beneficia a todos.

—Excepto a mí —rebatió Daniel—. Y a Catherine, aunque ella parece contenta de casarse con un extraño por el estatus.

—Edward —intervino Elizabeth suavemente—, quizá Daniel necesite más tiempo para...

—No he pedido tu opinión, Elizabeth —espetó Edward—. Este asunto está zanjado.

La mandíbula de Daniel se tensó. —No le hables a mi madre de esa manera.

Se hizo el silencio en la mesa. Edward dejó los cubiertos.

—Hablaré a mi esposa como me plazca. —Su voz bajó a un tono peligroso—. Y tú te casarás con Catherine Harrington según lo acordado. Tu deber para con esta familia prevalece sobre tus sentimientos personales. Tu abuelo lo entendió cuando se casó. Yo lo entendí. Ahora es tu turno.

—¿Y sois ambos tan felices en vuestros matrimonios por deber? —Daniel miró a su madre, cuyos ojos permanecían clavados en el plato.

—La felicidad es un lujo —declaró Edward—. La posición, la riqueza y el legado son lo único que importa. El compromiso se

anunciará en el baile, con o sin tu cooperación.

Daniel se levantó bruscamente. —Entonces lo haréis sin mí.

—¡Siéntate! —El puño de Edward golpeó la mesa—. No hemos terminado de discutir...

—Hemos terminado. —Daniel lanzó la servilleta junto al plato—. No formaré parte de esto.

—Daniel —llamó Elizabeth suavemente mientras él se dirigía a la puerta.

Él se detuvo, mirando de nuevo a su madre. —Lo siento, madre.

El rostro de Edward se ensombreció. —Si sales ahora por esa puerta...

Daniel no esperó a oír la amenaza. La puerta del comedor se cerró tras él con un golpe seco, cortando las palabras de su padre.

Atravesó la casa como un vendaval, pasando por delante de sirvientes sobresaltados. Afuera, el aire enfrió un poco su ira y, como si estuviera bajo un hechizo, sus pies lo llevaron hacia los terrenos de la fábrica y el pequeño edificio de la biblioteca.

Daniel abrió la puerta y se adentró en el familiar olor a libros viejos y polvo. No se molestó en encender las lámparas de gas, prefiriendo la penumbra mientras se dejaba caer en una silla junto a la ventana.

Casarse con Catherine Harrington. Solo pensarlo hacía que se le oprimiera el pecho. No es que Catherine fuera desagradable; era perfectamente amena para charlar en las fiestas. Pero pasar toda una vida con alguien que pensaba que la caridad consistía en dar sermones morales a los pobres...

Algo blanco le llamó la atención en el asiento de la ventana. Un pañuelo, pequeño y sencillo pero adornado con diminutas flores bordadas en una esquina. Lo cogió, pasando el pulgar por las delicadas puntadas.

Un sonido detrás de las estanterías le hizo volverse; un libro cayó al suelo con un golpe seco, seguido de un jadeo. Daniel se levantó, dirigiéndose hacia el ruido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Sarah Dobbs emergió de detrás de una estantería alta, con el rostro encendido. Llevaba su ropa de la fábrica y apretaba *Jane Eyre*

contra el pecho.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Estaba leyendo y he perdido la noción del tiempo. Cuando he oído entrar a alguien, he pensado que podría ser el señor Thorne.

Daniel no pudo evitar reírse ante su expresión mortificada. —¿De modo que has decidido que esconderte era la mejor opción?

—Pareció sensato en ese momento. —Sus labios temblaron levemente—. No me había dado cuenta de que era usted, señor Bailey.

—Daniel —corrigió él automáticamente—. Ya hemos establecido que, al menos aquí dentro, la formalidad parece excesiva.

Sarah se agachó para recoger el libro caído, devolviéndolo con cuidado a su estante. —Debería irme. Es tarde y ya he roto bastantes reglas por un día.

—No tienes por qué irte. —Daniel alzó el pañuelo—. Acabo de encontrar tu regalo.

Ella lo miró y luego apartó la vista rápidamente. —No es nada especial. Solo un agradecimiento por los libros.

—Es un trabajo precioso. —Él siguió el diminuto dibujo con el dedo—. Especialmente teniendo en cuenta que el trabajo en la fábrica no es amable con las manos.

—El ungüento ayudará. —Sarah dio un paso hacia la puerta, pero luego vaciló—. ¿Por qué estás aquí tan tarde, si no te importa que te lo pregunte?

—Escapando, igual que tú. —Daniel se hundió de nuevo en la silla junto a la ventana, de repente cansado—. Aunque yo me escondo más bien de mis expectativas familiares.

Sarah permaneció de pie, lista para huir, claramente incómoda con su franqueza.

—Puedes sentarte si quieres. —Daniel señaló la otra silla al otro lado de la habitación—. Solo voy a leer un rato.

Tras un momento de vacilación, Sarah se posó en el borde de una silla cerca de la estantería, tan lejos de él como la pequeña habitación permitía.

—¿Te ha gustado *Jane Eyre*? —preguntó Daniel, esperando suavizar la tensión.

—No he hecho más que empezar. —Sarah bajó la vista hacia el libro que tenía entre las manos—. Pero sí. Mucho.

—¿Mejor que *Middlemarch*?

—Es diferente. —Abrió el libro, marcando su lugar—. Jane tiene una... franqueza que aprecio. No finge ser algo que no es.

—A diferencia de la mayoría de la gente.

—A diferencia de la mayoría de la gente que tiene el lujo de fingir —le corrigió Sarah.

Daniel sonrió ante su sutil reproche. —Buen punto. La clase trabajadora tiene menos oportunidades para la hipocresía.

—Oh, tenemos hipócritas de sobra. Solo que mienten sobre cosas distintas. —Sarah se relajó un poco, aflojando su agarre sobre el libro—. La fábrica está llena de gente que jura que se irá algún día pero nunca lo hace. Gente que habla de combatir a los dueños pero se deshace en reverencias cuando aparece uno.

—¿Y dónde caes tú en esta taxonomía de mentirosos?

—Intento no mentir en absoluto. —Ella le sostuvo la mirada—. Especialmente a mí misma.

Algo en su mirada hizo que fuera Daniel el primero en apartar la vista. —Una política admirable.

Un silencio incómodo cayó entre ellos. Sarah volvió a abrir su libro, habiendo decidido aparentemente que, si él no se iba, ella bien podría seguir leyendo.

—Ese momento en *Middlemarch* en el que Dorothea se da cuenta de su error —dijo Daniel de repente—. ¿Te pareció tan satisfactorio como a mí?

Sarah levantó la vista, sorprendida por el cambio de conversación. —¿Te refieres a su matrimonio con Casaubon?

—Sí. Cuando por fin le ve tal como es.

—Me pareció triste, la verdad. —Sarah cerró el libro, dedicándole toda su atención—. Deseaba con tantas fuerzas formar parte de algo importante, ayudar a crear algo significativo. En lugar de eso, se encontró atrapada con un hombre que la resentía.

—¿Simpatizabas con ella?

—Por supuesto. ¿Tú no?

Daniel lo consideró. —Siempre pensé que era ingenua por casarse con él para empezar.

—Fácil de decir cuando nunca has sido una mujer con opciones limitadas —dijo Sarah—. Aunque quizá no debería dar lecciones al hijo del dueño de la fábrica sobre opciones limitadas.

Daniel se rió, sorprendido por su audacia. —Touché, señorita Dobbs. Aunque yo diría que todos tenemos limitaciones, solo que de tipos diferentes.

—¿Como cuáles?

—Expectativas sociales. Obligaciones familiares. El peso del futuro de otras personas recayendo en las decisiones que tomas. —Se detuvo, dándose cuenta de que estaba revelando demasiado.

Sarah lo miró con curiosidad pero no insistió. En su lugar, preguntó: — ¿Cuál era tu personaje favorito en *Middlemarch*?

—Fred Vincy —respondió Daniel sin dudar.

—¿El eterno estudiante que se endeuda y causa problemas a todos los que le rodean? —Sarah arqueó una ceja—. Qué sorpresa.

—Cambia —se defendió Daniel—. Aprende a asumir responsabilidades y encuentra un trabajo que realmente valora.

—Con una ayuda considerable de Mary Garth —señaló Sarah.

—Todos necesitamos a alguien que crea en nosotros cuando estamos en nuestro peor momento. —Daniel sonrió—. Incluso los alborotadores privilegiados como Fred Vincy... ¿Cuál fue el primer libro que leíste por tu cuenta?

El rostro de Sarah se suavizó ante el recuerdo. —Una copia andrajosa de *Robinson Crusoe* que mi padre trajo a casa. Tenía siete años, y se la quedaron en el hospicio cuando me llevaron allí. Pero lo había leído tantas veces que podía recitar pasajes enteros.

—¿Es así como sobreviviste al hospicio?

—Nadie sobrevive ileso a lugares así. —La expresión de Sarah se volvió seria—. Pero sí, tener otros mundos en mi cabeza ayudó.

—¿Y ahora? ¿Qué mundos prefieres visitar?

—Cualquier lugar con gente que diga lo que piensa y afronte las consecuencias con valentía. —La sonrisa de Sarah regresó—. Aunque también disfruto con una buena historia de fantasmas. La

emoción de estar asustada cuando en realidad estás a salvo es bastante... lujosa.

Daniel se rió. —Tengo varias historias de fantasmas excelentes en mi biblioteca de casa. Quizá traiga una la próxima vez.

—Me gustaría mucho. —Sarah miró hacia la pequeña ventana, donde la noche se había cerrado considerablemente—. De verdad debería irme. El toque de queda fue hace una hora.

—¿Qué ocurre si te pillan?

—La señora Pickering me soltará un sermón sobre el decoro, me asignará tareas extra y posiblemente me deje sin desayunar. —Sarah se encogió de hombros—. Nada demasiado grave, a menos que el señor Thorne se involucre.

—¿Tan malo es?

—Tiene un registro donde anota las infracciones. —Sarah se dirigió hacia la puerta—. Con tres marcas, te despiden sin referencias.

—¿Y cuántas marcas tienes?

—Ninguna todavía. Soy cuidadosa. —Hizo una pausa con la mano en el pomo—. Aunque me encuentren en una biblioteca con el hijo del dueño fuera de horas podría ganarme las tres a la vez.

—Yo daría la cara por ti.

Sarah se rió, con un sonido sorprendentemente ligero. —Eso lo empeoraría, no lo mejoraría.

Daniel se levantó también. —Comprobaré si el camino está despejado.

Abrió la puerta un poco, asomándose al oscurecido patio de la fábrica. —No hay nadie. Deberías estar a salvo.

—Gracias. —Sarah vaciló—. Por los libros. Y por el ungüento.

—Gracias a ti por el pañuelo. Y por hablar conmigo. —Daniel retrocedió, dejándole espacio para salir—. Aunque sospecho que ambas cosas han sido más de lo que cualquiera de los dos pretendía dar.

—Buenas noches, señor Bailey. —Se escabulló por la puerta.

—Daniel —corrigió él a su figura en retirada.

Ella miró hacia atrás una vez con una pequeña sonrisa en los labios. —Buenas noches, Daniel.

SARAH



El servicio religioso del domingo por la mañana se hizo eterno, y el sermón del ministro sobre el respeto a la autoridad cayó en saco roto mientras Sarah ensayaba mentalmente su excusa para Annie. La oración final pareció durar una eternidad, pero finalmente la congregación se puso en pie con torpeza para el himno de clausura.

Mientras salían de la capilla en fila, Annie se cogió del brazo de Sarah. —¿Vamos a la tienda de la señora Winters? Tommy mencionó que quizá le quedaran tartaletas de ayer.

Sarah vaciló. —La verdad es que creo que hoy me quedaré aquí.

—¿Quedarte? Pero si es nuestra tarde libre. —El ceño de Annie se frunció con preocupación—. ¿Te encuentras mal?

—No, nada de eso. Solo quiero ponerme al día con algo de lectura. —Sarah le dio un suave empujoncito a Annie con el hombro —. Además, tú y Tommy deberíais hablar sin que yo tenga que hacer de mediadora.

Las mejillas de Annie se tiñeron de rosa. —No hay nada de qué hablar.

—¿Ah, no? Apenas os habéis mirado en toda la semana —dijo Sarah—. Te echa de menos. Y no pretendas que tú no le echas de menos a él.

—Se está comportando como un temerario —susurró Annie, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía—. Esas

reuniones suyas solo traerán problemas.

—Lo sé. Pero sigue siendo Tommy, y sigue siendo el chico que te trae pan extra y te hace reír.

Annie se mordió el labio inferior. —¿Y qué se supone que debo decirle?

—Lo que sientas. Simplemente habla con él. —Sarah le dedicó una pequeña sonrisa.

—Eres una amiga fatal —dijo Annie, aunque su tono sugería lo contrario—. Abandonarme de esta manera.

—Absolutamente espantosa —asintió Sarah—. Obligarte a pasar tiempo a solas con un chico que te adora.

—Él no…

—Lo hace. —Sarah le dio un suave empujón hacia la verja donde Tommy aguardaba, fingiendo que no esperaba—. Anda, ve. Tráeme una tartaleta si a la señora Winters le queda alguna.

Annie dio unos pasos y luego se volvió. —Gracias —dijo en voz baja.

Sarah la vio alejarse, sonriendo ante el torpe saludo entre Annie y Tommy. El rostro de él se iluminó al darse cuenta de que Sarah no iba con ellos, mientras que Annie estudiaba sus botas como si guardaran grandes secretos.

La capilla se vació rápidamente; los trabajadores estaban obviamente ansiosos por disfrutar de su breve libertad. Sarah esperó hasta que la mayoría se hubo marchado antes de dirigirse a la biblioteca. Durante los últimos tres domingos, ella y Daniel se habían reunido allí, a veces leyendo uno al lado del otro en silencio, a veces hablando de libros e ideas que nada tenían que ver con las fábricas ni con sus distinciones de clase.

Había llegado a esperar con ansia estas horas robadas más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Al acercarse al edificio de las oficinas de la fábrica, Sarah aminoró el paso al oír voces elevadas que salían de una ventana abierta; reconoció el tono nasal del señor Thorne.

—El nuevo sistema se aplicará de inmediato. Se descontará medio jornal a cualquiera que llegue tarde a su puesto. Lo mismo

para los que hablen durante las horas de trabajo o se tomen descansos excesivos.

—¿Y qué se considera «excesivo»? —preguntó una voz que Sarah no reconoció.

—Cualquier cosa que supere los cinco minutos establecidos —respondió Thorne—. Las órdenes del señor Bailey son claras. La disciplina se ha vuelto laxa y la producción se está resintiendo.

—A los trabajadores no les gustará —dijo la otra voz con cautela.

—Su comodidad no es asunto nuestro. Ponga el aviso mañana por la mañana —dijo Thorne con rotundidad—. Cualquier trabajador con tres infracciones será despedido sin carta de recomendación.

Sarah se alejó de la ventana, y su impaciencia de antes fue reemplazada por un nudo frío de rabia. ¿Medio jornal por llegar un minuto tarde o por cruzar una palabra con un compañero? Con el reciente recorte del diez por ciento, esto empujaría a muchas familias de la mera supervivencia a la hambruna absoluta.

El pequeño edificio de piedra estaba apartado del complejo principal de la fábrica, y sus ventanas reflejaban el sol. Sarah vaciló ante la puerta, de repente insegura. Quizá debería dar media vuelta, buscar a Annie y a Tommy, y advertir a todo el mundo de lo que se avecinaba.

Antes de que pudiera decidirse, la puerta se abrió y Daniel apareció ante ella.

—Sarah. —Su sonrisa era cálida, sincera—. Empezaba a pensar que no vendrías.

—Casi no lo hago —admitió ella.

Su sonrisa se desvaneció al observar su rostro. —¿Qué ocurre? Pareces disgustada.

Sarah pasó junto a él al interior de la biblioteca, caminando de un lado a otro entre las estanterías. —Acabo de oír algo muy interesante en la oficina de la fábrica.

—¿Ah, sí? —Daniel cerró la puerta, observándola con creciente preocupación.

—Tu padre ha implantado un nuevo sistema de multas. —Se dio la vuelta para encararlo y se cruzó de brazos—. Se deducirá medio

jornal por hablar durante las horas de trabajo, por llegar un minuto tarde o por tardar demasiado en usar el retrete.

Daniel frunció el ceño. —No sabía nada de esto.

—Claro que no lo sabías… ¿Por qué ibas a saberlo? No es más que otra forma de exprimir más beneficios a gente que apenas puede alimentar a sus hijos.

—Sarah, yo no controlo las políticas de mi padre.

—Pero te beneficias de ellas. —Sarah señaló con un gesto la biblioteca—. Cada libro que hay aquí, cada cojín cómodo, cada comida que tomas, todo proviene de nuestro trabajo y de nuestro sufrimiento.

Daniel dio un paso hacia ella y levantó las manos en un gesto conciliador. —Sé que las condiciones son duras. He intentado comprender, buscar formas de ayudar…

—¿Ayudar? —Sarah soltó una carcajada amarga—. ¿Es esto lo que es? ¿Tú prestándome libros mientras tu familia idea nuevas formas de robarnos? ¿Mientras tu padre trata a sus trabajadores como equipo que usar y desechar?

—Eso no es justo —dijo Daniel en voz baja—. Yo no soy mi padre.

—¿Seguro? —Sarah le sostuvo la mirada—. Vives en su casa. Heredarás esta fábrica. Puede que ahora sientas lástima por nosotros, pero cuando llegue el momento de elegir entre tu vida cómoda y las consecuencias del cambio, ¿qué elegirás?

—Me gustaría pensar que elegiría lo correcto.

—A mí también me gustaría pensarlo. Pero ambos sabemos qué es lo más probable. —Sarah negó con la cabeza—. Debería irme. Esto ha sido un error.

—Sarah, por favor. —Daniel se movió para bloquearle el paso—. Quédate. Habla conmigo. Ayúdame a entender qué puedo hacer.

—Nada. No puedes hacer nada, porque tú eres uno de ellos, y yo fui una estúpida al olvidarlo. —Pasó por su lado—. Disfrute de sus libros, señor Bailey. Algunos tenemos que volver a la realidad.

—¡Sarah! —la llamó él, pero ella ya había cruzado la puerta, alejándose rápidamente de la biblioteca, de Daniel y de su propio

espejismo pasajero de que la amistad pudiera cruzar el abismo que los separaba.

* * *

El dormitorio de las mujeres era un caos cuando Sarah llegó más tarde esa noche. Había dado un paseo por el río y lanzado piedras al agua. Las chicas se amontonaban en grupos, susurrando con urgencia, mientras la señora Pickering estaba al fondo con un libro de contabilidad en la mano. Sarah vio a Annie sentada en su cama, con sus pocas pertenencias esparcidas a su alrededor.

—¿Annie? —Sarah se acercó deprisa—. ¿Qué está pasando?

Annie estaba pálida cuando levantó la vista. —Han encontrado un panfleto en el bolsillo de mi delantal. Sobre los derechos de los trabajadores.

—¿Qué? —Sarah se sentó a su lado—. ¿Cómo?

—Una inspección aleatoria según la nueva política de Thorne. —La voz de Annie era firme, pero le temblaban las manos mientras doblaba un camisón desgastado—. Me despiden. No me darán carta de recomendación ni el último jornal.

—¡Eso no está bien! Puedes apelar a…

—¿A quién, Sarah? ¿Al señor Bailey? —Annie negó con la cabeza —. Se acabó. Tengo una hora para recoger e irme del recinto.

Sarah cogió las manos frías de Annie entre las suyas. —¿A dónde irás?

—No lo sé. Quizá a la fábrica textil de Oldham, aunque prefieren tejedoras con experiencia. —Annie intentó sonreír—. Me las arreglaré. Siempre lo hago.

—Compartiré mi sueldo contigo hasta que encuentres otra cosa.

—Apenas puedes alimentarte tú.

—Haremos que funcione. —Sarah empezó a ayudar a Annie a recoger sus escasas pertenencias—. No voy a dejar que te enfrentes a esto sola.

—¡Treinta minutos, Parker! Te quiero fuera de la propiedad de la fábrica lo antes posible —gritó la señora Pickering.

Annie se estremeció pero siguió empaquetando. —Debí haberme mantenido firme. Le advertí que tuviera cuidado.

—Esto no es culpa tuya.

—¿Ah, no? Tommy me dio ese panfleto cuando volvíamos hace un rato. Debería haberlo quemado, pero... —Annie se interrumpió, negando con la cabeza—. Me lo quedé. Lo leí una y otra vez e imaginé cómo sería si las cosas cambiaran.

Sarah bajó la voz. —¿Es que las reuniones de Tommy están organizando a los trabajadores?

—Eso y más. Están planeando algo. —Annie levantó la vista, con los ojos de repente feroces—. No te involucres, Sarah. Prométemelo. Con una de nosotras sin trabajo ya es bastante malo.

Antes de que Sarah pudiera responder, la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Tommy estaba en el umbral, con el rostro enrojecido por la carrera.

—¡Tommy Briggs! —La señora Pickering se dirigió hacia él a grandes zancadas—. ¡No se permiten hombres en los aposentos de las mujeres!

—Necesito hablar con Annie —dijo él, ignorando a la supervisora —. Por favor.

—No harás nada parecido. Márchate de inmediato o llamaré al señor Thorne.

Los ojos de Tommy buscaron a Annie al otro lado de la habitación. —Dos minutos. Es todo lo que pido.

La señora Pickering abrió la boca para negarse, pero Annie se puso en pie. —No importa. Me voy de todos modos.

Pasó por delante de las otras chicas, con la cabeza alta a pesar de sus miradas curiosas, y siguió a Tommy fuera. Sarah agarró el fardo de Annie y corrió tras ellos.

En el patio de detrás del dormitorio, Tommy caminaba en círculos agitado mientras Annie permanecía con los brazos cruzados y la expresión ilegible.

—Lo siento muchísimo —dijo Tommy cuando Sarah se unió a ellos—. Es culpa mía.

—Sí, lo es —asintió Annie fríamente.

Tommy hizo una mueca. —Nunca quise que esto ocurriera. El panfleto era solo información. No pensé que ellos…

—Tú nunca piensas, Tommy. Ese es el problema. —La compostura de Annie se resquebrajó un poco—. Te advertí. Te dije que buscarían cualquier excusa para deshacerse de los alborotadores.

—Lo sé. Tenías razón. —Tommy se acercó, intentando cogerle la mano, pero Annie se retiró—. Deja que te ayude. Tengo algo de dinero ahorrado. No es mucho, pero quizá baste para que llegues a Manchester. O puedes quedarte con mi tía hasta que…

—No quiero tu dinero. Ni tu ayuda. —La voz de Annie tembló—. Confié en ti y ahora no tengo nada. Ni trabajo, ni recomendación, ni futuro.

—Me tienes a mí —insistió Tommy—. Encontraremos una solución juntos.

—No hay ningún «nosotros», Tommy. —Annie le quitó su fardo a Sarah—. Elegiste tu revolución por encima de mis advertencias. Ahora yo pago el precio.

—Annie, por favor. —A Tommy se le quebró la voz—. Dime cómo arreglar esto.

—No puedes arreglarlo. Nadie puede. —Annie se volvió hacia Sarah y la estrechó en un fuerte abrazo—. Te escribiré cuando esté instalada. No te preocupes por mí.

—Al menos ve a ver a la señora Winters —dijo Sarah, devolviéndole el abrazo—. Ella te ayudará a decidir qué hacer ahora.

Annie asintió y dio un paso atrás. —Ten cuidado, Sarah. No destaques. Y mantente alejada de los problemas. —Lanzó una mirada a Tommy, que la observaba desolado.

—Lo haré —prometió Sarah, aunque las palabras le sonaron huecas incluso al decirlas.

Annie se ajustó el chal, irguió los hombros y miró a Tommy por última vez. —Adiós, Tommy. No quiero volver a verte.

—Annie…

—He tomado mi decisión. Tú también tomaste la tuya. —La voz de Annie se endureció.

Se alejó sin mirar atrás, una figura pequeña cargando con toda su vida en un fardo no más grande que una almohada. Sarah observó hasta que Annie desapareció por las puertas de la fábrica y luego se volvió para encontrar a Tommy mirándola fijamente, con expresión afligida.

—Nunca me perdonará —dijo en voz baja.

—Quizá lo haga. Con el tiempo. —Sarah no estaba segura de creérselo ella misma—. Una vez que vuelva a valerse por sí misma.

—Nunca pensé que irían a por ella. Ella ni siquiera estaba implicada. —Tommy dio una patada al suelo—. No es justo.

—Nada de esto es justo. —Sarah sintió que su rabia de antes resurgía—. Y se va a poner peor con las nuevas multas.

Tommy levantó la vista bruscamente. —¿Qué nuevas multas?

Sarah le contó lo que había oído fuera de la oficina de la fábrica. El rostro de Tommy se ensombrecía con cada palabra.

—Por eso mismo tenemos que organizarnos —dijo cuando ella terminó—. Creen que pueden presionarnos hasta que nos quebremos. Tenemos que demostrarles que no lo haremos.

Sarah pensó en Daniel en la biblioteca, en su sincera confusión ante la rabia de ella, en su privilegio de permanecer ignorante de las decisiones que destrozaban vidas como la de Annie.

—Tal vez tengas razón —dijo ella despacio—. Tal vez sea hora de contraatacar.

Tommy la miró sorprendido. —¿Hablas en serio?

—Annie ha perdido su puesto por tener un panfleto que nunca compartió con nadie. ¿Qué tenemos que perder nosotros?

—Todo —dijo Tommy, de repente solemne—. Debes entenderlo, Sarah. Una vez que estás dentro, no hay vuelta atrás.

Sarah pensó en Annie alejándose sola.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. ¿Cuándo es la próxima reunión?

DANIEL



Daniel se removió en su silla mientras Catherine Harrington detallaba su visión para la boda. Los Harrington se habían unido a los Bailey para cenar, transformando lo que debería haber sido una comida sencilla en un calvario de platos interminables y charlas nupciales aún más interminables.

—He estado considerando junio para la ceremonia —dijo Catherine, pasándose la servilleta por los labios—. Los jardines estarán en pleno apogeo y podremos celebrar una recepción al aire libre.

Daniel asintió; había renunciado a dar respuestas reales hacía ya veinte minutos.

—La lista de invitados ya llega a los trescientos —continuó ella, sin dejarse amilanar por el silencio de él—. Mi padre insiste en que invitemos a todos sus socios comerciales, y mi madre quiere que asistan todas las familias de importancia de Lancashire.

—¿Trescientos? —preguntó finalmente Daniel—. Eso parece excesivo.

—¡Oh, no es ni mucho menos suficiente! —se rió Catherine—. Una boda Bailey-Harrington es el evento social de la década. Simplemente debemos estar a la altura.

La señora Harrington asintió con entusiasmo. —Catherine lleva planeando esto desde que tenía dieciséis años. Tiene un cuaderno

lleno de ideas... las flores, la música, incluso el tono exacto de marfil para su vestido.

—Qué... meticuloso —logró decir Daniel.

—Siempre he creído en la preparación —dijo Catherine, alargando la mano por encima de la mesa para tocar la suya. Daniel resistió el impulso de apartarla—. Y nos da muchos motivos para estar ilusionados.

—En efecto —coincidió Edward Bailey, llevándose la copa de vino a los labios.

Catherine se lanzó a un análisis detallado de posibles destinos para la luna de miel, cada uno más elaborado que el anterior. Daniel se sorprendió mirando a su madre, suplicando un rescate en silencio.

Elizabeth Bailey lo miró a los ojos y pareció comprender. Dejó el tenedor. —Catherine, querida, acabo de tener una idea maravillosa. ¿Te gustaría ver mi jardín de invierno? El jazmín de noche acaba de florecer y está espectacular.

Catherine se animó de inmediato. —¡Oh, me encantaría! Madre, usted también debe venir.

—Idea magnífica —asintió la señora Harrington, levantándose de la silla—. Quizá Catherine pueda sacar algunas ideas para su propio jardín de invierno... cuando estéis instalados, por supuesto.

Mientras las mujeres salían de la habitación, Daniel exhaló lentamente. —Gracias, madre —murmuró entre dientes.

Con las mujeres fuera, Edward Bailey dirigió inmediatamente la conversación hacia los negocios. —James tiene algunas ideas excelentes para ampliar nuestras rutas de transporte, Daniel. Deberías prestar atención.

James Harrington, el hermano mayor de Catherine, se reclinó en su silla con la confianza de un hombre acostumbrado a ser escuchado. —He conseguido derechos exclusivos para los cargamentos de algodón de tres nuevas plantaciones en el sur de Estados Unidos, con precios más bajos y calidad constante.

—¿Qué hay de la situación política estadounidense? —preguntó Daniel—. Se habla de crecientes tensiones por la esclavitud.

James hizo un gesto despectivo con la mano. —Los negocios continúan independientemente de la política. Las plantaciones

funcionarán sin importar quién mande.

—Además —añadió el señor Harrington—, nuestra preocupación es el algodón, no cómo se produce.

—Precisamente —asintió Edward—. Una vez combinemos nuestras empresas mediante este matrimonio, controlaremos cada paso, desde la materia prima hasta el producto acabado. Bailey fabricará y Harrington transportará y distribuirá.

—Un verdadero imperio —dijo James, levantando su copa—. Nada podrá detenernos.

—También deberíamos discutir las políticas salariales —terció Daniel—. Con los recientes recortes y el nuevo sistema de multas, los trabajadores están luchando para...

—Esa no es una conversación para la cena —le cortó Edward bruscamente—. Además, ya te he explicado nuestra posición sobre los costes laborales.

—Pero el nuevo sistema de multas es excesivo. Gastar medio día de salario por infracciones menores...

—Su hijo parece bastante preocupado por el servicio —observó el señor Harrington, con un tono que sugería que aquello era un defecto de carácter.

—Es una fase —respondió Edward con desdén—. Tiene ideas grandiosas que aún no han sido templadas por la experiencia de la vida real.

James se rió. —Recuerdo aquellos tiempos. Yo también pensaba que podía salvar el mundo, hasta que mi padre me enseñó los libros de contabilidad.

—Exactamente —asintió el señor Harrington—. En cuanto Daniel vea lo ajustado que es el margen de beneficio en realidad, comprenderá la necesidad de la disciplina.

—He visto los libros —dijo Daniel en voz baja—. Nuestros beneficios aumentaron un doce por ciento el trimestre pasado, mientras que los salarios disminuyeron un diez.

Nadie en la mesa dijo nada mientras el rostro de Edward se oscurecía. —Tendrán que disculpar a mi hijo, caballeros. Todavía está aprendiendo las complejidades de la gestión empresarial.

—No hay necesidad de disculparse —respondió el señor Harrington con magnanimidad—. Todo joven pasa por su periodo de rebeldía. Catherine hará que asiente la cabeza.

Daniel se puso en pie abruptamente. —Si me disculpan, parece que me ha empezado a doler la cabeza.

—Daniel —advirtió Edward.

—Por favor, transmitan mis disculpas a las damas —continuó Daniel, ignorando el tono de su padre—. Creo que un poco de aire fresco me ayudará.

Sin esperar respuesta, salió del comedor, cerrando la puerta con suavidad cuando lo que realmente deseaba era dar un portazo que hiciera tintinear la vajilla.

En lugar de salir fuera como había afirmado, Daniel se retiró a su despacho y cerró la puerta. Se sirvió una generosa copa de brandy y dio un trago, bebiéndose la mitad, agradeciendo el ardor en la garganta.

Un suave golpe interrumpió sus cavilaciones.

—Adelante —llamó, esperando ver a su padre exigiendo airadamente su vuelta a la cena.

En su lugar entró Arthur Evans, portando una pequeña bandeja de plata. —He pensado que querría café, señor. Para su dolor de cabeza.

Daniel sonrió. —Dudo que el café sea la cura para lo que me aflige.

—¿La cena no ha ido bien? —Arthur dejó la bandeja y empezó a servir café en una delicada taza.

—Catherine está planeando nuestra boda hasta el último pétalo de flor, mientras su padre y su hermano planean la dominación mundial. —Daniel cogió la taza ofrecida—. Y mi padre lo alienta todo.

—Los Harrington son una familia influyente —observó Arthur con neutralidad.

—Los Harrington son buitres vestidos de etiqueta —corrigió Daniel—. James presumió abiertamente de beneficiarse del algodón producido por esclavos, y el señor Harrington despachó a los trabajadores como si fueran mobiliario.

La expresión de Arthur permaneció cuidadosamente inexpresiva. —La mayoría de los dueños de fábricas comparten opiniones similares, señor.

—Incluyendo a mi padre. —Daniel dejó el café intacto—. Ha implantado un nuevo sistema de multas sin decírmelo. Medio día de salario por hablar durante las horas de trabajo o por llegar con un ligero retraso.

—Había oído hablar de ello —admitió Arthur.

—¿Por los chismes del servicio, supongo? —Daniel arqueó una ceja.

—El personal habla, sí. —Arthur enderezó un montón de libros innecesariamente—. Hay una ansiedad considerable entre el servicio. Los trabajadores de la fábrica suelen tener parientes en el servicio doméstico.

Daniel se pasó una mano por el pelo con frustración. —¿Qué se supone que debo hacer, Arthur? No puedo cambiar las políticas de mi padre. No puedo detener este ridículo acuerdo matrimonial. Ni siquiera puedo aguantar una cena sin querer volcar la mesa.

Arthur vaciló visiblemente, perdiendo su habitual compostura. —¿Puedo hablar con libertad, señor?

—¿Cuándo no lo has hecho? —Daniel sonrió con ironía.

—Con más libertad de la habitual —matizó Arthur.

—Por favor, hazlo. Alguien debería hablar claro en esta casa.

Arthur respiró hondo. —Usted habla de lo que no puede hacer, señor, pero aún no he visto lo que piensa hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Usted expresa su indignación en la cena, cuestiona a su padre en privado, lee libros sobre reforma social. —Arthur le sostuvo la mirada directamente—. Pero ¿qué medidas ha tomado usted?

Daniel parpadeó, sorprendido por el desafío directo. —He estado recopilando información, aprendiendo...

—Con el debido respeto, señor, los trabajadores no necesitan su educación. Necesitan su influencia. —La voz de Arthur seguía siendo tranquila—. Conoce los artículos de William Norton sobre las condiciones de la fábrica. Ha presenciado los recortes salariales de primera mano. Incluso ha hablado con los propios trabajadores.

—¿Entonces qué querrías que hiciera? ¿Denunciar públicamente a mi padre? ¿Renunciar a mi herencia y convertirme en un revolucionario callejero?

—Quisiera que tomara una decisión, señor. —La formalidad de Arthur regresó en cierto modo—. O acepte que no tiene poder para afectar al cambio, o acepte las consecuencias de intentarlo.

—Eso es bastante crudo.

—La realidad suele serlo, especialmente para aquellos que no tienen el lujo del brandy y la capacidad de poner excusas.

Daniel miró fijamente a Arthur, viéndolo con claridad quizás por primera vez, no como su ayuda de cámara y compañero de infancia, sino como un hombre con sus propias convicciones. —¿De verdad crees que yo podría marcar la diferencia?

—Creo que tiene la responsabilidad de intentarlo. —Arthur ajustó su postura—. Los trabajadores le respetan, señor. Han notado su interés. Su nombre por sí solo tiene un peso que alguien como William Norton nunca tendrá.

Daniel guardó silencio durante un largo rato. —Tienes razón —dijo finalmente—. He estado jugando a la preocupación sin arriesgar nada.

—Yo no lo diría exactamente así, señor.

—Pero es la verdad. —Daniel se levantó, repentinamente dinamizado—. He tenido tanto cuidado de no ofender a mi padre que me he vuelto cómplice de su sistema. —Caminó de un lado a otro de la habitación.

—¿Qué va a hacer?

—Primero, necesito hablar con Norton. Puedo darle información sobre los recortes salariales, el sistema de multas, las tasas de accidentes y quizás todo lo que necesite para su reportaje. —Daniel se volvió hacia Arthur—. ¿Puedes hacerle llegar un mensaje de forma discreta?

—Por supuesto, señor. —La expresión de Arthur permaneció neutral, pero algo parecido a la aprobación brilló en sus ojos—. Conozco a alguien que conoce a alguien.

—Dile que necesitamos vernos. Pronto. —Daniel hizo una pausa —. ¿Y Arthur? Gracias. Por hablar con franqueza.

Arthur se permitió una pequeña sonrisa. —No es frecuente que un ayuda de cámara sermonee a su señor.

—No es frecuente que el ayuda de cámara tenga razón. —Daniel volvió a su escritorio y sacó papel y pluma—. Ahora, creo que tengo una carta que escribir.

Cuando Arthur se dio la vuelta para marcharse, Daniel le llamó. —Esto no será fácil. Para ninguno de los dos.

—Pocas cosas que valgan la pena lo son, señor. —Arthur se detuvo en la puerta—. ¿Me permite una observación más?

—Por favor.

—Su padre construyó su imperio siendo intransigente. Quizás su hijo podría construir algo mejor de la misma manera.

Daniel asintió lentamente. —Esperemos que así sea. Porque después de esta noche, ya no hay vuelta atrás.

SARAH

La sala de los nudos se sentía inusualmente calurosa esa mañana. Sarah ató otra correa deshilachada, mientras su mente divagaba entre la preocupación por Annie y el arrepentimiento por su enfrentamiento con Daniel. Habían pasado cuatro días sin noticias de su amiga, pero la señora Winters le había informado de que Annie había aceptado quedarse un tiempo con ella.

—¿Te has enterado de lo de Annie Parker? —susurró Bessie Wright a Jane Morris en la mesa de al lado—. La pillaron con panfletos radicales. Probablemente se los dio ese chico por el que bebía los vientos.

—Tommy Briggs —asintió Jane con aire de saberlo todo—. Siempre supe que no sacaría nada bueno de andar con él.

—A mí no me pillarías arriesgando mi puesto por las ideas tontas de un chico —continuó Bessie—. Especialmente no por uno que habla mucho pero no hace nada.

Sarah mantuvo la cabeza gacha, concentrada en el complejo nudo que tenía entre los dedos, pero sus hombros se tensaban con cada palabra.

—De todos modos, la Parker siempre se creyó mejor que el resto de nosotras —añadió Jane—. Incluso intentaba leer libros y esas cosas. ¿De qué le ha servido tanta educación?

Se rieron por lo bajo, y algo en Sarah se quebró. Se giró para encararlas.

—¿Os hace sentir mejor? —preguntó—. ¿Burlaros de alguien que lo ha perdido todo?

Las mujeres se la quedaron mirando.

—¿Perdona? —Jane parpadeó repetidamente.

—He preguntado si os hace sentir mejor. ¿O quizás superiores? —Sarah dejó su trabajo—. Tengo curiosidad de verdad. ¿Reíros de la desgracia de Annie mejora de algún modo vuestra propia situación? ¿Añade un penique a vuestro jornal o una hora a vuestro sueño?

Bessie se puso colorada. —Solo estábamos hablando. No hay nada malo en ello.

—Hay mucho de malo —replicó Sarah—. Annie perdió su trabajo, su casa y su reputación en un solo día. Y en lugar de mostrar un ápice de compasión, estáis aquí sentadas haciendo que su historia sea más entretenida para vosotras.

Jane bajó la vista hacia sus manos. —No lo decíamos con mala intención.

—Eso es peor, ¿no creéis? Ser cruel sin motivo. —Sarah volvió a coger la correa—. Si vais a disfrutar con el sufrimiento ajeno, al menos tened la decencia de admitirlo.

Las mujeres se quedaron en silencio y regresaron a su labor con expresión escarmentada. La señora Fletcher, la jefa de las anudadoras, le dirigió a Sarah un asentimiento de aprobación desde el otro lado de la sala.

El momento de satisfacción duró poco. Un alboroto en el extremo opuesto de la sala atrajo la atención de todos cuando Hannah Simms se desplomó hacia adelante sobre su mesa de trabajo, con el rostro ceniciento.

—¿Hannah? —Mary Cooper la sacudió por el hombro—. ¡Hannah, despierta!

La chica no respondió. La señora Fletcher se acercó deprisa y le tomó el pulso.

—Se ha desmayado. El calor es excesivo. —Se volvió hacia la trabajadora más cercana—. Trae agua, rápido.

Antes de que nadie pudiera moverse, James Wilson, en la mesa contigua, se tambaleó peligrosamente y cayó al suelo con un golpe sordo. El pánico recorrió la sala.

—¿Qué está pasando? —jadeó Jane, retrocediendo.

Un tercer trabajador de edad avanzada se llevó la mano al pecho y se deslizó de lado fuera de su taburete.

—¡Que alguien busque al señor Thorne! —gritó la señora Fletcher, arrodillándose junto a Tom—. ¡Y abrid esas ventanas! ¡Necesitamos aire!

Sarah corrió hacia Hannah, levantándole la cabeza y aflojándole el cuello del vestido. —Está ardiendo. Tenemos que refrescarla.

Los trabajadores se agolparon alrededor de los caídos, mientras otros retrocedían asustados. Dos capataces entraron de golpe, seguidos por el señor Evans de la oficina de la fábrica.

—¿Qué significa esto? —exigió Evans, examinando la escena con evidente desagrado.

—Tres trabajadores desmayados, señor —informó la señora Fletcher—. Por el calor, el agotamiento y la mala ventilación, diría yo.

—Llevadlos a la enfermería —ordenó Evans con brusquedad—. Y el resto de vosotros, volved al trabajo. Ya llevamos retraso sobre el horario previsto.

Sarah observó cómo se llevaban a Hannah y a los demás. La temperatura de la sala no había bajado, pero nadie se atrevía a abrir más ventanas sin permiso explícito.

—Me pregunto si les descontarán medio jornal por desmayarse —murmuró Bessie, lo bastante alto para que Sarah la oyera.

El trabajo se reanudó en silencio, como si nada hubiera pasado. Pasó una hora, luego dos. En el descanso de media mañana, Tommy Briggs apareció en la puerta de la sala de nudos, con el rostro encendido por la emoción o el nerviosismo, Sarah no sabía distinguir cuál.

—¿Podemos hablar un momento? —le hizo una seña a Sarah.

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que ningún capataz vigilaba y luego se escabulló hacia la puerta.

—¿Qué haces aquí? Esta no es tu sección.

—Estoy de ronda —respondió Tommy, sacando un papel doblado de dentro de su camisa—. Estamos reuniendo firmas para una petición formal a Bailey sobre los recortes salariales y el sistema de multas.

Sarah lo miró fijamente. —¿Una petición? ¿Ese es tu gran plan?

—Es un comienzo —se defendió Tommy—. Norton, del Northern Review, dice que necesitamos documentación de nuestras quejas y firmas para demostrar que no son solo cosa de unos pocos alborotadores.

—¿Y crees que Bailey leerá esto de verdad?

—Tanto si lo lee como si no, quedará como un registro de nuestras demandas. —Tommy miró por encima del hombro—. ¿Firmarás? Necesitamos tantos nombres como sea posible.

Sarah vaciló y luego asintió. —Dámelo.

La petición era un documento sorprendentemente bien redactado, que enumeraba quejas específicas: la reciente reducción salarial, el excesivo sistema de multas, las condiciones de trabajo inseguras y la falta de atención médica. Al final, casi treinta firmas ya llenaban la página.

—Norton ayudó con la redacción —explicó Tommy, al notar su sorpresa—. Un lenguaje culto, para que no puedan descartarlo como quejas de ignorantes.

Sarah añadió su nombre al lado del de Eleanor Vance, del cobertizo de tejidos. —¿Cuántas firmas tenéis hasta ahora?

—Casi cincuenta entre todos los departamentos. —Tommy dobló el papel con cuidado—. Nuestro objetivo son doscientas.

—¡Tommy! —advirtió Sarah de repente, al ver movimiento en el pasillo—. Viene alguien.

Tommy se guardó rápidamente la petición en la camisa mientras la señora Fletcher se acercaba. —No deberías estar aquí, Briggs. Esta no es tu sección.

—Solo le traía un mensaje para Sarah de parte de la señora Winters —mintió Tommy con soltura—. Sobre Annie Parker.

La expresión de la señora Fletcher se suavizó un poco. —¿Cómo está la chica?

—Está bien —respondió Tommy—. Buscando un nuevo trabajo.

—Es una pena lo que le pasó. —La señora Fletcher sacudió la cabeza—. Thorne es demasiado rápido con los despidos últimamente. Pero tienes que irte, muchacho. El descanso casi ha terminado y Thorne está haciendo su ronda.

Como si hubiera sido invocado por su nombre, la delgada figura del señor Thorne apareció al final del pasillo. Tommy palideció.

—Sal por atrás —instó la señora Fletcher, señalando la salida secundaria—. Rápido.

Tommy le lanzó una mirada de agradecimiento y se dio la vuelta para irse, pero Thorne ya lo había visto. El capataz empezó a caminar en su dirección, acentuando su perpetuo ceño fruncido.

—¡Briggs! —llamó con brusquedad—. ¿Qué haces lejos de tu puesto?

Tommy se quedó helado, con la mano moviéndose instintivamente para proteger la petición escondida bajo su camisa. Sarah vio el gesto y supo al instante que Thorne también lo notaría, ya que a ese hombre no se le escapaba nada.

Sin dudarlo, agarró el estante más cercano y le dio un fuerte empujón. Tres latas de aceite se volcaron, derramando su contenido por el suelo con estrépito. El líquido viscoso se extendió rápidamente y las trabajadoras saltaron hacia atrás con gritos de alarma.

—¡Chica torpe! —ladró Thorne, desviando inmediatamente su atención hacia el desastre creciente—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo siento mucho, señor —Sarah dio un paso adelante, levantando las manos en un gesto de aparente angustia—. Iba a por mis herramientas y he perdido el equilibrio.

Tommy aprovechó la oportunidad para escabullirse, dirigiendo a Sarah un rápido asentimiento de agradecimiento antes de desaparecer por las escaleras traseras.

Thorne examinó los daños, con sus finos labios apretados en una línea de puro asco. —¿Tienes idea de cuánto cuesta ese aceite, Dobbs?

—No, señor.

—Más de lo que ganas en una semana. —Sacó su temida libreta —. Eso te costará medio día de salario por destruir propiedad de la

empresa.

—Pero, señor, ha sido un accidente —protestó Sarah débilmente, interpretando su papel.

—Bueno, los accidentes cuestan dinero y el dinero tiene que salir de alguna parte. —Thorne garabateó en su libreta y luego la cerró de golpe con rotundidad—. Limpia esto inmediatamente y luego preséntate ante el señor Evans para realizar tareas adicionales después de su turno.

—Sí, señor. —Sarah agachó la cabeza sumisamente.

Cuando Thorne se alejó, la señora Fletcher apareció a su lado con unos trapos. —Eso no ha sido ningún accidente —murmuró, lo bastante bajo para que solo Sarah pudiera oírla.

—No sé de qué me habla —respondió Sarah, cogiendo los trapos.

—No has sido torpe ni un solo día de tu vida, muchacha. —La señora Fletcher la miró largamente—. Sea lo que sea en lo que ande metido Briggs, ten cuidado. Thorne lo vigila, lo que significa que vigila a cualquiera que hable con él.

—Tendré cuidado —prometió Sarah, arrodillándose para empapar el aceite.

—Asegúrate de ello. —La señora Fletcher miró a su alrededor y luego añadió aún más bajito—. Lo de tu amiga Annie solo fue el principio. Se dice que Thorne tiene una lista de «agitadores» a los que quiere utilizar como escarmiento.

Medio día de salario perdido y tareas adicionales después de un turno ya agotador. El coste de su distracción era alto.

Pero mientras limpiaba el aceite, no podía evitar preguntarse cuál sería finalmente el coste del silencio. ¿Cuántas Hannah Simms más se desplomarían antes de que algo cambiara? ¿A cuántas Annie Parker echarían sin referencias ni recursos?

Quizás Tommy tuviera razón. Quizás era hora de que todos firmaran con sus nombres y afrontaran las consecuencias juntos, en lugar de sufrirlas a solas, uno por uno.

Sarah escurrió un trapo empapado de aceite y cogió otro. Una cosa era segura: la neutralidad que había mantenido se estaba volviendo cada vez más difícil de justificar, incluso ante sí misma.

DANIEL



Daniel estaba sentado ante su escritorio, con la mirada clavada en el libro sin leer que reposaba junto a sus libros de contabilidad. Habían pasado dos domingos sin que Sarah apareciera por la biblioteca. Había esperado en ambas ocasiones, con la esperanza de que regresara, pero la pequeña estancia permaneció vacía, a excepción de su ausencia, que de algún modo ocupaba más espacio del que jamás había ocupado su presencia.

Golpeó el lápiz contra el libro de cuentas abierto y las pulcras columnas de cifras se emborronaron ante sus ojos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante —dijo, irguiéndose en la silla.

Entró Arthur trayendo un periódico y con una expresión que Daniel ya había aprendido a reconocer como neutral.

—El Northern Review, señor. La edición de hoy. —Arthur lo depositó sobre el escritorio—. He pensado que la página tres podría resultarle de especial interés.

Daniel desdobló el papel. El titular saltó a la vista de inmediato: «AL DESCUBIERTO: El oscuro secreto tras la prosperidad de la fábrica Bailey». Debajo, un subtítulo más pequeño rezaba: «Dentro de la pesadilla: salarios de hambre, multas asfixiantes y el coste humano de la codicia».

—Lo ha publicado —murmuró Daniel, recorriendo el artículo con la mirada.

—En efecto, señor. Parece que el señor Norton ha dado con bastantes fuentes.

El artículo detallaba los recientes recortes salariales, el severo sistema de multas y las deplorables condiciones de trabajo. Describía a niños de apenas ocho años trabajando en turnos de dieciséis horas, obreros desmayándose por el calor y el agotamiento, y familias incapaces de costear el alquiler y la comida a la vez desde las últimas reducciones.

Daniel reconoció su propia información entretejida en el texto: las tasas de accidentes que había copiado de los registros de su padre, detalles sobre el sistema de multas que había compartido con Norton, e incluso su descripción de la deficiente ventilación en la planta de la fábrica. Pero lo que más le impactó fueron los testimonios directos de los trabajadores. Había una madre que había perdido dos dedos en un telar y su empleo el mismo día; un niño que trabajaba con fiebre porque su familia no podía sobrevivir sin su jornal; una joven despedida sin referencias por poseer un panfleto.

—Debería mencionarle que su padre también ha recibido un ejemplar del periódico esta mañana.

Como si lo hubieran invocado al pronunciar su nombre, Edward Bailey irrumpió en el despacho sin llamar, con el rostro encendido por la rabia. Estampó un ejemplar del Northern Review sobre el escritorio de Daniel.

—Explícame esto —exigió, señalando el artículo con el dedo—. Explícame cómo esta... esta inmundicia contiene información que solo alguien con acceso a mis registros privados podría proporcionar.

Daniel sostuvo la mirada de su padre. —Parece ser una denuncia sobre las condiciones laborales en la fábrica.

—No te hagas el tonto. Esta basura contiene nuestras cifras exactas de accidentes, costes de producción, cálculos salariales y detalles que ningún extraño podría conocer. —La voz de Edward bajó a un tono peligroso—. Detalles que tú revisaste el mes pasado cuando te mostré los informes trimestrales.

—Quizá deberías preocuparte más por las condiciones en sí que por quién las ha revelado —replicó Daniel.

—¿O sea que lo admites? ¿Has traicionado a tu propia familia? ¿Le has dado nuestra información privada a ese tipo, Norton?

Daniel miró a Arthur, quien se retiró discretamente hacia la puerta. —Creo que deberíamos continuar esta conversación a solas, padre.

Edward apenas reparó en la marcha del ayuda de cámara, con toda su atención centrada en su hijo. —Respóndeme. ¿Proporcionaste información para este artículo?

—Hablé con Norton, sí —dijo Daniel, dejando a un lado el periódico—. Pero cada palabra de ese artículo es cierta, lo cual lo convierte en un reportaje veraz.

—¿La verdad? —Edward soltó una carcajada amarga—. Muchacho ingenuo. La «verdad» es que he levantado algo de la nada. He construido un negocio que da empleo a cientos de personas que, de otro modo, morirían de hambre. La «verdad» es que tu educación, tus libros y tu futuro provienen de la fábrica que tanto te empeñas en criticar.

—Soy perfectamente consciente de dónde viene nuestro dinero —dijo Daniel—. Ese es precisamente el quid de la cuestión.

—¿O sea que esta es tu rebelión? ¿Alimentar con mentiras a un periodista radical que me tiene ojeriza? —Edward caminaba de un lado a otro del pequeño despacho—. ¿Tienes idea de lo que este artículo le hará a nuestra reputación? ¿De los contratos que podría costarnos?

—No son mentiras, padre. Hay niños dejándose la piel hasta morir en nuestra fábrica. Hay familias que no pueden alimentarse con los salarios que pagamos. Se está despidiendo a gente sin motivo ni referencias.

—Esas son necesidades del negocio, ¡maldita sea! Todos los dueños de fábricas en Lancashire se enfrentan a los mismos desafíos.

—Eso no lo hace correcto.

Edward dejó de caminar para clavar la vista en su hijo. —¿Correcto? ¿Crees que los negocios tratan sobre lo que es «correcto»? Tratan sobre la supervivencia. El beneficio. El

crecimiento. En el momento en que los sentimientos entran en la ecuación, todo se derrumba.

—Entonces quizá merezca derrumbarse —dijo Daniel en voz baja.

La habitación se quedó sumida en un silencio absoluto. El rostro de Edward se endureció hasta convertirse en algo que Daniel apenas reconoció.

—Emitirás una declaración pública —dijo finalmente—. Desautorizando este artículo. Tachándolo de ficción calumniosa de un periodista con rencores personales contra nuestra familia.

—No lo haré.

—Lo harás, o dejarás de ser mi hijo. —La voz de Edward era puro hielo—. No tendrás herencia. Ni puesto. Ni lugar en esta casa.

El corazón de Daniel martilleaba en su pecho. —¿Es esa tu última palabra al respecto?

—Lo es. —Edward se irguió, ajustándose el chaleco—. Tienes hasta mañana por la mañana para redactar tu declaración. Arthur la llevará al periódico.

—Entonces te sugiero que empieces a buscar un nuevo heredero —replicó Daniel—. Porque no voy a mentir para proteger un sistema que se lucra con el sufrimiento.

La mandíbula de Edward se tensó. Por un momento, Daniel pensó que iba a golpearlo. En lugar de eso, se dirigió hacia la puerta.

—Estás cometiendo un error terrible —dijo sin mirar atrás—. Uno del que te arrepentirás cuando tus principios no te den de comer ni te vistan.

—Tal vez. Pero al menos podré mirarme al espejo.

La puerta se cerró con un estruendo y Daniel exhaló lentamente. Sabía que habría consecuencias, pero enfrentarse a ellas directamente era un asunto bien distinto. El desheredamiento. El repudio. Todo lo que le habían enseñado a esperar, esfumado.

Necesitaba pensar, despejar la cabeza. Y solo había un lugar donde podía hacerlo adecuadamente.

Los terrenos de la fábrica estaban tranquilos mientras Daniel se dirigía a la pequeña biblioteca. La mayoría de los trabajadores estaban en sus dormitorios, preparándose para otra semana de

labor. La biblioteca estaba a oscuras y en silencio, tal como había estado los dos domingos anteriores.

Para su sorpresa, un atisbo de movimiento le llamó la atención al acercarse. Había alguien dentro. Abrió la puerta en silencio y entró.

Sarah Dobbs estaba junto a la ventana con un libro en las manos. Levantó la vista al verle entrar, sorprendida.

—Señor Bailey —dijo ella formalmente, cerrando el libro—. Ya me iba.

—Por favor, no lo hagas. —Daniel se quedó junto a la puerta, dándole espacio—. Tenía la esperanza de que regresaras.

—No debería haber venido. —Ella dejó el libro—. Nuestra última conversación dejó claro que esto fue un error.

—No estoy de acuerdo. —Daniel dio un paso adelante—. Creo que esto podría ser lo único que no es un error.

Sarah hizo una pausa, estudiando su rostro. —Parece preocupado.

—Mi padre acaba de amenazar con desheredarme. —Las palabras salieron acompañadas de una risa que sonó extraña incluso para sus propios oídos—. Al parecer, traicionar el negocio familiar es un pecado imperdonable.

—¿Traicionar...? —Los ojos de Sarah se agrandaron ligeramente —. El artículo del Northern Review. ¿Fue usted?

—No solo yo. Pero proporcioné información, sí. —Daniel se dirigió a la silla junto a la ventana—. ¿Lo has leído?

—Tommy pasó una copia por la sala de nudos. —Sarah permaneció de pie, debatiéndose entre quedarse e irse—. Ha causado un gran revuelo. He reconocido algunos de los testimonios.

—Imagino que Thorne estará en una misión para descubrir las fuentes.

—Ya está interrogando a la gente. —Sarah vaciló y luego se sentó en su silla habitual—. ¿De verdad arriesgó su herencia para ayudar a denunciar las condiciones de la fábrica?

—No fue una decisión calculada. —Daniel se pasó una mano por el pelo—. Norton necesitaba información para verificar lo que le decían los obreros. Yo tenía acceso a esa información. Me pareció sencillo en aquel momento.

—Nada que implique llevarle la contraria a su padre es sencillo. —La voz de Sarah se suavizó—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Negarme a rectificar, supongo, y afrontar lo que venga. —Daniel la miró directamente—. He estado pensando mucho en lo que dijiste, sobre beneficiarse de un sistema que causa sufrimiento. Tenías razón.

—Estaba enfadada.

—Fuiste sincera. Y me hiciste ver que compadecerse sin actuar es solo otra forma de complicidad. —Daniel se inclinó hacia delante —. He pasado años sintiéndome incómodo con los métodos de mi padre mientras disfrutaba de sus beneficios.

Sarah lo observó. —He oído historias. Sobre usted.

—¿Historias? ¿Debería preocuparme? —Daniel intentó sonreír.

—Buenas historias. Los obreros hablan del joven señor Bailey que realmente les mira a los ojos. Que preguntó por un niño que perdió los dedos en la máquina de cardado. Que mandó llamar a un médico cuando el facultativo de la fábrica ignoró la lesión de una mujer. — Los ojos de Sarah sostuvieron los suyos—. Reaccioné de forma injusta cuando me enteré de lo del sistema de multas. Le culpé por las acciones de su padre.

—Tenías todo el derecho a estar enfadada.

—Sí, pero no contigo. No del todo. —Se arregló la falda—. He venido hoy a buscar otro libro. Y quizá a disculparme.

—No hace falta que te disculpes. —Daniel señaló los estantes—. Aunque me alegra que hayas vuelto al menos por los libros.

—Los libros —asintió Sarah—, y quizá por la compañía.

Daniel observó cómo Sarah acariciaba el lomo de «Jane Eyre» con un dedo.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería tu vida si hubieras nacido en circunstancias diferentes? —preguntó de repente.

Sarah levantó la vista. —¿Se refiere a si hubiera nacido rica?

—O si nuestras posiciones estuvieran invertidas.

—Usted habría muerto joven, muy probablemente. Trabajar en la sala de cardado o limpiar las máquinas no es moco de pavo. —La franqueza de Sarah resultaba refrescante tras semanas de las

intrigas de su padre y las cortesías sociales de Catherine—. La mortalidad infantil en las fábricas es impresionantemente alta.

—¿Y usted? ¿Si hubiera nacido Bailey?

—Tendría una postura excelente, unos modales impecables y opiniones muy firmes sobre la forma correcta de servir el té. —Una pequeña sonrisa asomó a sus labios—. Aunque sospecho que seguiría amando los libros.

—Creo que seguimos siendo esencialmente nosotros mismos, independientemente de las circunstancias —dijo Daniel—. Tú seguirías siendo inteligente y directa. Yo seguiría cuestionándolo todo, para molestia de todo el mundo.

—Algunos rasgos trascienden la clase social, tal vez. —La sonrisa de Sarah se desvaneció—. Pero las oportunidades no. A sus preguntas se las llama curiosidad intelectual. A las mías se las llamaría impertinencia.

—No para mí —dijo Daniel en voz baja.

Sus ojos se encontraron y algo cambió en el aire entre ellos. Daniel se volvió sumamente consciente de lo fácil que le resultaría cruzar la pequeña estancia, de lo escasa que era la distancia entre ambos.

—Me encuentro esperando estas conversaciones más que cualquier otra cosa de mi semana —admitió él—. Tu perspectiva y tu honestidad han cambiado mi forma de verlo todo.

Sarah fue la primera en apartar la vista. —Señor Bailey…

—Daniel. Por favor.

—Daniel. —La palabra pareció costarle algo—. Sea lo que sea lo que intentas decir, creo que deberías considerarlo cuidadosamente antes de decirlo.

—Digo que valoro tu compañía. Tu mente. Tu... —Se interrumpió, buscando palabras que no la asustaran—. Amistad, si puedo ser tan presuntuoso.

—Amistad. —Sarah repitió la palabra como si sopesara su valor—. ¿Es eso lo que es esto?

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Complicado. —Se puso en pie, volviendo a colocar «Jane Eyre» en el estante—. Y es probable que lo sea cada vez más.

—¿Por nuestras diferentes posiciones?

—Porque sigues siendo un Bailey, desheredado o no. Y yo sigo siendo una obrera sin más perspectivas que estos muros. —Sarah se giró para mirarlo—. Hay fronteras que no se pueden cruzar sin consecuencias para todos los implicados.

—Sarah…

—Debería irme. —Se dirigió a la puerta—. La señora Pickering revisará pronto los dormitorios.

Daniel se levantó también. —¿Volverás el domingo que viene?

Sarah hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta. —Eso sería poco prudente.

—Probablemente. La mayoría de mis decisiones recientes lo han sido. —Daniel sonrió con pesar—. Pero me gustaría volver a verte.

—Buenas noches, Daniel. —Sarah se escurrió por la puerta antes de que él pudiera responder.

SARAH



Sarah rememoró la conversación de ayer con Daniel. El recuerdo de su rostro cuando casi había dicho algo más que «amistad» la inquietaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Mrs. Fletcher apareció junto a su banco de trabajo. —Sarah. El señor Thorne quiere verte.

La sala se quedó en silencio. Ser convocada por Thorne nunca terminaba bien.

—¿Ha dicho para qué? —Sarah dejó su trabajo y se limpió las manos en el delantal.

—No. Pero te está esperando en la oficina. —Mrs. Fletcher bajó la voz— Alísate el cuello y ten cuidado con lo que dices.

A Sarah se le encogió el estómago mientras seguía a la mujer mayor por la fábrica. Ante el despacho de Thorne, Mrs. Fletcher asintió levemente antes de regresar a la sala de nudos.

Sarah llamó a la puerta.

—Adelante.

Él estaba sentado tras su escritorio, con su expresión agria especialmente acentuada aquel día. Para sorpresa de Sarah, un hombre bien vestido al que no reconoció aguardaba junto a la ventana.

—Dobbs —dijo Thorne sin preámbulos— Este es el señor Rhodes, el secretario personal del señor Bailey. Tiene un mensaje para ti.

El señor Rhodes dio un paso al frente. —Señorita Dobbs. El señor Edward Bailey solicita su presencia en la casa principal de inmediato.

Sarah parpadeó. —¿En la casa principal? ¿Para qué?

—No te corresponde cuestionarlo —intervino Thorne— El señor Bailey no convoca a las chicas de la fábrica sin un motivo.

—Debo escoltarla —dijo Rhodes, consultando su reloj de bolsillo — El tiempo del señor Bailey es valioso.

—¿Ahora? Pero mi trabajo…

—Ha quedado dispensada por esta mañana —remató Thorne— Ve con el señor Rhodes.

Sarah no tuvo más remedio que seguir al secretario fuera de la fábrica. Cruzar el patio le resultó surrealista, ya que marcharse durante las horas de trabajo sin haber sido despedida era algo inaudito. Los trabajadores la observaban desde las ventanas a su paso.

—¿Por qué quiere verme el señor Bailey? —intentó preguntar de nuevo mientras se aproximaban a la imponente mansión Bailey.

—Eso es asunto del señor Bailey —respondió Rhodes sin mirarla —. Aunque tengo entendido que se trata de un puesto.

—¿Un puesto?

Rhodes no dio más detalles y la condujo por la entrada del servicio, en la parte trasera de la casa. El personal de cocina levantó la vista con sorpresa cuando pasaron; una joven criada estuvo a punto de soltar la bandeja que llevaba.

Sarah nunca había estado dentro del hogar de los Bailey. Su grandeza la impactó de inmediato. Había maderas relucientes, telas costosas y una amplitud totalmente ajena a alguien criado en hospicios y dormitorios comunes. En esa sola casa podrían caber cómodamente treinta familias de la fábrica, o más.

Rhodes se detuvo ante una pesada puerta de roble y llamó dos veces antes de abrirla. —La señorita Dobbs, señor, como solicitó.

Edward Bailey estaba sentado tras un escritorio macizo, con papeles dispuestos en pilas precisas ante él. Levantó la vista y su parecido con Daniel resultó asombroso, aunque fundamentalmente distinto. Eran las mismas facciones dispuestas en una expresión más dura, los mismos ojos pero sin calidez alguna.

—Eso será todo, Rhodes —dijo, haciendo un gesto de despedida.

El secretario hizo una leve reverencia y se retiró, cerrando la puerta y dejando a Sarah de pie, incómoda, en el centro de la sala.

—Sarah Dobbs. —Bailey la observó durante un buen rato antes de hablar— Siéntate.

Ella se acomodó en el borde de la silla indicada y entrelazó las manos en el regazo.

—¿Sabes por qué te he llamado? —preguntó Bailey, dejando la pluma.

—No, señor.

—Tengo una propuesta para ti. —Se reclinó en su silla— Me veo en la necesidad de ampliar el personal doméstico. Ha quedado vacante un puesto que podría convenirte.

Sarah lo miró, confundida. —¿Quiere que trabaje en su casa?

—Una asistente personal, por así decirlo. —Sus ojos la recorrieron de una forma que le erizó la piel— Tendrías tu propia habitación, mejor comida y el doble del salario que ganas en la fábrica.

—No lo entiendo. ¿Por qué yo? No tengo formación en el servicio doméstico.

La boca de Bailey se curvó en algo que no llegaba a ser una sonrisa. —Digamos que he oído cosas prometedoras sobre tus... habilidades. Tendrías tareas especiales y responderías directamente ante mí, en lugar de ante el ama de llaves.

El modo en que pronunció «tareas especiales» hizo que a Sarah se le revolviera el estómago. Había oído historias sobre hombres que tomaban «asistentes personales» de entre las trabajadoras más bonitas. No era más que una versión dignificada de ir a la casa de Madame Abbess.

—Me honra la oferta, señor —dijo ella con cautela—. Pero estoy satisfecha con mi puesto en la fábrica.

La expresión de Bailey se endureció. —¿Satisfecha? ¿Con el ruido y la suciedad? ¿Con la mitad del sueldo y ninguna de las comodidades? Le estoy ofreciendo una oportunidad por la que la mayoría de las chicas de la fábrica matarían.

—Tal vez lo harían, señor. Pero conozco mi trabajo en la fábrica y se me da bien.

—Esta renuencia... —Bailey entrecerró los ojos— No tendrá nada que ver con mi hijo, ¿verdad?

A Sarah le dio un vuelco el corazón. —No lo entiendo, señor.

—Oh, creo que sí. —Se levantó y rodeó el escritorio para apoyarse en él, hasta quedar demasiado cerca para su comodidad— ¿Crees que no sé nada de tus pequeños encuentros en la biblioteca y del repentino interés de Daniel por hacer algo respecto a las condiciones de trabajo?

—El señor Bailey y yo solo hemos hablado de libros —dijo Sarah, luchando por mantener la voz firme— Nada impropio.

Él soltó una carcajada, un sonido hueco. —Nada impropio. Qué pintoresco. Permíteme ser perfectamente claro, señorita Dobbs. Mi hijo puede estar pasando por una fase rebelde, pero es un Bailey. Tiene un futuro que no incluye a chicas de la fábrica, por muy guapas o instruidas que sean.

—Nunca he pretendido lo contrario, señor. —Sarah se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué rechazas mi generosa oferta? ¿A qué aspiras? —Bailey se inclinó más hacia ella— ¿Imaginas que mi hijo te elevará de algún modo y te convertirá en una dama? Créeme, muchacha, para Daniel tú no es más que una curiosidad y una distracción temporal.

—No conoce usted muy bien a su hijo si cree eso —dijo Sarah antes de poder contenerse.

Los ojos de Bailey se abrieron de par en par un instante antes de estrecharse en dos peligrosas rendijas. —¿Y tú crees que lo conoce mejor? Qué ingenuidad tan encantadora.

Sarah se puso de pie, incapaz de permanecer sentada por más tiempo con él cerniéndose sobre ella. —Nunca he deseado nada que no me correspondiera tener, señor Bailey. Sé cuál es mi lugar en este mundo.

—¿Ah, sí? Porque desde donde yo estoy, parece que lo estás olvidando por completo. —Su voz bajó de tono— Las chicas guapas como tú que se salen de la raya no duran mucho en un empleo

respetable. Madame Abbess siempre busca caras nuevas para su establecimiento. ¿Es ahí donde preferirías terminar?

La amenaza quedó flotando en el aire, flagrante y vil. Sarah luchó contra el temblor de sus piernas.

—Preferiría volver a mi trabajo en la fábrica, señor —dijo, con voz más firme de lo que se sentía—. Le agradezco su consideración, pero debo declinar la oferta.

Bailey la miró como si de pronto hubiera hablado en un idioma extranjero. Pocas personas le negaban algo a Edward Bailey, y desde luego ninguna chica de la fábrica lo había hecho jamás.

—Te das cuenta de que podría despedirte de inmediato y sin referencias.

—Sí, señor. Pero no he hecho nada que justifique un despido, y el *Northern Review* parece bastante interesado en ese tipo de prácticas últimamente. —Sarah le sostuvo la mirada, sorprendiéndose incluso a sí misma con su audacia.

—No eres tan lista como te crees, señorita Dobbs. —Él regresó a su asiento tras el escritorio— Puedes volver a la fábrica por ahora. Pero recuerda esta conversación cuando llegue el invierno y estés tiritando en ese dormitorio lleno de corrientes de aire. Recuérdala cuando te sangren los dedos por las quemaduras de la cuerda y tus pulmones se colapsen por el polvo del algodón.

—Así lo haré, señor. —Sarah se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo— Y tal vez usted también podría recordar algo. Su hijo es mejor hombre de lo que usted cree.

Antes de que él pudiera responder, salió de la estancia, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí. Consiguió mantener la compostura al cruzar el gran vestíbulo, al pasar ante las miradas curiosas del servicio de cocina y al traspasar las puertas traseras de la propiedad de los Bailey.

Solo cuando llegó a la pequeña arboleda que separaba la mansión de la fábrica le fallaron finalmente las piernas. Sarah se dejó caer sobre la hierba bajo un viejo roble, con todo el cuerpo temblándole mientras la realidad de lo que acababa de suceder y de lo que acababa de hacer caía sobre ella.

Edward Bailey prácticamente le había hecho una proposición indecente, la había amenazado, y ella se lo había negado a la cara. Le había replicado al hombre más poderoso de Lancashire. Su trabajo, su reputación y posiblemente su propia seguridad pendían ahora del hilo más fino.

Sarah se apretó las manos contra la boca para ahogar los sollozos que le desgarraban el pecho.

—¿Sarah? ¡Santo Dios! ¿Qué ha pasado?

Levantó la vista y encontró a Tommy Briggs a unos pasos de distancia, con una expresión que pasaba de la sorpresa a la preocupación.

—Nada. Estoy bien. —Sarah se limpió el rostro apresuradamente —. ¿No deberías estar trabajando?

—Se ha roto la máquina de cardado. Estamos parados hasta que la arreglen. —Tommy se puso en cuclillas a su lado—. Es evidente que no estás bien. ¿Qué sucede? ¿Por qué no estás en la sala de nudos?

—He tenido una reunión con Edward Bailey —dijo ella apresuradamente— Me ha ofrecido un puesto en su casa. Como su «asistente personal» con «tareas especiales».

El rostro de Tommy se ensombreció al comprenderlo. —Ese viejo libertino. ¿Te ha tocado? Si te ha puesto una mano encima, juro que...

—No me ha tocado. —Sarah sacudió la cabeza— Pero su intención estaba bastante clara. Y cuando me he negado, me ha amenazado.

—Maldito bastardo —masculló Tommy— ¿Qué ha dicho?

—Que me despediría. Y... —Sarah tragó saliva con dificultad— Ha mencionado que terminaría en la casa de Madame Abbess.

Tommy se sentó pesadamente junto a ella, con su joven rostro tenso por la ira. —No puede enviarte a un burdel solo por rechazarlo.

—Puede hacer lo que quiera. Es Edward Bailey.

—El artículo del *Northern Review* lo tiene nervioso —dijo Tommy — Por eso está arremetiendo contra todos. ¿Pero por qué ir a por ti

específicamente? ¿Por qué no a por Annie o a por cualquier otra chica?

Sarah vaciló. —Sabe lo de Daniel y yo.

—¿Daniel? ¿Te refieres al joven señor Bailey? —Tommy arqueó las cejas— ¿Qué pasa con él?

—Nos hemos estado viendo en la biblioteca los domingos. —Decirlo en voz alta lo hacía parecer a la vez más y menos importante de lo que se sentía.

—¿Eh? —La expresión de Tommy era de escepticismo.

Sarah se secó las últimas lágrimas. —Solo hablamos, eso es todo.

—Pero te gusta —dijo Tommy. No era una pregunta.

Sarah se miró las manos. —No importa si me gusta o no. Su padre lo ha dejado perfectamente claro.

—¿Qué ha dicho ese viejo tirano?

—Que no soy nada para él más que una curiosidad. —Las palabras aún escocían, y repetirlas no servía para mitigar su dolor—. Tiene razón, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser yo?

Tommy resopló. —Bailey tiene razón con la misma frecuencia que un reloj estropeado. ¿No has pensado que tal vez su hijo ve algo en ti que vale la pena ver?

—No seas ridículo. El mundo de Daniel y el mío no se cruzan excepto por azar o por caridad.

—Y sin embargo lo llamas Daniel, no señor Bailey. —Tommy le dio un suave empujoncito en el hombro—. Mira, no digo que no sea complicado. Sabe Dios que lo es. Pero si algo he aprendido observando a mi tía, es que la gente no siempre está limitada por lo que se espera de ella.

—Tu tía es una tendera que hace unos pasteles excelentes. Difícilmente es lo mismo que cruzar barreras de clase que han existido durante siglos.

—Eso lo dice la chica de la fábrica que acaba de mandarle a Edward Bailey su propuesta indecente por donde le quepa. —Tommy sonrió—. Acéptalo, Sarah. Nunca has sido de las que se quedan en el lugar que les asignan.

Sarah se descubrió sonriendo. —No puedo creer que me haya enfrentado a él. Nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

—Solo es un hombre. Un hombre rico, poderoso y peligroso, pero solo un hombre. —Tommy arrancó una brizna de hierba y la retorció entre los dedos—. ¿Qué vas a hacer con respecto a su hijo?

—Nada. ¿Qué puedo hacer? Su padre tiene razón en una cosa: Daniel tiene un futuro en el que yo no figuro.

—Tal vez. O tal vez algo cambie. —Tommy miró hacia la fábrica —. Quiero decir que las cosas ya no son iguales a como eran hace tan solo un mes.

—Eso no cambia quién es Daniel. Ni quién soy yo.

—No. Pero podría cambiar lo que es posible. —Tommy se puso de pie y le tendió la mano— Anda, ven. Tus lágrimas han arruinado media pradera. Mrs. Fletcher se preguntará dónde te has metido.

Sarah aceptó su ayuda y se sacudió la falda. —Gracias. Por escucharme.

—Cuando quieras. Para eso están los amigos. —La observó un momento— Por lo que vale, creo que el joven Bailey tiene suerte de haber despertado tu interés, por muy breve o imposible que sea.

—Vale más de lo que crees —dijo Sarah en voz baja— Ahora, cuéntame lo de esa máquina de cardado rota. ¿Has tenido algo que ver?

La expresión de inocencia de Tommy fue tan exagerada que Sarah no pudo evitar reírse.

—¿Yo? ¿Sabotear una máquina de cardado? Me ofende que sugieras tal cosa. —Tommy se llevó una mano al corazón con fingida indignación— Aunque si alguien dejara caer accidentalmente una hebilla de metal en los engranajes y luego volviera a colocar las protecciones para que nadie pudiera verlo hasta que la máquina estuviera funcionando a toda velocidad... bueno, sería algo bastante ingenioso, ¿no crees?

Sarah sacudió la cabeza, pero mantuvo la sonrisa. —Eres imposible.

—Eso me han dicho. Normalmente justo antes de hacer algo extremadamente posible que nadie esperaba. —Le ofreció el brazo con un gesto caballeresco exagerado— ¿Me permite escoltarla de regreso a su lugar de empleo, señorita Dobbs?

—Me lo permite, señor Briggs —respondió Sarah, cogiéndose de su brazo— Aunque si alguien pregunta, nunca nos vimos y, por supuesto, yo no estaba llorando bajo un árbol.

—¿Llorar? ¿Tú? No tengo ni la más remota idea de qué me hablas. —Tommy le guiñó un ojo.

DANIEL



El salón de desayunos estaba sumido en un denso silencio, roto únicamente por el tintineo de los cubiertos contra la fina porcelana. Daniel removía los huevos en su plato. Había perdido el apetito al sentir la mirada de su padre clavada en él desde el otro lado de la mesa. Elizabeth Bailey mantenía los ojos fijos en su taza de té.

—¿Y bien? —Edward Bailey rompió finalmente el silencio—. Supongo que has hecho lo necesario y has preparado tu declaración para el Northern Review.

Daniel soltó el tenedor. —No lo he hecho.

—Ya veo. —La voz de Edward permanecía extrañamente calmada —. Quizá hayas malinterpretado nuestra conversación. Esto no es una petición. Es un requisito.

—Lo he entendido perfectamente —respondió Daniel, sosteniéndole la mirada a su padre—. No voy a desmentir la verdad porque cada palabra de ese artículo es exacta.

—La exactitud es irrelevante. Lo que importa es la lealtad. —Los nudillos de Edward blanquearon alrededor del mango de su cuchillo —. Ese artículo ya nos ha costado un contrato con los mercaderes textiles de Whitby. No quieren que se les asocie con una fábrica descrita como «barbárica» e «inhumana».

—Quizá deberían reconsiderar sus estándares en lugar de sus asociaciones.

El control de Edward flaqueó. —¿Cómo te atreves? Después de todo lo que he construido para esta familia…

—¿Construido sobre qué, padre? ¿Sobre las espaldas rotas de los niños y la desesperación de familias que no pueden sobrevivir con los salarios que pagas? —Daniel apartó su plato—. He visto los libros de contabilidad. Los beneficios que obtienes permitirían fácilmente unas condiciones mejores.

—No entiendes nada de negocios.

—Entiendo lo suficiente sobre la humanidad.

Elizabeth se removió incómoda. —Quizá sería mejor continuar esta conversación en privado…

—No, Elizabeth —la cortó Edward—. Nuestro hijo se cree la autoridad moral en la gestión de fábricas. Deja que diga lo que tenga que decir en la mesa familiar. —Se volvió hacia Daniel—. Adelante, pues. Cuéntanos cómo hundirías la fábrica Bailey con tus ideales universitarios.

—Empezaría por abolir el sistema de multas. Es un robo, pura y llanamente. —La voz de Daniel cobró fuerza—. Luego subiría los salarios a algo con lo que la gente pueda vivir de verdad. Mejoraría las medidas de seguridad y reduciría los turnos de los niños.

Edward soltó una carcajada burlona. —Brillante. Y observa cómo todos los demás dueños de fábricas de Lancashire bajan sus precios más que nosotros y nos roban los contratos. Estaríamos en quiebra en un año.

—No si diéramos ejemplo. No si demostráramos que tratar a los trabajadores como seres humanos mejora en realidad la productividad y la calidad.

—Eso no es más que una fantasía. El producto de una mente que nunca ha tenido que tomar decisiones difíciles. —Edward se limpió la boca—. Esta es mi última oferta, Daniel. Haz que ese advenedizo publique una retractación, discúlpate por tu falta de juicio y todo será perdonado.

—¿Y si me niego?

—Entonces tienes prohibida la entrada a cualquier operación de la fábrica, con efecto inmediato. Permanecerás confinado en la finca hasta que entres en razón. —La expresión de Edward se endureció

—. Nada de visitas al pueblo. Sin acceso a los terrenos de la fábrica. Ningún contacto con ese periodista ni con nadie asociado a él.

Daniel se puso en pie, con la ira rompiendo finalmente su contención. —No puedes confinarme como a un niño. Tengo veintidós años.

—Vives bajo mi techo, comes mi comida, gastas mi dinero. —Edward se levantó también, con su imponente figura rígida de furia —. Hasta que demuestres el juicio y la lealtad que esta familia requiere, acatarás mis reglas.

—¿Tus reglas o tu tiranía? —Las manos de Daniel temblaban ligeramente—. El artículo no te ha hecho parecer inhumano, padre. Eso lo has logrado tú solo.

El sonido de la palma de la mano de Edward golpeando la mesa resonó por toda la estancia. Elizabeth se sobresaltó, pero permaneció en silencio.

—Niño ingrato —siseó Edward—. Todo lo que tienes procede de la fábrica que tan ansioso estás por condenar.

—Soy muy consciente de dónde viene nuestro dinero —respondió Daniel—. Precisamente por eso ya no puedo quedarme callado.

—Entonces considérate fuera de este negocio. Los guardias han recibido instrucciones para impedir tu entrada a la fábrica. Tu asignación queda suspendida. —Edward se ajustó el chaleco—. Cuando estés dispuesto a ser razonable, podremos discutir tu regreso al favor de la familia.

—¿Y si ese día no llega nunca?

La mirada de Edward se volvió gélida. —Entonces reza para que la familia de Catherine Harrington esté dispuesta a mantener a un marido sin herencia ni perspectivas.

—Catherine se merece algo mejor que un matrimonio de conveniencia.

—Lo que ella merezca es irrelevante. El compromiso seguirá adelante según lo previsto. —Edward se dirigió hacia la puerta—. Tienes hasta el baile del anuncio para reconsiderar tu postura. Después de eso, ciertas decisiones se vuelven irreversibles.

Daniel se desplomó de nuevo en su silla.

—Hablaba en serio, ya lo sabes —dijo su madre en voz baja—. Tu padre no hace amenazas en vano.

—Lo sé.

—Y aun así lo provocas.

—¿Qué quieres que haga, madre? ¿Fingir que no veo lo que está ocurriendo e ignorar lo que les estamos haciendo a esas personas?

Elizabeth suspiró, alargando la mano sobre la mesa para tocar brevemente la suya. —No critico tus principios, Daniel. Quizá solo tus tácticas.

—¿Crees que debería pedir perdón y retractarme de todo?

—Creo que hay formas de lograr cambios que no implican quemar todas las naves a tu paso. —Lo estudió con la mirada—. Aunque sospecho que ya no estás para escuchar tales consejos.

Daniel se pasó una mano por el pelo. —No puedo retractarme de la verdad, madre. Simplemente no puedo.

—Entonces será mejor que te prepares para lo que viene.

Se sumieron en el silencio. Tras un momento, Daniel miró a su madre con repentina claridad.

—Regentas una casa de acogida —dijo él—. Para chicas que habrían terminado en el establecimiento de Madame Abbess, y las ayudas a encontrar trabajos manuales.

La taza de té de Elizabeth tintineó contra el plato. —¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie ha tenido que decírmelo. Me he fijado en cosas. Tus recados misteriosos y algunos fondos domésticos desviados a gastos varios.

—Siempre has sido demasiado observador para tu propio bien. —La expresión de Elizabeth se suavizó—. Sí. Ayudo cuando puedo.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Tu padre no lo aprobaría. Y necesitaba protegerte de conocimientos que pudieran ponerte en una situación difícil.

—Admiro lo que estás haciendo —dijo Daniel con sinceridad—. Pero, madre, tú también te mereces algo mejor. La forma en que te habla y te desprecia no está bien.

Elizabeth sonrió con tristeza. —Tomé mi decisión hace mucho tiempo, Daniel. He aprendido a encontrar un propósito dentro de

estos límites. —Vaciló—. Pero hay algo que deberías saber. Tu padre mandó llamar a Sarah Dobbs a la casa ayer.

Daniel se tensó. —¿A Sarah? ¿Por qué?

—Le ofreció un puesto en la casa. Como su «asistente personal». —El énfasis de Elizabeth transmitía todo lo que las palabras callaban.

—No lo hizo.

—Lo hizo. Y cuando ella se negó, la amenazó con el despido y cosas peores.

Daniel apretó los puños. —¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a intentar…

—Ella se enfrentó a él —lo interrumpió Elizabeth, con un deje de admiración en la voz—. Lo rechazó de plano y se marchó con su dignidad intacta. Me enteré por el personal de cocina; estaban muy impresionados.

—¿Está a salvo? ¿Crees que tomará represalias?

—Por ahora, creo que está demasiado impactado por el hecho de que una chica de la fábrica lo haya rechazado como para hacer algo de inmediato. —Elizabeth estudió el rostro de su hijo—. Te importa, ¿verdad?

Daniel no se molestó en negarlo. —Sí. Aunque parece haber una lista interminable de razones por las que no debería ser así.

—El corazón rara vez consulta a la razón antes de elegir su camino. —Los labios de Elizabeth se curvaron en una pequeña sonrisa—. Debe de ser alguien excepcional, esa Sarah Dobbs.

—Lo es. —Daniel se vio sonriendo a pesar de todo—. Es inteligente, directa, firme y ve las cosas como son.

—Entonces parece exactamente el tipo de persona que necesitas en tu vida. —Elizabeth volvió a cogerle la mano y se la apretó suavemente—. Sea cual sea el camino que elijas, Daniel, tienes mi bendición.

—¿Incluso si ese camino me aleja de todo lo que padre ha planeado?

—Especialmente entonces. —Los ojos de Elizabeth brillaron con una inesperada picardía—. Yo me casé por beneficio familiar y posición social. Quizá sea hora de que un Bailey se case por algo mejor.

—Gracias, madre. —Daniel sintió que se le quitaba un peso de encima, uno que no había reconocido plenamente hasta ese momento—. Aunque me estoy adelantando bastante. Sarah ha dejado muy claro que cualquier amistad entre nosotros ya es bastante complicada sin añadir más enredos.

—Es una chica sensata. —Elizabeth asintió con aprobación—. Pero se sabe que la gente sensata cambia de opinión cuando se presenta la oportunidad adecuada.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron. Entró Arthur.

—Perdonen la intrusión, pero la señorita Catherine Harrington ha llegado para su paseo por el jardín. —Sus ojos transmitían una silenciosa simpatía—. Está esperando en el salón sur.

—¿Ya? No se la esperaba hasta el mediodía. —Daniel gimió—. Por favor, dile que iré enseguida.

Cuando Arthur se retiró, Elizabeth soltó una risita. —Las tribulaciones de ser un soltero codiciado.

—Esto no ayuda, madre. —Daniel se levantó a regañadientes—. Catherine me llenará la cabeza de preparativos de boda en los que no tengo intención de participar.

—Considéralo una práctica. —Elizabeth se levantó también, alisándose la falda—. Una habilidad que necesitarás si planeas rehacer el legado de la familia Bailey.

—La diplomacia nunca ha sido mi fuerte.

—Entonces quizá sea hora de desarrollar nuevas fortalezas. —Le besó ligeramente la mejilla—. Buena suerte con Catherine.

Daniel observó a su madre marcharse. ¿Qué más se le había pasado por alto al dar por hecho, por su apariencia, que ella era frágil?

Catherine estaba esperando sentada en el salón sur, con su vestido azul dispuesto en pliegues perfectos a su alrededor en el sofá. Un gran portafolios descansaba en su regazo, y varias muestras de tela estaban extendidas sobre la mesa frente a ella.

Se iluminó cuando Daniel entró. —¡Ahí estás! Espero que no te importe que haya llegado temprano. Estaba simplemente demasiado emocionada para esperar.

—Por supuesto que no —mintió Daniel con soltura—. Aunque debo admitir que no estoy en mi mejor momento esta mañana.

—¿Ah, sí? —Catherine frunció el ceño con delicadeza—. Nada grave, espero.

—Solo una desavenencia con mi padre.

—Ah. —Le quitó importancia con un gesto—. Asuntos de hombres. Bueno, tengo algo que te animará muchísimo. ¿Paseamos por el jardín? El tiempo es perfecto para revisar mis ideas.

Daniel le ofreció el brazo y se dirigieron al jardín del patio. Catherine los guio inmediatamente hacia un banco de piedra parcialmente a la sombra de un árbol en flor.

—Veamos —dijo ella, abriendo su portafolios con entusiasmo—. He seleccionado varias muestras de encaje para la boda. La pieza más exquisita viene de la fábrica Jenkins en Yorkshire. —Extrajo un delicado trozo de encaje blanco—. Siente lo fino que es. Casi como telarañas.

Daniel tocó el encaje a regañadientes. —Es muy… intrincado.

—Son producidos por los niños encajeros más hábiles de Inglaterra —anunció Catherine con orgullo—. Algunos de tan solo seis años, con los dedos más diminutos que puedas imaginar. Perfectos para los detalles más sutiles.

—¿Seis años? —Daniel frunció el ceño—. Eso me parece extraordinariamente temprano para un trabajo así.

—Oh, empiezan su formación a los cuatro, pero no producen trabajos de calidad de exportación hasta los seis o siete —continuó Catherine, ajena a la incomodidad de él—. La familia Jenkins dice que la vista de los niños es más aguda antes de los diez, así que obtienen el mejor trabajo en esos primeros años.

—¿Y qué pasa con ellos después de los diez?

Catherine levantó la vista, extrañada por su tono. —Supongo que pasan a otras tareas. No he preguntado por esos detalles.

—Tal vez deberías hacerlo. —Daniel no pudo evitar el tono cortante en su voz—. Antes de comprar productos hechos por niños que probablemente estarán ciegos a los quince.

—Daniel —Catherine rió ligeramente—, estás siendo adorablemente ingenuo. Así es como siempre se ha fabricado el

encaje fino. ¿Acaso pretendes que volvamos a la época oscura de los productos inferiores solo porque la sensibilidad moderna se ha vuelto blanda?

—Pretendo que consideremos el coste humano de nuestros lujos.

—A las personas en cuestión se les paga por su trabajo —señaló Catherine—. Muchos no tendrían ingresos de otro modo. En realidad, es un acto de bondad proporcionarles empleo.

Daniel la miró, viéndola de verdad quizás por primera vez. —¿Un acto de bondad? ¿Poner a un niño de cuatro años a trabajar en costuras delicadas que le arruinarán la vista?

—Estás exagerando las penurias. —Catherine le dio palmaditas en la mano como si estuviera calmando a un niño—. Esas nociones tuyas son encantadoras a su manera, pero ya se te pasarán cuando estemos casados. Mi padre dice que todos los jóvenes pasan por una fase de idealismo poco práctico.

—Esto no es una fase, Catherine. —Daniel apartó las muestras de encaje—. Es una diferencia fundamental en nuestra forma de ver el mundo.

—Qué cosa más extraña de decir. —Ella ladeó la cabeza, estudiándolo—. Vemos el mundo exactamente como fuimos criados para verlo, como personas de nuestra clase y posición. Es de esperar que haya alguna rebelión juvenil ocasional contra las convenciones, pero eso pasa.

—¿Y si no pasa?

—Siempre pasa. —La certeza de Catherine era absoluta—. Una vez que tengas las responsabilidades de un esposo y futuro dueño de una fábrica, estas fantasías darán paso de forma natural a consideraciones prácticas.

—¿Y si yo no quiero que sea así?

Catherine rió de nuevo. —Hablas como si tuvieras elección en el asunto. La sociedad funciona porque todos acabamos aceptando nuestro papel correspondiente. —Le cogió la mano—. Ahora, sobre el banquete de boda. He estado considerando un menú de inspiración francesa…

—Catherine…

—¿Sí?

—Este matrimonio no puede celebrarse…

SARAH



Sarah recorrió con la yema del dedo el desgastado lomo de cuero de *Historia de dos ciudades*. La pequeña biblioteca estaba vacía a excepción de ella. Le dolían las piernas de haber estado de pie todo el día en el banco de trabajo, pero había caminado directamente hasta allí después de su turno en lugar de irse a cenar.

Hacía tres días que no veía a Daniel. Tres días desde su última conversación, cuando ella se había distanciado de lo que fuera que se estuviera fraguando entre ellos. ¿Había sido demasiado dura, demasiado rápida en levantar un muro entre ambos? Las preguntas la acosaban como un hilo suelto del que no podía dejar de tirar.

La puerta chirrió al abrirse detrás de ella. Sarah se giró, esperando y deseando ver a Daniel. En su lugar, entró Arthur Evans, con su postura impecable de siempre. Llevaba un paquete envuelto en papel marrón.

—Señorita Dobbs —inclinó levemente la cabeza—. Espero no molestarla.

—En absoluto, Sr. Evans. —Sarah se irguió, de repente cohibida.

—El Sr. Bailey me ha pedido que le entregue esto —le tendió el paquete—. Lamenta no poder traerlo él mismo.

Sarah lo aceptó. —Gracias.

Arthur se demoró un momento, como si quisiera decir algo más, pero se limitó a asentir con la cabeza. —Buenas tardes, señorita

Dobbs.

Se marchó tan silenciosamente como había llegado, y la puerta se cerró con un suave clic tras él.

Sarah esperó hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció antes de desenvolver el paquete. Dentro había un ejemplar encuadernado en cuero de *Grandes esperanzas* y una carta doblada. El corazón le dio un vuelco.

Rompió el sello y desdobló el papel.

Querida Sarah:

Espero que esta carta te encuentre bien. Mi padre me ha confinado en la finca. Es el precio por mi implicación en el artículo de la Northern Review. Nada de visitas a la fábrica, nada de excursiones al pueblo y, lo más decepcionante, nada de encuentros dominicales en nuestra biblioteca. (Sí, he llegado a pensar en ella como «nuestra», por presuntuoso que resulte).

En primer lugar, y lo más importante, mi madre me ha contado la citación de mi padre y su inapropiada «oferta». Estoy mortificado y furioso por lo que te ha hecho pasar. Por favor, ten por seguro que yo no sabía nada de sus intenciones, aunque eso difícilmente excusa lo ocurrido. Tu valor al plantarle cara es admirable, aunque no me sorprende.

En cuanto a mi situación, se ha vuelto bastante medieval. Mi padre me ha suspendido la asignación y me ha prohibido participar en las operaciones de la fábrica.

He incluido «Grandes esperanzas» porque el viaje de Pip de la ignorancia a la comprensión refleja el mío propio de muchas maneras. Aunque me atrevería a decir que tú serías una Estella mucho más fascinante que la original.

Echo de menos nuestras conversaciones. La biblioteca es un lugar más pobre sin ti en ella.

Tuyo,

Daniel

Sarah dio la vuelta a la carta y notó unas minúsculas palabras apretujadas en el margen inferior:

P. D.: Espero que algún día puedas aceptar mi oferta de amistad.

El calor le subió al rostro. Deslizó los dedos sobre las palabras como si pudieran disolverse bajo su tacto.

—Qué hombre tan ridículo —murmuró, pero no pudo evitar que una sonrisa se extendiera por su cara.

Se guardó la carta en el bolsillo y volvió a envolver el libro en el papel marrón. Con reticencia, abandonó el santuario de la biblioteca y salió al aire fresco del atardecer.

—¡Ahí estás!

Tommy estaba apoyado contra el muro del patio de la fábrica y se incorporó al verla. Sarah se detuvo en seco al mirarlo. Tenía el ojo izquierdo tan hinchado que casi no podía abrirlo, y un hematoma morado le florecía sobre el pómulo.

—¡Cielo santo! ¿Qué te ha pasado en la cara? —Sarah se acercó deprisa.

—Me choqué con una puerta. —Tommy sonrió y luego hizo una mueca de dolor por el movimiento—. Una puerta con la forma de los nuevos guardias de seguridad de Bailey.

—¡Dios mío! —Sarah miró a su alrededor con nerviosismo—. ¿Estás bien?

Tommy se puso a su lado mientras se dirigían hacia las puertas de la fábrica. —Aunque preferiría no encontrarme con más matones a sueldo de Bailey hoy.

—¿Cuándo ha pasado esto?

—Esta mañana. Dos hombres me pillaron repartiendo hojas de petición cerca del cobertizo de tejido. —Tommy se tocó el ojo amoratado con cautela—. Dijeron que estaban «entregando un mensaje de la dirección sobre el comportamiento laboral apropiado».

A Sarah se le revolvió el estómago. —Podrían haberte matado.

—Qué va, fueron cuidadosos. Solo son moratones, no hay nada roto. No pueden permitir que los obreros piensen que los asesinan por alzar la voz. —El tono ligero de Tommy no encajaba con la dureza de su ojo sano—. Además, conseguimos quince firmas más antes de que aparecieran.

—¿Vale la pena? —Señaló su rostro.

—Alguien tiene que dar la cara, Sarah. —Tommy se encogió de hombros—. Pues que sea yo. Mi cara bonita estaba sobrevalorada de

todos modos.

Sarah sacudió la cabeza. —Eres imposible.

—Eso lo dices siempre. Pero aquí estoy. ¿Te gustaría ir a cenar a casa de mi tía? —Tommy le ofreció el brazo con una galantería exagerada—. ¿O preferirías no hacerlo?

—Claro que me gustaría. Me muero de hambre. —Sarah lo cogió del brazo—. ¿Sabe la Sra. Winters que te has estado buscando peleas con los hombres de Bailey?

—No ha sido exactamente mi elección de pareja de baile —protestó Tommy—. Y no, no lo sabe. Así que no digas nada al respecto, ¿quieres? Solo servirá para preocuparla.

La pequeña casa de la Sra. Winters estaba detrás de su panadería, con una luz cálida brillando en las ventanas. Tommy llamó a la puerta y el corazón de Sarah dio un salto cuando se abrió para revelar a Annie en el umbral.

—¡Sarah! —Annie rodeó con sus brazos a su amiga—. ¡No estaba segura de si vendrías!

Sarah le devolvió el abrazo con fuerza. —Te he echado mucho de menos.

—Yo también. Ha sido insufrible sin ti. —Annie se apartó para mirarla—. Pareces cansada. ¿Te están haciendo trabajar demasiado? ¿Sigue ese odioso Hawk...? —Se detuvo de repente al reparar en Tommy. Su expresión se enfrió—. Ah. Hola.

—Hola, Annie. —Tommy se movió incómodo—. Te veo bien.

Los ojos de Annie se abrieron de par en par al ver su cara magullada. —¿Qué te ha pasado?

—Nada importante. —Tommy intentó sonreír, pero en su lugar hizo una mueca.

Annie pareció querer decir algo más, pero apretó los labios y dio un paso atrás. —Entrad. La Sra. Winters tiene la cena lista.

La pequeña cocina olía maravillosamente a carne asada y pan recién horneado. La Sra. Winters estaba ante los fogones, con su cabello canoso escapando de las horquillas en todas direcciones.

—¡Aquí estáis, hijos! ¡Puntuales! —Se giró y luego soltó un grito —. ¡Thomas Briggs! ¿Qué en nombre de Dios te ha pasado en la cara?

—Me caí —dijo Tommy rápidamente.

—Sobre el puño de alguien, por lo que parece. —La Sra. Winters se puso las manos en las caderas—. ¿Quién ha sido? ¿Esos chicos Clayton otra vez?

—No importa, tía Bess. —Tommy miró a Annie, que evitaba su mirada a conciencia—. Estoy bien.

—Sentaos todos. —La Sra. Winters les indicó la mesa—. Annie ha hecho unas tartaletas de manzana maravillosas para el postre. La chica tiene un don para la repostería.

Annie se sonrojó. —No tienen nada de especial.

—¡Tonterías! —La Sra. Winters empezó a servir el estofado—. Ha sido una bendición estas últimas semanas. Incluso le he enseñado a llevar la caja.

—Eso es estupendo —dijo Sarah, sinceramente complacida—. Te has adaptado rápido.

—He tenido suerte —dijo Annie en voz baja—. No todo el mundo tiene a dónde ir cuando lo despiden.

Sus ojos se desviaron hacia la cara amoratada de Tommy. Era evidente que estaba preocupada.

Tommy se dio cuenta. —Parece peor de lo que es.

—No te he preguntado —respondió Annie con rigidez.

Sarah le dio una patada a Tommy por debajo de la mesa. Él se aclaró la garganta.

—Annie —empezó él—, sé que no quieres oírlo, pero lo siento. Por todo. Tú tenías razón y yo no, y me he arrepentido cada día desde que te fuiste.

Annie siguió comiendo su estofado sin levantar la vista.

—Tu panfleto me costó mi trabajo y mi casa —dijo ella suavemente.

—Lo sé. —Tommy apartó su cuenco—. Y daría lo que fuera por dar marcha atrás. Fui estúpido y temerario, y te puse en peligro sin pensar.

—Sí, lo hiciste.

—Te echo de menos —dijo Tommy con sencillez—. No solo como... lo que sea que podríamos haber sido. Sino como mi amiga. La única persona que veía más allá de todas mis tonterías.

Annie levantó la vista. —Tienes muchas tonterías que ver más allá.

—Cada día más —admitió Tommy—. Y nadie que me diga cuándo me estoy portando como un idiota.

—Nunca escuchabas de todos modos.

—Ahora escucho. —Tommy se inclinó hacia delante—. Escucho y pido otra oportunidad. No para nada más que para estar en tu vida de nuevo, bajo tus condiciones.

Annie lo estudió, observando su rostro magullado y su expresión suplicante. —¿Sigues metido en todo eso, verdad? Nada ha cambiado.

—Algunas cosas sí. —Tommy miró a Sarah—. Intento ser más inteligente y tener más cuidado.

—¿A esto es a lo que llamas tener cuidado? —Annie señaló su cara.

—Esto es un contratiempo temporal en mi nuevo enfoque prudente hacia el cambio social. —Tommy esbozó una sonrisa cautelosa.

Los labios de Annie temblaron. —Eres imposible.

—Eso dicen. —La sonrisa de Tommy se ensanchó—. Con frecuencia.

—Deja de sonreír. No ayuda a tu causa. —Pero la expresión severa de Annie se había suavizado—. Tu ojo necesita una compresa fría. Se está hinchando más por momentos.

—¿Significa eso que me perdonas? —preguntó Tommy esperanzado.

—Significa que tu cara es un desastre y no soporto verla sin hacer algo al respecto. —Annie se levantó y fue al armario, sacando un paño limpio—. Sra. Winters, ¿tienes algo de hielo?

—En la nevera de la tienda, cielo. —La Sra. Winters guiñó un ojo a Sarah mientras Annie salía de la habitación—. El amor joven. Qué dramático es.

—No somos... —empezó Tommy.

—Oh, calla. —La Sra. Winters lo despachó con un gesto—. Ahora, Sarah, dime qué tal has estado. ¿Alguna novedad?

Sarah pensó en la carta de Daniel que llevaba en el bolsillo. —Nada emocionante.

—¿Ah, sí? Porque he oído que el joven Sr. Bailey tiene prohibida la entrada a la fábrica por orden de su padre. —La Sra. Winters arqueó una ceja.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sarah, sorprendida.

—El primo de su ama de llaves trabaja en la taberna local. —La Sra. Winters sirvió más estofado en el cuenco de Sarah—. Al parecer hubo una buena bronca. El viejo está furioso porque su hijo habló con ese periodista.

Annie regresó con un fardo de hielo envuelto en un paño. —Toma. —Se lo presionó suavemente contra el ojo de Tommy. Él hizo una mueca, pero no se apartó.

—Gracias —dijo él en voz baja.

Annie asintió, dejando que su mano se demorara un momento antes de volver a sentarse, más cerca de Tommy que antes.

—Pero eso no es ni siquiera lo más interesante —continuó la Sra. Winters—. Dicen que el viejo Bailey está acelerando el compromiso con los Harrington. Anunció la fecha de la boda ante la mitad de la élite del condado en la cena de los Marshall anoche.

La cuchara de Sarah chocó contra su cuenco. —¿Qué?

—Así es. Al parecer, es una boda en junio. Todo muy apresurado, pero el viejo está decidido. —La Sra. Winters no pareció notar la reacción de Sarah—. No puedo culpar a la chica por atraparlo. Es guapo, educado y el heredero de la mayor fábrica de Lancashire. Esa Catherine Harrington siempre ha tenido buen ojo para el beneficio.

—La boda es... ¿definitiva, entonces? —preguntó Sarah, esforzándose por mantener un tono casual.

—Según la Sra. Thompson, que se lo oyó a la mismísima doncella de la Sra. Bailey, el anuncio saldrá en los periódicos a finales de semana. —La Sra. Winters se inclinó hacia delante—. Aunque algunos dicen que el joven no parece especialmente entusiasmado con su buena fortuna.

Sarah sintió tres pares de ojos sobre ella. Se concentró en su estofado, sintiendo que el hambre se le quitaba de golpe.

—Eso no es de extrañar —dijo Tommy—. Por lo que he oído, el joven Bailey no está de acuerdo con su padre en casi nada últimamente.

—Bueno, el acuerdo rara vez influye en estos arreglos. —La Sra. Winters se encogió de hombros—. El dinero se casa con el dinero, los negocios se casan con las influencias. Es ley de vida.

—No siempre —dijo Annie suavemente—. Algunas personas eligen de otra manera.

—Cierto es —asintió la Sra. Winters—. Aunque hace falta un tipo especial de valor para desafiar las expectativas. —Miró significativamente a Sarah—. ¿Más estofado, cielo?

—No, gracias. —Sarah logró forzar una sonrisa—. Pero me encantaría probar las tartaletas de manzana de Annie.

La conversación, por suerte, derivó hacia las nuevas habilidades de Annie con el horno y los planes de la Sra. Winters para ampliar la oferta de su tienda. Sarah participó lo suficiente para no levantar sospechas, pero la carta de Daniel parecía quemarle en el costado; las palabras ahora cobraban un matiz agridulce.

Comprometido para casarse. Por supuesto que lo estaba. ¿Qué otra cosa había esperado ella?

Más tarde, cuando se disponían a marcharse, Annie apartó a Sarah.

—Has estado callada toda la noche —le dijo—. ¿Está todo bien?

—Solo cansada —mintió Sarah—. Ha habido mucho trabajo.

Annie le estudió la cara. —Pero no es solo eso, ¿verdad?

Sarah vaciló. —He recibido una carta hoy.

—¿De quién?

—De Daniel Bailey.

Annie abrió mucho los ojos. —¿El hijo del dueño de la fábrica? ¿Por qué iba a...? —La comprensión se reflejó en su rostro—. Oh, Sarah.

—No es nada —dijo Sarah rápidamente—. Hemos hablado un par de veces. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Annie no parecía convencida—. ¿Y la noticia de su compromiso te molesta porque...?

—No me molesta —insistió Sarah—. Es exactamente lo que debe pasar. Lo que siempre pasa.

Annie le apretó la mano. —Sarah Dobbs, nunca se te ha dado bien mentir.

—No hay nada sobre lo que mentir. Él es Daniel Bailey, heredero de la fábrica, y yo soy una anudadora con las manos callosas y sin futuro.

—Y, sin embargo, te escribe cartas.

Sarah no tuvo respuesta para eso.

—Ten cuidado —dijo Annie en voz baja—. Los hombres como él viven en un mundo diferente.

—Lo sé —dijo Sarah—. Mejor que nadie.

DANIEL



Daniel llevaba horas despierto, leyendo informes de todo Lancashire que había conseguido que Arthur introdujera a escondidas. Su confinamiento había convertido su dormitorio tanto en un santuario como en una prisión; era un espacio donde podía pensar libremente, pero no podía actuar según esos pensamientos.

Un suave golpe en la puerta interrumpió su lectura.

—Adelante —dijo Daniel, cubriendo apresuradamente los informes con papel en blanco.

Arthur entró con una bandeja de plata con café y el periódico de la mañana. —El desayuno, señor. Y el periódico de hoy.

—Gracias, Arthur. —Daniel aceptó el café con gratitud—. ¿Hay algo interesante en las noticias?

Arthur vaciló. —Tal vez debería verlo por sí mismo, señor.

Algo en su tono hizo que Daniel alargara la mano hacia el periódico de inmediato. Lo desplegó y se quedó petrificado. Allí, en la página de sociedad, estaba el anuncio:

ANUNCIO DE COMPROMISO

El Sr. Edward Bailey y el Sr. Richard Harrington tienen el placer de anunciar el compromiso de sus hijos, el Sr. Daniel Bailey y la Srta. Catherine Harrington. La boda tendrá lugar en junio en la catedral de San Pablo. La unión une a dos de las familias más prominentes de Lancashire...

La taza en la mano de Daniel chocó ruidosamente contra el platillo. —Realmente lo ha hecho.

—Lo siento, señor. —Arthur permanecía incómodo junto a la puerta —. El anuncio ha aparecido esta mañana tanto en el periódico local como en el Times de Londres.

Daniel se quedó mirando fijamente las palabras, impresas en nítida tinta negra para que todo Lancashire las viera. Su vida, decidida y anunciada sin su consentimiento.

—¿Dónde está mi padre ahora?

—En su despacho, señor. Se reúne con el Sr. Harrington a mediodía para discutir los preparativos de la boda.

Daniel se puso en pie, arrugando el periódico en el puño. —Por favor, informe a mi padre de que deseo hablar con él de inmediato.

—Señor, tal vez cuando esté más tranquilo…

—Ahora, Arthur. —La voz de Daniel no dejaba lugar a discusión—. Por favor.

Arthur asintió y salió. Daniel recorrió la habitación de un lado a otro, con el periódico arrugado todavía apretado en la mano. Para cuando Arthur regresó, se había sumido en una furia fría.

—Su padre le recibirá en su despacho —informó Arthur—. Dice que tiene diez minutos antes de que llegue el Sr. Thorne para su reunión.

—Qué generoso por su parte. —Daniel se ajustó el cuello y se dirigió a la puerta.

—¿Señor? —lo llamó Arthur—. Quizás un enfoque diplomático sería…

—Ya he pasado la fase de la diplomacia, Arthur.

Daniel atravesó los pulidos pasillos de la mansión, asintiendo con brusquedad a los sirvientes que apartaban la mirada rápidamente. Todos habían visto el anuncio, por supuesto. Todo el mundo lo había visto.

Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta del despacho de su padre.

Edward Bailey levantó la vista de su escritorio, sin mostrar sorpresa. —Ah, Daniel. Supongo que has visto los periódicos.

Daniel arrojó el periódico arrugado sobre el inmaculado escritorio de su padre. —Ha anunciado mi compromiso sin mi consentimiento.

—¿Acaso lo necesitaba? —Edward se reclinó en su silla, estudiando a su hijo—. El acuerdo existe desde hace años. Los Harrington están impacientes por proceder. Catherine es una pareja adecuada en todos los sentidos.

—Excepto por el pequeño detalle de que me niego a casarme con ella.

—¿Te niegas? —Edward se rió—. ¿Bajo qué argumentos? ¿Que es hermosa, rica y de buena familia? ¿Que te adora a pesar de tus recientes... excentricidades?

—Bajo el argumento de que no la quiero y nunca la querré. —Daniel apoyó las manos en el escritorio, inclinándose hacia delante—. No lo haré, padre. Anuncia lo que quieras, pero no pienso poner un pie en esa iglesia.

El regocijo de Edward desapareció. —Harás lo que se te diga.

—Ya no soy un niño.

—No, eres mi hijo y el heredero de todo lo que he construido. —Edward se puso en pie, imitando la postura de Daniel—. Y cumplirás con tus obligaciones hacia esta familia.

—¿O qué? ¿Me desheredarás? Ya hemos pasado por esto.

—Esto no se trata solo de tu herencia, Daniel. —La voz de Edward bajó de tono, volviéndose peligrosamente silenciosa—. Se trata de esa chica de la fábrica.

Daniel se quedó helado. —¿Qué?

—Sarah Dobbs. —Edward sonrió con frialdad—. ¿Pensabas que no me enteraría de vuestros pequeños encuentros en la biblioteca? ¿De vuestras cartas? Arthur es leal, pero mi casa tiene muchos ojos y oídos.

—Déjala fuera de esto. —Daniel se enderezó—. Ella no tiene nada que ver con mi decisión.

—¿Ah, no? Empezaste a cuestionar todo lo referente a la fábrica después de conocerla. Ahora rechazas un enlace que cualquier hombre racional aceptaría con los ojos cerrados. —Edward rodeó el escritorio, sin apartar la vista del rostro de su hijo—. Se te ha antojado que estás enamorado de una anudadora.

—Mis sentimientos por Sarah no son asunto tuyo.

—Así que hay sentimientos. —Edward asintió como confirmando una sospecha—. Lo sospeché cuando rechazó mi oferta de empleo.

—Tu "oferta" fue un insulto —espetó Daniel, perdiendo los estribos —. ¿De verdad pensaste que aceptaría convertirse en tu amante?

—Pensé que reconocería una oportunidad para mejorar su posición. —Edward se encogió de hombros—. La mayoría de las chicas de las fábricas lo harían. Son prácticas en lo que a la supervivencia se refiere, si es que no lo son en nada más.

—Ella tiene más dignidad y valor de lo que tú podrías comprender jamás.

—Qué encantador. —La expresión de Edward se endureció—. Déjame ser perfectamente claro, Daniel. No permitiré que mi hijo y

heredero eche a perder su futuro por una huérfana del hospicio que se gana la vida haciendo nudos.

—¿Permitirás? —Daniel soltó una carcajada amarga—. Tú no puedes controlar a quién amo.

—¿Amor? —se mofó Edward—. ¿Así es como lo llamas? ¿A esta fascinación por una cara bonita de la planta de producción?

—Tú no sabes nada de ella.

—Lo sé todo sobre ella. —Edward volvió a su escritorio y sacó una carpeta fina—. Sarah Dobbs. Nacida en 1860. Huérfana a los siete años cuando sus padres murieron de fiebre. Criada en el hospicio de St. Michael hasta los dieciocho años, cuando entró como aprendiza en nuestra fábrica. Actualmente empleada como anudadora desde hace un año y cuatro meses. —Cerró la carpeta—. Absolutamente mediocre en todos los aspectos, salvo por una alfabetización básica y la aparente capacidad de encandilar a mi insensato hijo.

Daniel cerró los puños con fuerza. —¿Ha terminado ya?

—No del todo. —Edward se inclinó hacia delante—. Esta chica no tiene más referencias que la fábrica Bailey, ni conexiones familiares, ni perspectivas. Si yo la despido, ninguna fábrica decente de Lancashire la contratará. Si hago correr la voz de que es una alborotadora o una ladrona, será totalmente imposible que encuentre empleo.

—No sería capaz —dijo Daniel, pero la incertidumbre se filtró en su voz.

—¿Para proteger el apellido y el legado de los Bailey? Por supuesto que lo haría. —La voz de Edward era pragmática—. Sus opciones pasarían a ser extremadamente limitadas. Tal vez Madame Abbess la acogería.

—¿Destruiría la vida de una mujer inocente solo para controlarme? —Daniel miró fijamente a su padre, viéndolo de verdad quizá por primera vez—. ¿Qué clase de hombre hace algo así?

—Un padre. Un padre que protege a su hijo de un error desastroso. —Edward extendió las manos—. La elección es sencilla, Daniel. Cásate con Catherine Harrington según lo acordado, o contempla cómo tu chica de la fábrica lo pierde todo.

—Esto es un chantaje.

—Esto son negocios. —Edward consultó su reloj de bolsillo—. Thorne llegará en cualquier momento. Te sugiero que te tomes el día para considerar tu posición cuidadosamente. Los Harrington darán una cena el viernes para celebrar el compromiso. Asistirás, sonriendo de forma apropiada, con tu futura esposa del brazo.

—¿Y si me niego?

—Entonces la señorita Dobbs será despedida antes de que acabe la semana, con una referencia que garantice que nunca vuelva a conseguir un empleo decente. —Los ojos de Edward eran fríos—. Me dolería ver a una joven tan prometedora reducida a... ocupaciones menos decorosas.

Daniel se sintió físicamente enfermo. —Realmente se lo haría.

—Sin dudarlo. —Edward se ajustó los puños de la camisa—. La boda seguirá adelante, Daniel. Ya sea porque entres en razón o porque yo te obligue, el resultado será el mismo. La única pregunta es cuántas vidas piensas destruir con tu testarudez.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Thorne.

—Hemos terminado aquí —dijo Edward con desdén—. Espero tu decisión mañana por la mañana, aunque dudo mucho que haya algo que decidir. Ni siquiera tú eres tan egoísta como para sacrificar el futuro de esa chica por tus propias nociones románticas.

Daniel quiso discutir, enfurecerse, volcar el escritorio y cada objeto perfectamente colocado sobre él. En lugar de eso, se dio la vuelta y salió, pasando junto a Thorne sin mediar palabra.

Atravesó la casa a grandes zancadas, sin detenerse hasta llegar a sus aposentos y cerrar la puerta de un portazo tras de sí.

Arthur levantó la vista de donde estaba ordenando las camisas recién lavadas de Daniel. Bastó una mirada al rostro de Daniel para que dejara su trabajo.

—Supongo que no ha ido bien.

—Ha anunciado el compromiso a todo el país. —Daniel recorría la habitación como un animal enjaulado—. Y ahora amenaza con destruir a Sarah si no accedo.

La expresión cuidadosamente neutral de Arthur se quebró. —¿A la señorita Dobbs? ¿Cómo podría él…?

—La despediría sin referencias. La incluiría en la lista negra de todos los negocios respetables de Lancashire. —Daniel se pasó las manos por el pelo—. Ya sabes qué les ocurre a las chicas de las fábricas sin referencias y sin familia.

—Acaban en Madame Abbess —dijo Arthur en voz baja.

—Exactamente. —Daniel dejó de caminar y se dejó caer en una silla —. Sabe lo de nuestros encuentros.

—Lo siento, señor. Intenté ser discreto.

—No es culpa tuya. Mi padre tiene espías en todas partes. —Daniel se miró las manos—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Si me niego a casarme con Catherine, Sarah paga el precio. Si accedo, pierdo... —Se interrumpió, incapaz de terminar el pensamiento.

—Pierde la oportunidad de elegir su propio camino —terminó Arthur por él—. Y posiblemente a la mujer que ama.

Daniel levantó la vista bruscamente. —Nunca he dicho que la amara.

—Con el debido respeto, señor, no hacía falta que lo dijera. —Arthur empezó a ordenar los objetos del escritorio de Daniel, dándole un momento para recomponerse—. ¿Quizá la señorita Dobbs podría buscar empleo fuera de Lancashire? ¿Más allá de la influencia de su padre?

—¿Con qué recursos? ¿Con qué referencias? No tiene nada ni a nadie. —Daniel se puso en pie de nuevo, incapaz de estarse quieto —. Así es exactamente como nos controla a todos. Encuentra nuestras vulnerabilidades y las explota sin piedad.

—¿Qué va a hacer, señor?

—No lo sé. —Daniel se acercó a la ventana, contemplando la fábrica a lo lejos—. Mi padre se ha pasado la vida convirtiendo a las personas en peones de sus juegos. Yo me negué a ser uno, así que ahora está utilizando a Sarah en mi lugar.

—Tal vez debería advertir a la señorita Dobbs y explicarle la situación.

—¿Y decirle qué? ¿Que mi padre destruirá su vida a menos que me case con una mujer a la que no quiero? —Daniel sacudió la cabeza —. Se culparía a sí misma. O peor aún, intentaría desaparecer de la ecuación para protegerme.

—Parece tener un fuerte sentido del sacrificio personal —convino Arthur—. Aunque tal vez subestime usted su capacidad de resistencia.

Daniel se volvió hacia la habitación. —Debería escribirle. Al menos para explicarle lo del anuncio del compromiso antes de que se entere por otro lado.

—Me temo que ese tren ya ha pasado, señor. Los periódicos circulan desde primera hora de la mañana.

Daniel cerró los ojos brevemente. —Pensará que le mentí.

—No si se lo explica. —Arthur sacó papel de escribir y una pluma del escritorio—. ¿Quiere que entregue una carta en el lugar habitual?

—Sí. Gracias. —Daniel se sentó al escritorio, mirando el papel en blanco. ¿Cómo podía explicar esta situación? *Querida Sarah, por favor, ignora el anuncio de mi compromiso. Mi padre me está chantajeando con tu futuro...*

—¿Señor? —Arthur interrumpió sus pensamientos—. Si me permite una observación.

—Por favor. Está claro que necesito un consejo más sabio que el mío en estos momentos.

—En mi experiencia, la verdad, por complicada o desagradable que sea, suele ser preferible incluso al engaño mejor intencionado. —Arthur colocó la pluma junto al papel—. La señorita Dobbs me parece alguien que valora la honestidad.

Daniel asintió lentamente. —Tienes razón, por supuesto.

Empezó a escribir, tachando y recomenzando varias veces antes de terminar una carta que le pareció aceptable. La selló con cuidado y se la entregó a Arthur.

—¿Te asegurarás de que la reciba? Es importante que lo comprenda.

—Me encargaré personalmente. —Arthur se guardó la carta en el bolsillo—. Y, señor, si me permite el atrevimiento... su padre lo subestima. Quizá eso le otorgue una ventaja que él no prevé.

Daniel le dedicó una sonrisa cansada. —Espero que tengas razón, Arthur. Porque ahora mismo, no veo ninguna salida a esto que no termine mal para alguien a quien aprecio.

SARAH



—Pásame la cera, ¿quieres? —La señora Fletcher hizo un gesto con su mano nudosa hacia Sarah sin levantar la vista de su trabajo.

Sarah deslizó la pequeña lata por el banco de trabajo, con cuidado de no alterar los intrincados patrones de cuerda extendidos entre ellas.

—¿Habéis visto los periódicos? —susurró Bessie Wright desde la mesa de al lado—. El compromiso del joven señor Bailey es oficial.

—Con esa chica Harrington —asintió Jane Morris—. Dicen que es una boda de junio. Debe de ser de lo más elegante.

Sarah mantuvo la cabeza gacha, fingiendo no oír mientras labraba otro complejo nudo marinero en la correa de repuesto para la máquina cardadora. Los periódicos llevaban días plagados con el anuncio, haciendo que se le revolviera el estómago cada vez que lo veía.

La puerta se abrió de golpe y el señor Thorne entró a grandes zancadas, seguido por dos hombres con trajes caros a los que Sarah no había visto nunca. La sala quedó en silencio mientras todas las mujeres se erguían en sus puestos.

—Continuad trabajando —espetó Thorne, y luego se dirigió a sus acompañantes—. Como pueden ver, caballeros, nuestra sala de nudos opera con métodos tradicionales. Dos trabajadoras por puesto, una reparación de correa a la vez.

El visitante más alto tomó nota en un pequeño cuaderno. —Es ineficiente. La fábrica de Marshall ha implementado un sistema de expansión. Cuatro puestos por trabajadora y duplica la producción.

—En efecto —asintió Thorne—. Eso es precisamente lo que se me ha ordenado implementar aquí, con efecto inmediato.

La señora Fletcher levantó la cabeza de golpe. —¿Qué ha dicho, señor Thorne?

Thorne se encaró a la sala, con sus labios finos estirados en lo que podría haber sido una sonrisa en un rostro más cálido. —Por orden del señor Bailey, a partir de hoy, cada trabajadora gestionará cuatro puestos en lugar de dos. Los caballeros del consejo me aseguran que esta es la práctica habitual en las fábricas modernas.

Un murmullo de incredulidad recorrió la sala.

—¿Cuatro puestos? —Mary Cooper negó con la cabeza—. Apenas podemos apañarnos con dos adecuadamente.

—No se ha solicitado su opinión, Cooper —dijo Thorne—. Esta decisión viene directamente de la dirección.

Sarah dejó su trabajo. —Los nudos no aguantarán si los hacemos con prisas y, en cuanto los nudos son débiles, las correas se rompen.

—Entonces no tengas prisa, Dobbs. Trabaja más rápido —Thorne se volvió hacia sus visitantes—. Como pueden ver, hay cierta resistencia a la mejora. Siempre ocurre con las trabajadoras más antiguas.

—Llevo aquí un año —señaló Sarah—. Difícilmente soy una «trabajadora antigua». Y se trata de nuestra seguridad.

El visitante más bajo la miró con leve interés. —La muchacha tiene razón en cuanto al control de calidad.

—La calidad se mantendrá mediante inspecciones aleatorias —dijo Thorne—. Ahora, necesitaré que la mitad de vosotras os trasladéis a los puestos del muro oeste. Fletcher, reorganiza tu equipo.

La señora Fletcher dio un paso al frente, limpiándose las manos en el delantal. —Señor Thorne, si duplicamos la carga de trabajo, necesitamos más tiempo por correa. Estas no son reparaciones sencillas. Un error y una correa se parte a plena velocidad.

—El plazo sigue siendo el mismo. Diez correas por trabajadora al día, ahora desde cuatro puestos en lugar de dos —Thorne consultó su reloj de bolsillo—. Tenéis diez minutos para reorganizaros. Espero que todo esté a plena producción cuando regrese.

Se dio la vuelta para marcharse con los visitantes siguiéndole los pasos.

—Esto es una locura —murmuró la señora Fletcher una vez que se hubieron ido—. ¿Cuatro puestos? Estaremos corriendo todo el día.

—No es posible —coincidió Sarah, mirando a su alrededor los rostros atónitos de sus compañeras—. Alguien saldrá herido.

—Alguien siempre sale herido —suspiró la señora Fletcher—. Pero eso no es preocupación de la dirección, ¿verdad? Vamos, chicas. No tenemos mucha elección.

Se arrastraron a regañadientes hacia sus nuevas posiciones. Sarah se encontró en el extremo opuesto de la sala, responsable de cuatro bancos de trabajo demasiado separados para su comodidad. Tendría que correr entre ellos constantemente para mantener el ritmo.

Al cabo de una hora, el agotamiento se hizo evidente. Las mujeres corrían de un puesto a otro, abandonando trabajos a medio terminar para revisar otras correas.

Sarah se secó el sudor de la frente mientras corría hacia su tercer puesto, donde una pesada correa de transmisión necesitaba un empalme reforzado. Le dolían los hombros de girar constantemente, y su espalda protestaba por las posturas forzadas necesarias para alcanzar el otro lado de los bancos de trabajo más amplios.

Un grito agudo desde la pared opuesta la hizo levantar la vista. Lily Banks, la lazadora más joven con apenas quince años, se había desplomado contra su banco de trabajo, con el rostro pálido por el agotamiento.

—¿Lily? —llamó Sarah—. ¿Estás bien?

La chica asintió débilmente. —Solo estoy mareada. No he comido nada desde ayer.

—Tómate un momento —aconsejó la señora Fletcher—. Siéntate antes de que te caigas.

—No puedo —Lily señaló su trabajo inacabado—. Thorne me descontará el sueldo.

Se incorporó y se tambaleó hacia el gran telar de reparación donde colgaba suspendida una enorme correa. Al ir a coger sus herramientas, su pie resbaló con un trozo de cuero.

Lo que sucedió a continuación pareció desarrollarse en una terrible cámara lenta. La mano de Lily salió disparada para sostenerse, hundiéndose directamente en el mecanismo de engranajes parcialmente desmontado del telar de reparación. Los dientes de metal diseñados para sujetar el cuero atraparon su carne en su lugar. Su grito perforó el aire mientras la máquina atrapaba dos dedos y los arrastraba hacia su interior.

Las mujeres corrieron hacia delante y Sarah llegó la primera hasta Lily, golpeando la palanca de parada de emergencia con todas sus fuerzas. La máquina se detuvo en seco, pero la mano de Lily seguía atrapada, con la sangre ya formando un charco en el suelo.

—¡Traed a Thorne! —gritó la señora Fletcher—. ¡Y que alguien traiga agua!

Sarah examinó la máquina, buscando una forma de liberar a la chica sin causar más daño. Lily sollozaba, con el rostro desprovisto de color.

—No te muevas —le dijo Sarah—. Vamos a sacarte.

Cogió una palanca del estante de herramientas y la encajó entre los engranajes, creando el espacio justo para que la señora Fletcher deslizara la mano destrozada de Lily hasta liberarla. El daño era horrible. Dos de sus dedos estaban aplastados más allá de lo reconocible, y el tercero apenas colgaba.

Thorne irrumpió en la sala, echó un vistazo a la sangrienta escena y ladró: —Apartadla de la máquina. Limpiad eso antes de que manche la correa.

—Necesita un médico —dijo Sarah, ayudando a Lily a sentarse en un banco mientras la señora Fletcher envolvía la mano de la chica en un paño limpio que se tiñó de rojo inmediatamente—. Ahora mismo, señor Thorne.

—El médico de la fábrica revisa las lesiones a las cuatro —respondió Thorne—. Puede esperar en la enfermería.

—¿Esperar? —Sarah lo miró con incredulidad—. ¡Podría desangrarse para las cuatro!

Lily se tambaleó, con los ojos en blanco mientras se desplomaba contra el hombro de Sarah.

—Solo se ha desmayado —dijo Thorne con desdén—. Envolvedla más fuerte y volved al trabajo. Ya llevamos retraso.

Sarah se puso en pie, con las manos manchadas de sangre apretadas a los costados. —No.

La sala se quedó en un silencio sepulcral.

—¿Qué has dicho, Dobbs? —la voz de Thorne bajó peligrosamente de tono.

—He dicho que no. No trabajaremos hasta que Lily vea a un médico —Sarah miró a su alrededor, a los rostros pálidos de sus compañeras—. Esto ha pasado porque se nos está obligando a trabajar por encima de la capacidad humana.

La señora Fletcher se puso a su lado. —Tiene razón, señor Thorne. La chica necesita un médico.

Una a una, las demás mujeres dejaron sus herramientas.

El rostro de Thorne se puso de un color púrpura. —¡Esto es una insubordinación! ¡Haré que os despidan a todas!

—Despídanos, entonces —respondió Sarah, sorprendiéndose a sí misma—. Pero explíquele al señor Bailey por qué toda su sala de nudos se marchó a la vez. Explíquele por qué la producción no alcanzó la cuota del día.

Las mujeres a su alrededor asintieron.

Thorne miró furioso a Sarah. —Te crees que eres muy lista, Dobbs. Crees que porque el joven señor Bailey se interesó por ti, eres intocable.

Sarah sintió que el rostro le ardía mientras los susurros recorrían la sala.

—Esto no se trata de mí —dijo firmemente—. Lily necesita un médico.

—Está bien —escupió Thorne—. Fletcher, lleva a la chica al doctor Morris en el pueblo. El resto de vosotras, volved al trabajo.

—No hasta que sea atendida debidamente —insistió Sarah.

Los finos labios de Thorne se apretaron en una línea exangüe. —Estás despedida, Dobbs. Sin paga por hoy ni por mañana. Considérate afortunada de que no lo haga permanente.

—Pero…

—Fuera de aquí antes de que cambie de opinión —siseó Thorne —. Y el resto de vosotras… cualquiera que no esté en su puesto en un minuto la acompañará.

Las mujeres vacilaron, mirando de Sarah a Thorne.

—Está bien —les dijo Sarah—. Volved al trabajo. Aseguraos de que cuiden de Lily.

La señora Fletcher le apretó el brazo. —Nos encargaremos de ella.

Sarah recogió sus escasas pertenencias, muy consciente de que los ojos de Thorne se clavaban en su espalda. Salió de la sala de nudos con la cabeza alta, aunque le temblaban las manos.

Afuera, el patio de la fábrica se extendía más vacío de lo que lo había visto nunca en horario laboral. Sin sueldo durante dos días, apenas podría permitirse el pan, y mucho menos su parte de carbón para la estufa del dormitorio. Pero no podía arrepentirse de haber defendido a Lily. Algunas cosas importaban más que el dinero.

Sin decidirlo conscientemente, Sarah se encontró caminando hacia la pequeña biblioteca. No había vuelto desde que se enteró del compromiso de Daniel, pero algo la atraía allí ahora. Una necesidad de paz, tal vez, o el consuelo de los libros que no le pedían nada.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Sarah vaciló y luego la empujó. La luz del sol entraba a raudales por las polvorientas ventanas, iluminando la habitación vacía. Hoy no estaba Daniel, por supuesto. Probablemente estaría ocupado con los preparativos de la boda y eligiendo modelos de vajilla de porcelana con Catherine Harrington.

El pensamiento escocía más de lo que debería.

Sarah se dirigió al asiento de la ventana donde habían intercambiado libros y cartas. Un volumen nuevo esperaba allí, encuadernado en cuero verde con letras doradas: Pride and Prejudice de Jane Austen. A su lado descansaba un sobre sellado con su nombre escrito con la caligrafía de Daniel.

Recogió la carta, sopesándola en la palma de la mano. ¿Por qué se estaba haciendo esto a sí misma? Él estaba comprometido con otra mujer. Lo que hubiera pasado entre ellos nunca podría haber sido algo real. Había sido una necia al imaginar lo contrario.

Aun así, sus dedos rompieron el sello antes de que pudiera reconsiderarlo.

La carta en el interior era breve, la caligrafía menos cuidada de lo habitual, como si hubiera sido escrita con prisas:

Señorita Dobbs:

Sin duda habrá visto por los periódicos el anuncio de mi compromiso con la señorita Catherine Harrington. He sentido que era necesario aclarar ciertos asuntos entre nosotros antes de que los rumores pudieran extenderse.

Nuestras conversaciones ocasionales sobre libros fueron una distracción agradable; sin embargo, me temo que pueda haber malinterpretado mis atenciones como algo más significativo. Nunca fue esa mi intención.

Un hombre en mi posición debe mantener ciertos estándares y, aunque encontré su cultura poco habitual para alguien de su extracción social, ambos sabemos que tales diferencias de posición no pueden superarse. He de casarme con una mujer de alcurnia y educación, como siempre ha estado previsto.

Debo insistir en que nuestros encuentros terminen de inmediato. Sería inapropiado por mi parte continuar cualquier asociación que pudiera causar habladurías o angustia a mi futura esposa. Confío en que comprenda que lo que para usted pudiera haber parecido amistad, no fue por mi parte más que una curiosidad momentánea.

No intente ponerse en contacto conmigo de nuevo. Los libros eran propiedad de mi padre y no debería haber permitido que circularan entre los trabajadores. Por favor, devuelva a la biblioteca cualquiera que todavía esté en su poder.

Daniel Bailey

Sarah leyó la carta dos veces. La formalidad de «Daniel Bailey» después de semanas de «Suyo, Daniel» le dolió como un golpe físico.

Viene de un mundo diferente al mío, y ambos sabemos que tales diferencias no pueden salvarse.

Claro que no podían. Lo sabía desde el principio, ¿verdad? Sus conversaciones no habían sido más que una distracción temporal para él, una curiosa diversión frente al aburrimiento de su vida privilegiada.

A Sarah le ardían los ojos. No lloraría. No aquí, no por esto. Había sobrevivido al asilo, había sobrevivido a la fábrica Bailey, había sobrevivido a la insultante «oferta» de Edward Bailey. Sobreviviría también al rechazo de Daniel.

Pero las lágrimas brotaron de todos modos, calientes e inoportunas. Se hundió en el asiento de la ventana, con la carta apretada en sus manos temblorosas, y dejó que cayeran. Solo por un momento, solo en esta habitación vacía donde nadie podía verla, se permitió llorar por los sueños necios que nunca había admitido tener.

Después de todo, era igual que su padre. Con métodos diferentes, quizás, pero con la misma suposición de que la gente como ella era prescindible, y sus sentimientos, insignificantes.

—Estúpida —se susurró a sí misma—. Qué estúpida.

SARAH



Sarah arrastraba las botas contra los adoquines mientras regresaba al dormitorio. La carta de Daniel seguía apretada contra su costado, donde la había guardado en el bolsillo, y a cada paso el papel crujía como si se burlara de ella. Todavía tenía que preocuparse por el hecho de que no cobraría durante dos días.

Había una multitud reunida ante las puertas de la fábrica. Sarah frunció el ceño y aceleró el paso. Al acercarse, vio a Tommy subido a una caja volcada, gesticulando con pasión mientras hablaba a unos veinte trabajadores agrupados a su alrededor.

—¡Nos quieren hundidos! —gritó Tommy, y su voz resonó por todo el patio—. ¡Prefieren vernos pasar hambre que unidos!

Sarah se abrió paso hasta la primera fila y sus ojos se cruzaron con los de Tommy. Él asintió levemente antes de continuar.

—¡Bailey nos recorta los salarios y luego implanta un sistema de intensificación que nos obliga a hacer el doble de trabajo! ¡Y cuando nos lesionamos, que nos lesionaremos, nos dicen que esperemos al médico mientras nos desangramos en el suelo de la fábrica!

Todos asintieron de acuerdo. Sarah se fijó en seis trabajadores que estaban un poco apartados, con sus pocas pertenencias atadas en fardos a sus pies. La placa de la fábrica de Tommy brillaba por su ausencia.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Sarah a la mujer que tenía al lado.

—Les han prohibido la entrada —susurró la mujer—. Thorne los pilló con la petición durante el descanso del almuerzo. Lo llamó «agitación» y les ha impedido el paso.

—Bailey cree que puede ir eliminándonos uno a uno —continuó Tommy, golpeándose la palma de la mano con el puño.

—¿Qué espera que hagamos? —gritó alguien—. ¿Que nos muramos de hambre?

—Eso es exactamente lo que espera —respondió Tommy—. Pero no lo haremos. No podemos ir a la huelga, todavía no, pero podemos hacer que nuestras voces se oigan de otras maneras.

Un hombre alto y de hombros anchos se abrió paso entre la multitud. Sarah lo reconoció como uno de los nuevos hombres de seguridad de Bailey, contratados tras el artículo del *Northern Review*. Otros dos le seguían de cerca.

—Esta reunión no está autorizada —anunció el hombre—. Dispersaos de inmediato.

Tommy se mantuvo firme. —Estamos en suelo público, fuera de la propiedad de la fábrica. Tenemos todo el derecho de estar aquí.

—No si estáis incitando al desorden. —El guardia se acercó más, llevando la mano a la porra que colgaba de su cinturón—. El señor Bailey nos ha autorizado a mantener el orden por cualquier medio necesario.

—Solo estamos hablando —rebatió Tommy—. Que yo sepa, eso no va contra la ley.

El guardia sonrió de forma desagradable. —Es curioso que los alborotadores siempre digan eso justo antes de que empiecen los problemas.

Sarah vio cómo el hombre apretaba el puño en torno a la porra. Sin pensarlo, se puso al lado de Tommy.

—Déjalo en paz —dijo ella—. No ha hecho nada malo.

La mirada del guardia se desvió hacia ella. —Otra más. Vosotras, las chicas de la fábrica, deberíais aprender a mantener la boca cerrada.

—Y tú deberías aprender algo de educación —le espetó Sarah.

El rostro del hombre se ensombreció. —Quizá necesites una lección de respeto.

Desenfundó la porra con un movimiento fluido, alzándola hacia Sarah. Ella se quedó paralizada, dándose cuenta demasiado tarde de que había tensado demasiado la cuerda.

Tommy se interpuso entre ambos de un salto, gritando: —¡Cuidado!

La porra impactó con un chasquido nauseabundo, no contra la cabeza de Sarah, sino contra la de Tommy. Él se desplomó en el suelo mientras los gritos estallaban entre la multitud.

—¡Tommy! —Sarah cayó de rodillas a su lado.

Los trabajadores se lanzaron hacia delante, gritando con rabia, y los de seguridad retrocedieron, ya con las porras desenfundadas. Alguien lanzó una piedra que por poco no le dio a uno de los hombres de Bailey.

—¡Parad! —gritó Sarah, con las manos presionando la cabeza ensangrentada de Tommy—. ¡Esto no servirá de nada!

Sonó un silbato policial y, en cuestión de segundos, los hombres de seguridad retrocedieron y los trabajadores se dispersaron, no dispuestos a arriesgarse a ser arrestados.

—Tommy —Sarah le dio unas palmaditas en la mejilla—. ¿Puedes oírme?

Sus párpados temblaron. —¿He salvado el día?

—Serás idiota —susurró Sarah—. ¿Puedes ponerte de pie?

—Probablemente no —dijo Tommy, intentando una sonrisa que acabó en mueca—. Pero por ti, lo intentaré.

Con la ayuda de Sarah, Tommy logró levantarse, tambaleándose peligrosamente. La sangre goteaba de un tajo sobre su sien.

—Tenemos que llevarlo a un médico —dijo Sarah a los pocos trabajadores que quedaban.

—No puedo permitírmelo —masculló Tommy—. Llevadme con la tía Bess.

—A casa de la señora Winters, entonces —asintió Sarah—. ¿Alguien puede ayudarme?

Dos hombres dieron un paso al frente y sostuvieron a Tommy entre ellos. Juntos, se abrieron paso por las callejuelas traseras, evitando a la policía que había llegado para dispersar al resto de la multitud.

La tienda de la señora Winters estaba cerrada, pero el humo salía de la chimenea de la casa adosada. Sarah llamó con urgencia.

Annie abrió la puerta y su sonrisa de bienvenida desapareció al ver el rostro ensangrentado de Tommy.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué ha pasado?

—Los hombres de Bailey —explicó Sarah mientras metían a Tommy en la casa—. Se interpuso ante un porrazo que iba dirigido a mí.

—Siempre haciéndose el héroe —murmuró Annie, pero sus manos fueron delicadas mientras ayudaba a recostar a Tommy en el sofá.

La señora Winters apareció desde la cocina y palideció al ver a su sobrino. —¡Tommy! ¡Santos cielos!

—No es más que un rasguño, tía Bess —balbuceó Tommy, quitándose la sangre del ojo con un parpadeo.

—Un rasguño no te dejaría con el aspecto de la oferta especial del matadero un domingo —espetó la señora Winters, aunque le temblaban las manos mientras examinaba la herida—. Annie, trae mi botiquín. Sarah, agua y paños limpios.

Se apresuraron a obedecer, dejando a la señora Winters murmurando sombrías predicciones sobre el futuro de Tommy si seguía «atizando con un palo el avispero de Bailey».

En la cocina, Annie bombeaba agua con furia en un cuenco.

—¿Cuándo aprenderá? —preguntó con la voz tensa por el miedo —. ¿Cuándo comprenderá que no puede luchar contra todos él solo?

—No estaba solo —dijo Sarah en voz baja—. Me estaba protegiendo.

Annie dejó de bombear con tanta fuerza. —Claro que sí.

Sarah cogió trapos limpios del cajón mientras Annie añadía hierbas al agua.

—Le han prohibido la entrada a la fábrica —le contó Sarah—. Thorne lo pilló con la petición.

—¿Le han prohibido la entrada? —Annie se la quedó mirando—. Pero su contrato...

—Al parecer no significa nada cuando Bailey quiere librarse de alguien.

Regresaron y encontraron a la señora Winters limpiando la herida de Tommy mientras él intentaba sin éxito apartarle las manos.

—Quédate quieto, muchacho insensato —le regañó—. O te ataré como hice cuando tuviste la varicela a los nueve años.

—No serías capaz —protestó Tommy débilmente.

—Ponme a prueba.

Sarah y Annie dejaron los suministros junto a la señora Winters, que inmediatamente empezó a machacar hierbas para hacer una pasta.

—Mantén esto sobre el corte —le indicó a Annie—. Presiona con firmeza.

Annie cogió el paño y se inclinó sobre Tommy. —¿Así?

—Perfecto. —La señora Winters asintió.

Tommy le sonrió a Annie: —No te preocupes. Tengo la cabeza dura. ¿Quién iba a saber que mi cráneo de chorlito acabaría por ser útil?

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo Annie, pero le temblaba la voz.

—Tiene un poco de gracia —insistió Tommy—. Ha hecho falta un porrazo en la cabeza para que vuelvas a hablarme.

—Ya te estaba hablando —replicó Annie, presionando quizá un poco más de lo necesario.

—¡Ay! Cuidado con tus cuidados, Florence Nightingale. —Tommy hizo una mueca—. Soy un paciente delicado que necesita un trato suave.

—Eres un alborotador que necesita sentido común —rebatió Annie, aunque sus manos se volvieron más tiernas.

—Si me estoy muriendo...

—No te estás muriendo —dijeron las tres mujeres al unísono.

—...quiero que conste que siempre he pensado que Annie Parker era la chica más guapa de todo Lancashire —continuó Tommy—, y que he estado medio enamorado de ella desde que compartió su pan conmigo en su primer día en la fábrica.

Las mejillas de Annie se pusieron carmesí. —Estás delirando por el golpe.

—Probablemente —admitió Tommy alegremente—. Pero no por eso es menos cierto.

La señora Winters terminó de preparar su pasta de hierbas y se dispuso a aplicarla a la herida de Tommy. —Sarah, ¿podrías traerme el whisky? La botella buena, la que está en el armario de arriba.

Sarah asintió, reconociendo la petición por lo que era: una oportunidad para dejar a Tommy y Annie un momento a solas. Se retiró a la cocina, tomándose su tiempo para encontrar la botella y servir una pequeña cantidad en una taza.

Cuando regresó, Annie seguía inclinada sobre Tommy, pero se habían quedado en silencio, mirándose con expresiones de asombro e incertidumbre a partes iguales.

Sarah se aclaró la garganta. —Aquí está el whisky.

Se separaron sobresaltados. La señora Winters cogió la taza con una sonrisa de complicidad.

—Tommy necesita descansar ahora —anunció—. Sarah, ayúdame a preparar una cataplasma para más tarde. Annie puede hacerle compañía.

—No necesito... —empezó Tommy.

—Vosotros dos —interrumpió Sarah con firmeza— necesitáis hablar. Como es debido.

—¡Sarah! —protestó Annie.

—Tiene razón —convino la señora Winters—. La vida es demasiado corta para andarse con rodeos con los sentimientos, sobre todo en tiempos como estos.

Sarah siguió a la señora Winters a la cocina, dejando atrás a Tommy y Annie en un silencio incómodo. A través de la puerta entreabierta, oyó a Tommy decir suavemente: —De verdad que lo siento, Annie. Por todo.

—Lo sé —respondió Annie—. Solo... no te me mueras, ¿vale?

—Ni lo soñaría. ¿Quién más iba a fastidiarte con tanta constancia?

Después de eso, sus voces bajaron tanto que ya no se oían. La señora Winters sonreía mientras sacaba hierbas de varios tarros.

—Por fin —susurró—. Empezaba a pensar que nunca se aclararían.

—A veces hace falta una experiencia cercana a la muerte —dijo Sarah, pensando en la carta de Daniel y sintiendo una nueva oleada de desdicha.

La señora Winters le estudió el rostro. —Parece que has tenido un día difícil, muchacha.

—Ha sido... —Sarah dejó la frase en el aire, sin saber por dónde empezar—. Complicado.

—Siéntate. —La señora Winters señaló la silla de la cocina—. No hay nada que hacer por mi sobrino que no se esté haciendo ya. Cuéntame.

Sarah se dejó caer en la silla, agotada de repente. —Una chica ha perdido los dedos hoy en la sala de anudado. Thorne quería obligarla a esperar horas al médico.

—Uf. No son más que monstruos —masculló la señora Winters—. ¿Recibió ayuda?

—Al final, sí. Yo insistí, así que Thorne me ha suspendido dos días sin sueldo.

—¿Por insistir en que una chica herida viera a un médico? —La señora Winters sacudió la cabeza con asco—. Y luego se preguntan por qué los trabajadores quieren organizar una huelga.

—Además, Bailey ha implantado un nuevo sistema de intensificación para que haya cuatro puestos por trabajador en lugar de dos.

—¿Eso fue lo que causó el accidente?

—En parte. Lily estaba agotada e intentaba realizar demasiadas tareas a la vez.

La señora Winters suspiró profundamente y su habitual vivacidad se desvaneció. —Me temo que la cosa empeora. Mi amiga Martha ha venido antes; es doncella de los Westmoreland. Dice que todos los dueños de las fábricas van a exigir a los trabajadores que firmen un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Un compromiso de denuncia de los sindicatos y de cualquier acción colectiva —dijo la señora Winters con gravedad—. Cualquiera que se niegue a firmar perderá su puesto de inmediato, sin referencias y sin el cobro de sus últimos jornales.

Sarah se la quedó mirando. —No pueden hacer eso.

—Pueden hacer lo que les plazca, querida. ¿Quién va a detenerlos? —La señora Winters le dio una palmadita en la mano a Sarah—. Bailey lo va a implantar la semana que viene, según Martha. Cada trabajador deberá firmar o marcharse.

—¿Y esperan que Tommy y los demás vuelvan arrastrándose a firmar después de haberles prohibido la entrada?

—Eso es exactamente lo que esperan. —Los ojos de la señora Winters se endurecieron—. Doblegar primero a los más fuertes, dar ejemplo con ellos, y entonces los demás pasarán por el aro.

—¿Qué hacemos?

La señora Winters le apretó la mano. —Sobrevivimos, muchacha. Nos doblegamos cuando debemos y nos mantenemos firmes cuando podemos. Y recordamos que hasta la tormenta más fuerte termina por pasar.

—Tommy no firmará —dijo Sarah con seguridad—. Preferiría morir de hambre.

—Sí, bueno, mi sobrino tiene a veces más valor que sensatez —convino la señora Winters con una triste sonrisa—. Pero es más duro de lo que parece. Ha salido a mi familia.

Se quedaron en silencio y Sarah cerró los ojos un momento, imaginando que vivía en un mundo diferente.

—¿Qué te inquieta, Sarah? —preguntó la señora Winters con dulzura—. Hay algo más, ¿verdad?

Sarah abrió los ojos. —Nada importante.

—Hum. —La señora Winters no insistió, pero su mirada perspicaz sugería que comprendía más de lo que Sarah había dicho—. Bueno, puedes quedarte aquí esta noche. No permitiré que vuelvas a ese dormitorio a oscuras con los matones de Bailey por ahí.

—Gracias —dijo Sarah, agradecida más allá de las palabras por aquel sencillo gesto de amabilidad.

Desde la otra habitación llegó el sorprendente sonido de la risa de Annie, seguido de una carcajada más profunda de Tommy.

—Bueno —sonrió la señora Winters—, al menos algo bueno ha salido del día de hoy.

Sarah asintió, intentando alegrarse por sus amigos a pesar del vacío que sentía en el pecho. Tommy y Annie se habían encontrado.

Parecía que, después de todo, algunas barreras podían romperse.

Simplemente no eran las que a ella le importaban.

DANIEL



Daniel se paseaba por su dormitorio como un animal enjaulado. Han pasado cuatro días desde el ultimátum de su padre, tres desde que el anuncio del compromiso apareció en los periódicos y, aun así, no hay noticias de Sarah. ¿Le habría entregado Arthur su carta? ¿La habría leído ella? Las preguntas se perseguían unas a otras en su mente hasta hacerle pensar que acabaría volviéndose loco.

Un suave golpe en la puerta interrumpió su melancolía.

—Adelante —dijo, esperando que fuera Arthur con el té de la tarde.

En su lugar, su madre entró sigilosamente, cerrando la puerta con cuidado tras de sí. —Daniel.

—Madre. —Él se irguió, sorprendido. Elizabeth Bailey rara vez visitaba sus aposentos, especialmente después del anochecer—. ¿Va todo bien?

—No —dijo ella con sencillez—. Nada va bien, y creo que tú lo sabes.

Se acercó a la ventana, contemplando a lo lejos la silueta de la fábrica recortada contra el cielo nocturno. —Tu padre se ha marchado a Manchester durante dos días con los Harrington.

—Planes de boda, sin duda —dijo Daniel con amargura.

—Entre otras cosas. —Elizabeth se dio la vuelta para encararlo—. Esta puede ser nuestra única oportunidad de hablar con libertad.

Daniel le indicó con un gesto que se sentara en el sillón junto a la chimenea y él ocupó el asiento de enfrente. —¿Qué está pasando en la fábrica? Arthur dice que ha habido problemas.

—Tu padre lo llama «mantener el orden». —Elizabeth apretó los labios—. Seis trabajadores han sido despedidos por hacer circular una petición. Una chica perdió dos dedos en el nuevo sistema de estirado. Y pronto, cada trabajador deberá firmar un compromiso de denunciar a los sindicatos o perderá su puesto.

—No puede hacer eso.

—Ya lo ha hecho. —Elizabeth se inclinó hacia delante—. Daniel, esto ya no se trata solo de la fábrica Bailey. El *Northern Review* ha publicado tres artículos más y el Parlamento empieza a prestar atención.

Daniel se enderezó en el asiento. —¿El Parlamento?

—Se habla de una investigación formal sobre las condiciones laborales en las fábricas de Lancashire. —Elizabeth metió la mano en su manga y sacó una carta doblada—. Mi primo Henry forma parte del comité.

—¿Lord Ashworth es primo tuyo? Nunca habías mencionado...

—Hay muchas cosas que nunca he mencionado —interrumpió Elizabeth—. Incluyendo que Henry y yo nos hemos escrito durante años. —Le entregó la carta—. Quiere hablar contigo.

Daniel desdobló el papel, recorriendo su contenido con una emoción creciente. —¿Quiere que testifique sobre las prácticas de mi padre?

—Tienes un conocimiento de primera mano que ningún trabajador podría aportar —dijo Elizabeth—. Los libros de contabilidad, los informes de accidentes, los cálculos salariales son las pruebas que el comité de Henry necesita.

—Mi padre nunca me perdonaría. —Daniel levantó la vista de la carta—. Esto supondría la ruptura definitiva entre nosotros.

—Lo sé. —Los ojos de Elizabeth se suavizaron—. Por eso no puedo decirte qué hacer. Esta debe ser solo tu decisión.

Daniel se puso en pie y fue hacia su escritorio, donde los informes trimestrales de la fábrica Bailey yacían ocultos bajo otros papeles. —En realidad no es una decisión, madre. Ya no. —Se giró

hacia ella—. No podría seguir viviendo conmigo mismo si no hago nada.

—Entonces debemos enviarte de inmediato a Londres, mientras tu padre está fuera. Henry puede organizar un alojamiento seguro hasta que el comité se reúna.

—Necesitaré reunir las pruebas. —Daniel señaló los informes.

—Arthur puede ayudar a preparar lo que necesites. —Elizabeth se levantó, de repente muy resuelta—. Prepara solo lo esencial. El carruaje estará listo al amanecer.

—Espera —dijo Daniel, asaltado por una idea—. Necesito ver a Sarah primero.

—¿La chica de la fábrica? —Elizabeth frunció el ceño—. Daniel, eso es demasiado arriesgado. Tu padre tiene hombres vigilándote en las puertas de la fábrica.

—Tengo que saber que está bien. —Daniel se pasó una mano por el pelo—. Madre, mi padre amenazó con destruirla si yo no cumplía con el matrimonio. ¿Y si ya ha cumplido esa amenaza?

Elizabeth estudió el rostro de su hijo. —De verdad te importa.

—Así es. —Daniel ya no se molestó en ocultarlo—. Más de lo que debería, más de lo que tiene sentido.

—El amor rara vez tiene sentido —dijo Elizabeth en voz baja—. Muy bien. Retrasaremos la partida hasta el mediodía. Eso te dará tiempo para visitar la fábrica antes de que nos vayamos a Londres.

—Gracias, madre. —Daniel tomó las manos de su madre.

—Te entiendo mejor de lo que crees. —Elizabeth le apretó las manos—. Ahora descansa un poco. Mañana cambiará todo, de un modo u otro.

Después de que ella se marchara, Daniel se sentó en su escritorio y empezó a revisar los informes, seleccionando aquellos que mostraban las pruebas más condenatorias de las prácticas de su padre. Al amanecer, había recopilado una carpeta que contaba una historia clara de explotación y desprecio por la seguridad de los trabajadores.

Arthur llegó con el desayuno y la noticia de que el carruaje se estaba preparando para un «viaje de compras» a Manchester, la historia que Elizabeth había contado al personal de la casa.

—Su madre dice que se reúna con ella a mediodía en la puerta este —informó Arthur, ayudando a Daniel a preparar una pequeña maleta—. El conductor ha recibido una buena suma por su discreción.

—¿Y qué hay de ti, Arthur? —preguntó Daniel—. Mi padre se pondrá furioso cuando descubra tu papel en esto.

—Ya he presentado mi renuncia, señor. —Arthur se enderezó, con una sonrisa inusual asomando a sus labios.

Daniel parpadeó sorprendido. —¿Qué vas a hacer?

—Sobreviviré.

A media mañana, Daniel estaba listo. Se escabulló de la casa sin ser visto mientras los criados estaban ocupados con sus tareas diarias. En lugar de dirigirse a la puerta este, donde se encontraría más tarde con su madre, se encaminó hacia la fábrica.

Incluso desde la distancia, se dio cuenta de que algo iba mal. Una multitud se había congregado ante las puertas; no solo unos pocos trabajadores, sino cientos, que desbordaban las calles que rodeaban la fábrica. Las chimeneas estaban mudas y no salía humo de ellas.

Una huelga. Por fin había ocurrido.

Daniel se bajó la gorra sobre los ojos, moviéndose con cuidado entre la multitud. Los trabajadores formaban grupos compactos. Algunos sostenían carteles rudimentarios exigiendo salarios justos y medidas de seguridad. Otros repartían sopa y pan a familias que ya sentían los estragos de la pérdida de ingresos.

Divisó al señor Thorne en las puertas, con la cara roja y gritando a un grupo de hombres que parecían ser los organizadores de la huelga. El personal de seguridad lo flanqueaba con las porras en la mano.

—... ¡seréis todos despedidos sin referencias! —decía Thorne—. ¡El señor Bailey no tolerará esta insubordinación!

—No estamos pidiendo tolerancia —respondió una voz familiar. Tommy Briggs, con la cabeza vendada pero erguido—. Exigimos dignidad humana básica.

Daniel continuó entre la multitud, buscando a Sarah. Pasó junto a mujeres que consolaban a niños que lloraban, hombres con el rostro

endurecido por años de trabajo y muchachos jóvenes que intentaban parecer valientes a pesar de su evidente miedo.

Sarah estaba cerca de la parte trasera de la multitud, repartiendo lo que parecían panfletos a los trabajadores. Estaba pálida y más delgada de lo que él recordaba; los huesos de su muñeca se marcaban bajo la piel mientras entregaba los papeles a una anciana anudadora.

Daniel se acercó a ella y, cuando estaba a apenas unos metros de distancia, ella levantó la vista y sus ojos se agrandaron.

Antes de que ella pudiera hablar o, lo que es peor, gritar su nombre, Daniel la agarró por el codo y tiró de ella suavemente pero firmemente fuera de la multitud.

—¿Q-qué estás... —empezó ella, intentando soltarse.

—Por favor —dijo Daniel en voz baja—. Ven conmigo. Es importante.

Algo en su voz debió de convencerla porque dejó de resistirse, aunque su cuerpo permanecía tenso bajo el contacto de él. La condujo lejos de las puertas principales, por una calle lateral y hacia la pequeña biblioteca.

—La fábrica está cerrada —dijo ella con sequedad mientras él abría la puerta de la biblioteca—. ¿No deberías estar en casa preparando tu boda?

Daniel hizo una mueca ante la amargura en su voz. La introdujo en el interior, cerró la puerta tras ellos y finalmente le soltó el brazo.

—¿Estás bien? —le preguntó, estudiando su rostro.

—Estoy bien. —Sarah se apartó de él, tomando distancia—. ¿Es por eso por lo que me has sacado de la huelga? ¿Para comprobar si estoy bien?

—En parte. —Daniel se quitó la gorra—. Y para darte una explicación sobre el anuncio del compromiso.

—No hay nada que explicar. —La voz de Sarah era gélida—. Felicidades por tus próximas nupcias, señor Bailey. Estoy segura de que tú y la señorita Harrington seréis muy felices juntos.

—Sarah, por favor...

—¿Te estás divirtiendo con esto? —interrumpió ella, con su compostura resquebrajándose ligeramente—. ¿Te entretenía jugar

conmigo mientras organizabas tu matrimonio con una mujer de tu propia clase?

Daniel la miró desconcertado. —¿Jugar contigo? Sarah, yo nunca...

—Tu carta dejó tus sentimientos perfectamente claros. —Sarah se cruzó de brazos sobre el pecho—. Aunque debo decir que esperaba al menos la cortesía de una despedida cara a cara.

—¿Mi carta? —Daniel sacudió la cabeza—. ¿De qué estás hablando?

Sarah entrecerró los ojos. —No finjas ignorancia. Todo esto está incluso por debajo de ti.

—Sinceramente, no sé a qué carta te refieres —insistió Daniel—. Te escribí para explicarte lo del compromiso, que fue cosa de mi padre, no mía. Que no tenía intención alguna de casarme con Catherine.

—Eso no es lo que decía tu carta. —La voz de Sarah era inexpresiva—. Tu carta definía nuestra amistad como una «curiosidad momentánea» y me ordenaba que no volviera a ponerme en contacto contigo jamás.

Daniel sintió que la sangre se le retiraba del rostro. —Yo nunca escribí eso. Jamás.

Algo en su expresión debió de conmoverla, porque la duda parpadeó en el rostro de ella.

—La carta estaba dentro de un libro —dijo ella—. *Orgullo y prejuicio*. Lo dejaste en nuestro lugar de siempre.

Daniel se acercó al asiento de la ventana donde solían intercambiar libros y cartas. —Enséñamela. Por favor.

Sarah vaciló, luego metió la mano en su bolsillo y sacó un papel doblado. Daniel lo cogió y leyó.

Se le revolvió el estómago con cada línea fría y despectiva. «Una curiosidad momentánea». «Una distracción agradable». «Un hombre en mi posición debe mantener ciertos estándares».

—Yo no escribí esto —dijo cuando terminó—. Esta no es mi letra, aunque es una buena falsificación.

—Entonces, ¿quién... —Los ojos de Sarah se agrandaron al comprender—. ¿Tu padre?

—Probablemente ha interceptado nuestra correspondencia. —Daniel arrugó la carta en el puño—. Amenazó con hacer que te despidieran si yo no seguía adelante con el matrimonio con Catherine.

Sarah se dejó caer en el asiento de la ventana. —Así que escribió esto para asegurarse de que me mantendría alejada de ti.

—Lo siento mucho, Sarah. —Daniel se acercó a ella pero se detuvo antes de tocarla—. Yo nunca te diría esas cosas. Nunca pensaría en ti de esa manera.

Ella lo miró. —Te creo —dijo finalmente—. Pero eso no cambia nada, Daniel.

—Lo cambia todo —rebatió él—. Mi padre intentó separarnos porque sabe lo que siento por ti.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes? —preguntó Sarah en voz baja.

Daniel respiró hondo. —Te quiero, Sarah. Más de lo que he querido a nadie. Cuando estoy contigo, me siento... como la persona que debería ser, no la persona que mi padre quiere que sea.

—Es justo eso, ¿verdad? —Sarah se levantó de nuevo—. La persona que deberías ser y quien soy yo nunca podrán estar a la par. No en este mundo.

—Podríamos intentarlo...

—¿Y afrontar qué consecuencias? —Sarah sacudió la cabeza—. Tu padre nos destruiría a ambos. Los trabajadores te necesitan como aliado, no como una fábula con moraleja.

—Me marcho hoy a Londres —dijo Daniel—. El primo de mi madre forma parte de un comité parlamentario que investiga las condiciones de las fábricas. Voy a testificar contra mi padre.

Sarah lo miró fijamente. —¿Harías eso?

—Tengo que hacerlo. —Daniel dio un paso al frente—. De lo contrario, no podría vivir conmigo mismo. Y después... después de eso, las cosas cambiarán. No tendré herencia ni posición, pero seré libre.

—¿Libre para qué? ¿Para casarte con una anudadora que no tiene nada a su nombre? —Sarah soltó una risa triste—. Sé realista, Daniel.

—Estoy siendo realista —insistió él—. Por primera vez en mi vida.

Sarah le acarició brevemente la mejilla. —Eres un buen hombre, Daniel Bailey. Mejor de lo que tu padre fue jamás. Pero existimos en mundos diferentes.

—Los mundos pueden cambiar.

—No lo bastante deprisa —Sarah retiró la mano—. No para nosotros.

—Sarah, por favor. —Daniel le sujetó los dedos antes de que ella pudiera retirarse por completo—. Ven conmigo a Londres. Podemos empezar de cero en algún lugar donde mi padre no pueda alcanzarte.

—¿Y qué hay de los demás? —Ella señaló hacia las ventanas, donde la huelga continuaba fuera—. ¿Tommy, Annie, la señora Fletcher? No puedo abandonarlos para que se enfrenten solos a la ira de tu padre.

Daniel supo que la estaba perdiendo. —Entonces espérame. Volveré después de la audiencia del comité.

—¿Para qué? —preguntó Sarah con dulzura—. ¿Para unos cuantos momentos robados más en esta biblioteca antes de que la realidad se imponga de nuevo? Te quiero demasiado como para fingir que tenemos futuro, Daniel.

—¿O sea que se acabó? ¿Simplemente... nos rendimos?

—Aceptamos lo que hay —corrigió Sarah—. Tú vas a Londres. Cuentas la verdad sobre las fábricas. Marcas la diferencia para cientos de trabajadores. Y yo me quedo aquí, o me voy a cualquier lugar que encaje con mi mundo.

Daniel sintió como si el suelo se inclinara bajo sus pies. —No quiero perderte.

—Quizá en otra vida —dijo Sarah en un susurro—. Una en la que no hubieras nacido siendo un Bailey y yo no hubiera nacido huérfana. Una en la que la distancia entre nosotros no fuera un abismo infranqueable.

Ella dio un paso atrás y esta vez él la dejó marchar. —Adiós, Daniel. Haz lo que tengas que hacer en Londres. Haz que valga la pena.

—Sarah...

Pero ella ya caminaba hacia la puerta, con la espalda recta y la cabeza alta.

—Ten cuidado en la huelga —dijo él, con unas palabras que le resultaban insuficientes incluso a sus propios oídos—. Los hombres de mi padre no tendrán piedad.

—Nosotros tampoco —respondió Sarah, deteniéndose en la puerta—. Buena suerte en Londres.

SARAH



El segundo día de huelga trajo una lluvia intensa que repiqueteaba contra las ventanas de la cocina de la señora Winters. La estancia, pequeña, resultaba abarrotada pero cálida, un refugio acogedor frente a los empapados piquetes que había en el exterior de la fábrica Bailey. Sarah estaba sentada a la gastada mesa de madera, tomando una taza de té mientras Tommy se tocaba la cabeza vendada.

—Deja de tocarte —le regañó Annie, apartándole la mano de un manotazo—. Vas a ponerlo peor.

—Es que me pica —se quejó Tommy—. ¿Cómo se supone que va a curarse uno con un vendaje que pica y te vuelve loco?

—Podrías intentar quedarte quieto más de diez segundos —sugirió la señora Winters, removiendo una olla de estofado que llenaba la cocina con un aroma rico y sabroso—. Aunque me doy cuenta de que eso puede ser pedir un imposible.

Han pasado dos días desde que Thorne puso el aviso que obligaba a todos los trabajadores a firmar la declaración contra el sindicato. Dos días desde que ella y Tommy se negaron y se vieron oficialmente despedidos de la fábrica Bailey.

—Así que —dijo Tommy, echándose atrás en la silla a pesar de la mirada de desaprobación de Annie—, eso es todo. Tres años en la Bailey, y lo único que me queda es esta impresionante herida en la cabeza y ninguna carta de recomendación.

—No pareces muy disgustado por ello —observó Sarah.

Tommy sonrió de oreja a oreja. —¿Por qué iba a estarlo? Hemos empezado algo más grande que nosotros mismos. —Señaló hacia la ventana, por la que el agua resbalaba sobre el cristal—. Doscientos trabajadores en huelga. El Northern Review ha enviado a un reportero. Hasta los periódicos de Londres escriben ahora sobre la fábrica Bailey.

—Eso no te pone la comida en el plato —señaló la señora Winters con sentido práctico, aunque sus ojos brillaban de orgullo.

—Cierto —concedió Tommy—. Pero por una vez, parece que estamos haciendo algo que importa. Como si, después de todo, no fuéramos solo piezas de la maquinaria Bailey.

—¿Qué haréis ahora? —preguntó Annie en voz baja—. ¿Los dos?

Sarah clavó la vista en su taza de té, evitando los ojos de todos. Toda su existencia había girado en torno a la fábrica; sus rutinas, sus exigencias y sus muros definían los límites de su mundo. Ahora ese mundo se había desvanecido.

—Bueno —dijo la señora Winters, apartándose de los fogones con aire decidido—. Eso es algo que tenía intención de discutir con todos vosotros.

Se limpió las manos en el delantal y se reunió con ellos en la mesa. —He decidido vender la panadería.

—¿Qué? —Tommy se enderezó, haciendo una mueca cuando el movimiento repentino le sacudió la herida—. ¡Tía Bess, no puedes!

—Vaya que sí puedo —respondió la señora Winters con calma—. Margaret Simmons lleva años detrás de que le venda. Me ha ofrecido un precio justo y he aceptado.

—Pero la tienda ha sido tuya durante quince años —protestó Tommy—. Te encanta estar aquí.

—Me encantaba —corrigió la señora Winters—. En pasado. Lancashire ya no es lo que era. —Miró a cada uno de ellos por turno —. Me mudo a Manchester. Y me gustaría que todos vinierais conmigo.

—¿A Manchester? —Annie fue la primera en reaccionar—. Pero eso está muy lejos.

—Cincuenta kilómetros no son precisamente el fin del mundo —dijo la señora Winters con sequedad—. Y Manchester tiene oportunidades que Lancashire ya no puede ofrecer. Especialmente para tres jóvenes que Edward Bailey ha puesto en la lista negra.

—No podemos abusar de tu confianza de esa manera —dijo Sarah suavemente.

—¿Abusar? —bufó la señora Winters—. ¿Quién abusa de quién? Estoy siendo totalmente egoísta. Soy demasiado vieja para empezar de cero sola en una ciudad nueva. Necesito espaldas jóvenes y manos fuertes que me ayuden.

—Tía Bess... —comenzó Tommy.

—No me vengas con «tía Bess» y me pongas esa cara de pena —le interrumpió la señora Winters—. He tomado una decisión. He dado una señal por una pequeña tienda con vivienda encima. Más grande que este sitio, con una cocina de verdad para hornear.

—¿Qué haríamos allí? —preguntó Sarah, incapaz de evitar que la duda asomara a su voz—. Ninguno de nosotros sabe hacer otra cosa que trabajar en la fábrica.

—Tonterías. —La señora Winters dio unos golpecitos en la mesa para enfatizar sus palabras—. Annie ya ha demostrado que es una panadera nata. La chica tiene magia en las manos para la repostería.

Annie se sonrojó ante el elogio.

—Sarah, tienes las puntadas más pulcras que he visto en mi vida —continuó la señora Winters—. Esos pañuelos que haces podrían venderse bien en una tienda de la ciudad. Podrías aprender costura y sombrerería. Muchas costureras aceptarían a una aprendiz con tu buen ojo para el detalle.

—¿Y yo qué? —preguntó Tommy, arqueando una ceja—. ¿Qué talentos ocultos ha descubierto en tu sobrino el alborotador?

—Tú —dijo la señora Winters—, puedes aprender a arreglar cosas. Manchester está lleno de máquinas que necesitan mantenimiento. Siempre has tenido facilidad para entender cómo funcionan las cosas, si no, ¿por qué ibas a poder sabotear las máquinas de Bailey de forma tan eficaz?

A Tommy se le desencajó la mandíbula. —¿Sabías eso?

—Por favor. —La señora Winters puso los ojos en blanco—. Yo te crié, hijo. No podías ocultarme un secreto cuando tenías diez años, y no puedes ocultármelo ahora.

Sarah dejó escapar una pequeña carcajada. —Lo tienes todo pensado, ¿verdad?

—He tenido tiempo de sobra para pensar mientras os veía dar tumbos unos con otros —respondió la señora Winters—. Tal como yo lo veo, todos podríamos empezar de cero. Y puede que, una vez establecidos, abramos nuestras propias tiendecitas.

—No lo sé —dijo Sarah vacilante—. Suena maravilloso, pero estaríamos dependiendo de tu caridad. No está bien.

—Ayudar a la familia no es caridad —sentenció la señora Winters con firmeza—. Y, os guste o no, vosotros tres sois mi familia ahora.

Tommy buscó la mano de Annie por encima de la mesa. —¿Qué te parece? Ya estás trabajando aquí con la tía Bess...

Annie se mordió el labio. —Me encanta la repostería. Y ya no queda nada para nosotros en Lancashire, ¿verdad? No con los hombres de Bailey vigilando la huelga y tomando nombres.

—Nunca volverán a contratarnos a ninguno de nosotros —asintió Sarah—. Después de todo lo que ha pasado.

—Entonces está decidido —declaró la señora Winters, volviendo a su olla de estofado—. Nos iremos a finales de mes. Eso me da tiempo para finalizar la venta y a vosotros para cerrar cualquier asunto que tengáis pendiente.

—Eso son apenas dos semanas —protestó Sarah.

—Es mejor moverse rápido antes de que Bailey y los de su clase encuentren nuevas formas de complicarnos la vida. —La señora Winters empezó a servir el estofado en cuencos—. Ahora, comed.

Después de cenar, Tommy insistió en ayudar a la señora Winters con los platos a pesar de su herida, dejando que Sarah y Annie salieran a tomar el aire. La lluvia había parado y el pequeño jardín trasero estaba húmedo pero tranquilo bajo la luz del atardecer.

Se sentaron en el peldaño de la puerta trasera, tocándose los hombros con confianza.

—Manchester —dijo finalmente Annie, saboreando la palabra—. Parece que está tan lejos.

—Cincuenta kilómetros no son el fin del mundo —citó Sarah a la señora Winters con una sonrisa—. O eso me han dicho.

—Pues como si fuera otro país. —Annie jugueteó con su falda—. Nunca he estado a más de ocho kilómetros de donde nací.

—Ni yo —admitió Sarah—. Es aterrador. Y también...

—¿Emocionante? —concluyó Annie por ella.

—Sí. —Sarah se sorprendió al darse cuenta de que era verdad—. Un lugar donde nadie nos conoce ni sabe por lo que hemos pasado. Donde podemos ser algo más que simples chicas de la fábrica.

—O antiguas chicas de la fábrica —corrigió Annie con una risita. Miró hacia la ventana de la cocina, donde se veía la silueta animada de Tommy—. Al menos Tommy parece feliz por ello.

—Tommy sería feliz mudándose a la luna si tú fueras con él —bromeó Sarah.

Las mejillas de Annie se tiñeron de rosa. —No seas ridícula.

—¿Ah, sí? ¿O sea que no lleváis los dos lanzándoos miraditas sobre la mesa de repostería de la señora Winters toda la semana?

—¡Sarah! —El rubor de Annie se intensificó, pero no pudo ocultar la sonrisa—. No es... no hemos... todavía es algo nuevo.

—¿Pero hay algo? —Sarah la empujó suavemente con el hombro.

Annie asintió, de repente tímida. —Me preguntó si podría cortejarme como es debido. Lleva medio enamorado de mí desde mi primer día en la fábrica, ¿te lo puedes creer?

—Fácilmente —respondió Sarah—. Cualquiera con ojos podía verlo.

—Él es diferente cuando estamos a solas —dijo Annie suavemente—. Sigue siendo Tommy, sigue siendo ridículo y sigue estando lleno de grandes ideas, pero también es más tierno. Habla del futuro como si fuera algo que fuéramos a compartir.

—¿Y lo haréis? Me refiero a compartirlo.

—Creo que sí. —La sonrisa de Annie se ensanchó—. Me hace reír, incluso cuando todo está fatal. Eso vale algo, ¿no?

—Lo vale todo —asintió Sarah, sinceramente feliz por su amiga—. Te mereces a alguien que te haga reír, Annie.

Annie estudió el rostro de Sarah. —¿Y tú qué? ¿Ningún chico de la fábrica te llamó la atención antes de que... bueno, antes de que

todo se desmoronara?

Sarah desvió la mirada. —No. Ningún chico de la fábrica.

Algo en su tono hizo que Annie se inclinara más hacia ella. —Pero había alguien —dijo. No era una pregunta.

Sarah permaneció en silencio, observando a un gorrión saltar por el muro del jardín.

—Sarah Dobbs —dijo Annie dándose cuenta de repente—, estás ocultando algo. Nunca has sabido mentirme.

—No es nada. No fue nada. —Sarah se abrazó las rodillas contra el pecho—. Un sueño tonto, eso es todo.

—Cuéntamelo —insistió Annie con suavidad—. ¿Por favor? Después de todo lo que hemos pasado, puedes confiarme cualquier cosa.

Las palabras brotaron antes de que Sarah pudiera detenerlas. —Fue Daniel Bailey.

A Annie se le abrió la boca. —¿Daniel Bailey? ¿El hijo del dueño de la fábrica?

Sarah asintió con aflicción.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En la biblioteca —admitió Sarah—. Empezamos a hablar de libros. Luego nos intercambiamos cartas. Al principio solo teníamos conversaciones. Nada inapropiado.

—¿Y luego?

—Y luego dejó de ser solo eso. —Sarah tiró de un hilo suelto de su manga—. Al menos, no para mí.

—Oh, Sarah. —La voz de Annie era suave, cargada de comprensión—. Por eso has estado diferente desde el anuncio del compromiso.

—Sabía que nunca podría pasar nada entre nosotros —continuó Sarah—. Él es Daniel Bailey y yo no soy nadie. Pero por un tiempo breve, cuando solo hablábamos de libros, parecía que esas cosas no importaban.

—¿Y él...? Quiero decir, ¿él sentía lo mismo?

—Pensé que tal vez sí —dijo Sarah—. Luego vino el anuncio del compromiso y una carta horrible. Pero no era suya, fue obra de su padre. Daniel me encontró durante la huelga y me lo explicó todo.

—¿Qué te dijo?

—Que me quiere. Que se va a Londres para testificar contra su padre ante un comité parlamentario. Que quería que fuera con él. —Sarah soltó una risa amarga—. Como si fuera así de sencillo.

—Y dijiste que no.

—¿Qué otra cosa podía decir? «¿Sí, me fugaré con el hijo del dueño y destruiré nuestras dos vidas?» —Sarah negó con la cabeza —. Ahí no hay futuro, Annie.

Para horror de Sarah, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Se las secó con rabia, pero siguieron cayendo más.

—Soy tan tonta —susurró—. Por pensar que alguien como él podría querer de verdad a alguien como yo.

—Basta ya —dijo Annie con firmeza, rodeando los hombros de Sarah con el brazo—. No eres tonta. Y si él te quiere de verdad, es porque ve lo mismo que veo yo. Que eres la amiga más fuerte, inteligente y leal que alguien podría tener.

—No importa lo que él vea —dijo Sarah con la voz quebrada—. Somos de mundos diferentes.

—Los mundos pueden cambiar —dijo Annie en voz baja.

—No lo bastante pronto. No para nosotros. —Sarah se apoyó en el abrazo de su amiga—. Y ahora yo me voy a Manchester y él se va a Londres y así es como tiene que ser.

Annie no dijo nada, se limitó a abrazar a Sarah mientras ella lloraba por el sueño imposible: por las conversaciones robadas en una biblioteca polvorienta, por los breves y hermosos momentos en los que la clase y las circunstancias no habían importado, por el futuro que nunca podría ser.

—Odio esto —dijo Sarah finalmente, cuando el llanto hubo cesado—. Odio estar llorando por un hombre. Yo no soy así.

—Estás llorando por un mundo injusto —la corrigió Annie—. No hay nada de qué avergonzarse en ello.

Sarah se enderezó, limpiándose la cara con la manga. —Ya no importa. Manchester me espera, y lo que sea que sintiera por Daniel Bailey se queda aquí en Lancashire.

—Si tú lo dices... —respondió Annie, claramente poco convencida.

—Lo digo. —Sarah forzó una sonrisa—. Ahora cuéntame más sobre ti y Tommy. ¿Sigue diciendo ridiculeces cuando estáis solos, o se convierte de repente en un poeta?

DANIEL



Daniel estaba sentado muy derecho en la sala del comité parlamentario y, frente a él, doce hombres con trajes caros le observaban desde su plataforma elevada, con expresiones que iban desde el aburrimiento al interés moderado.

—Señor Bailey —comenzó lord Ashworth, consultando sus notas —, usted afirma que las fábricas de Lancashire funcionan habitualmente al margen de las normas de seguridad. ¿Puede darnos ejemplos concretos?

Daniel abrió el libro de registro de accidentes. —He recopilado registros de seis de las principales fábricas, incluida la de mi padre. Solo en el último año, estas fábricas notificaron ciento cuarenta y siete accidentes graves con maquinaria. Noventa y tres afectaron a menores de dieciséis años. En la mayoría de los casos, los trabajadores heridos esperaron horas para recibir atención médica, si es que la recibieron.

—¿Y qué pruebas tiene de ello? —preguntó un hombre de mofletes caídos a la derecha de Ashworth.

—Sus propios registros, señor. —Daniel señaló el libro abierto—. Estas son copias de los informes oficiales de accidentes, firmados por los médicos de las fábricas. Verán que constan la hora de la lesión y la del tratamiento. En este caso… —señaló una entrada—, un niño de ocho años perdió tres dedos a las nueve de la mañana, pero no recibió atención médica hasta las cuatro de la tarde.

—Son incidentes desafortunados —dijo con desdén otro miembro del comité—. Pero los accidentes ocurren en cualquier entorno industrial. No estará sugiriendo que los propietarios de las fábricas retrasan deliberadamente la atención médica, ¿verdad?

—Sugiero precisamente eso —respondió Daniel con firmeza—. La política habitual en la mayoría de las fábricas de Lancashire establece que los médicos solo realizan visitas a unas horas concretas cada día. Cualquier trabajador herido debe esperar, independientemente de la gravedad.

Lord Ashworth se inclinó hacia delante. —¿Y el «sistema de estiramiento» que mencionó en su declaración por escrito?

—Se implantó en toda la región el mes pasado. —Daniel abrió otro libro de registro—. Antes, los trabajadores atendían dos puestos cada uno. Ahora se les exige atender cuatro, cubriendo el doble de distancia física mientras mantienen la misma cuota de producción.

—Una medida de eficiencia razonable —terció el hombre de mofletes caídos—. Las presiones económicas exigen adaptación.

—Al día siguiente de su implantación en una fábrica, una chica de quince años perdió dos dedos porque iba corriendo de un puesto a otro —rebatió Daniel—. Cuando una anudadora insistió en que recibiera atención médica inmediata, fue despedida sin sueldo.

—Pasemos a los salarios —sugirió Ashworth—. Ha aportado usted unos cálculos bastante inquietantes.

Daniel acercó otro libro de registro. —Las fábricas de Lancashire han recortado los salarios tres veces en el último año, lo que supone una reducción total del veinticinco por ciento. Mientras tanto, los beneficios del sector han aumentado una media del dieciocho por ciento.

Repartió copias de un gráfico a cada miembro del comité. —Esto indica el salario semanal actual para diferentes puestos de la fábrica comparado con el coste básico de la vida en Lancashire. Como pueden ver, incluso trabajando seis días a la semana, ningún trabajador de una fábrica gana lo suficiente para permitirse comida, vivienda y carbón adecuados.

—Las operaciones comerciales deben responder a las presiones del mercado —comentó un hombre delgado con gafas—. Estos

ajustes afectan a todo el sector.

—Eso no lo hace correcto —dijo Daniel tajante—. Ni justifica un sistema de multas que reduce aún más los salarios por infracciones tan insignificantes como toser en la zona de trabajo.

—Pinta usted un panorama desolador, señor Bailey —observó lord Ashworth—. Pero tengo curiosidad… ¿por qué dar el paso ahora? Es de suponer que estas prácticas han sido constantes a lo largo de su vida.

Daniel dudó. —Porque he visto el coste humano —dijo finalmente —. He conocido a los niños que trabajan turnos de dieciséis horas. He hablado con mujeres que no pueden alimentar a sus familias a pesar de trabajar seis días a la semana. He visto a trabajadores sufrir lesiones evitables mientras los capataces se preocupaban por los cupos de producción.

Cerró el libro de registro que tenía delante. —Me he beneficiado de estas prácticas toda mi vida sin cuestionarlas. Eso me hace cómplice. No puedo cambiar el pasado, pero puedo asegurarme de que ahora se sepa la verdad.

Ashworth asintió pensativo. —¿Qué propone exactamente?

Daniel se incorporó aún más. —Una investigación formal de todas las fábricas de Lancashire, seguida de normativas de obligado cumplimiento sobre horarios de trabajo, salarios mínimos y requisitos de seguridad. Ha de prestarse especial atención a las prácticas de trabajo infantil. No se trata de una fábrica o de un propietario, sino de todo un sistema que sacrifica vidas humanas en pos del beneficio.

—Es una acusación muy amplia —dijo fríamente el hombre de los mofletes—. Muchos de los presentes en este comité tienen intereses industriales. ¿Sugiere que todos somos unos aprovechados sin escrúpulos?

—Lo que sugiero es que, sin una supervisión reguladora, las presiones económicas empujan incluso a los propietarios con buenas intenciones hacia prácticas de explotación —respondió Daniel con cautela—. La solución deben ser unas normas para todo el sector que protejan a los trabajadores y permitan al mismo tiempo que las empresas compitan de forma justa.

—¿Y si estas regulaciones hacen que los textiles británicos no puedan competir con los fabricantes extranjeros? —preguntó otro miembro.

—Entonces debemos preguntarnos qué precio estamos dispuestos a pagar por el dominio económico —dijo Daniel.

Solo Ashworth parecía genuinamente preocupado por las pruebas de Daniel.

—El comité considerará todos los testimonios presentados hoy —anunció finalmente Ashworth—. Emitiremos nuestras recomendaciones en el plazo de un mes.

Mientras los miembros del comité salían en fila, Daniel recogió sus documentos; le temblaban ligeramente las manos por la tensión de las últimas horas. El periodista del Northern Review que le había ayudado a preparar su testimonio se le acercó.

—Bien hecho, Bailey —dijo Norton, estrechándole la mano—. Les ha dado más de lo que esperaban.

—¿Servirá de algo? —preguntó Daniel.

—Es difícil de decir. —Norton señaló su cuaderno—. Pero cada palabra que has dicho saldrá en la edición de mañana. A veces la opinión pública puede lograr lo que los comités no quieren hacer.

Lord Ashworth se acercó cuando la sala se quedó vacía. —Hoy ha iniciado usted algo importante —dijo—. Aunque el cambio llega despacio en estos asuntos.

—Demasiado despacio para los que sufren ahora —respondió Daniel.

—En efecto. —Ashworth vaciló—. Debo advertirle que la noticia de su testimonio llegará a Lancashire antes que usted. Los socios de su padre han estado tomando notas y ninguno parecía contento.

Daniel asintió, sin sorpresa. —Conocía las consecuencias cuando acepté testificar.

—Su madre me pidió que le diera esto. —Ashworth le entregó a Daniel una carta sellada—. Temía que pudiera necesitarla antes de lo previsto.

Daniel se guardó la carta en la chaqueta. —Gracias, milord.

—¿A dónde irá ahora? —preguntó Ashworth.

Daniel se dio cuenta de que no tenía respuesta. —No lo sé —admitió—. A Londres no. Quizá primero vuelva a Lancashire, para arreglar las cosas.

—Tenga cuidado —le advirtió Ashworth—. Hoy se ha granjeado enemigos poderosos, incluidos algunos que podrían querer impedir por completo su regreso.

* * *

Tres días después, Daniel bajó del tren de Londres en una pequeña estación a quince millas de Lancashire. Lord Ashworth había dispuesto que un carruaje privado lo recogiera, conducido por un criado de confianza que conocía los caminos secundarios que llevaban a la finca de los Bailey.

—Debemos darnos prisa, señor —susurró el conductor mientras Daniel subía—. Su hombre, Evans, dice que se ha reforzado la seguridad desde que el señor Bailey tuvo noticia de su testimonio.

Viajaron por tortuosos senderos rurales para evitar las carreteras principales donde pudieran reconocerlos. El carruaje se detuvo por fin en un pequeño bosquecillo tras la propiedad de los Bailey.

Arthur esperaba allí, con el rostro demudado por la preocupación.

—Señor —saludó a Daniel en voz baja—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué ha pasado, Arthur? —preguntó Daniel bajando del carruaje.

—Su padre recibió telegramas de Londres ayer. Él… —Arthur vaciló—. No estaba contento. Ha ordenado al personal que saque todas sus pertenencias de la casa y que queme cualquier cosa que quede antes del anochecer.

Daniel hizo una mueca, pero no le sorprendió. —¿Y qué hay de mi madre?

—Ha quedado en verle en la iglesia de San Marcos a mediodía —respondió Arthur—. He preparado un carruaje aparte con sus cosas.

—Ha arriesgado mucho —observó Daniel.

—Igual que usted, señor. —Arthur le guió a través de los árboles hasta donde esperaba un modesto carruaje cargado con baúles—. Aquí está todo lo que he podido salvar.

—Arthur, no deberías haber…

—Ya está hecho —le interrumpió Arthur—. Y me han despedido por las molestias. Al parecer, por exceso de lealtad al Bailey equivocado.

A Daniel se le cayó el alma a los pies. —Nunca fue mi intención…

—No hacen falta disculpas —dijo Arthur con firmeza—. Tomé mi decisión libremente, al igual que usted. —Consultó su reloj de bolsillo—. Deberíamos irnos. Su padre tiene hombres vigilando las carreteras principales.

Viajaron con cautela por caminos vecinales; los muelles del carruaje protestaban ante la tosquedad de los senderos rurales de Lancashire. Daniel abrió la carta de su madre y leyó su elegante caligrafía a la tenue luz de la linterna del carruaje.

Mi queridísimo Daniel:

Si lord Ashworth te ha entregado esta carta, es que te has mantenido firme. No puedo expresar lo orgullosa que estoy, aunque temo lo que te espera aquí.

Tu padre no perdonará lo que él considera una traición. Debes estar preparado para lo peor. He habilitado una pequeña cuenta en el banco Marshall's de Mánchester… es mi propia herencia, guardada aparte de la fortuna de tu padre. Se adjuntan los detalles.

Intentaré verte una vez más antes de que tengas que marcharte de Lancashire. Hasta entonces, sabe que mi amor y mi orgullo te acompañan siempre.

Con cariño, tu madre

Dentro había una pequeña cartilla bancaria que mostraba una cantidad muy generosa.

La iglesia de San Marcos estaba en silencio cuando Arthur detuvo el carruaje.

—Esperaré con sus pertenencias, señor —dijo—. Tómese el tiempo que necesite.

Daniel entró en la iglesia y sus pasos resonaron en la nave vacía. Una sola figura estaba arrodillada en oración cerca del altar; era su

madre, con la cabeza inclinada bajo un velo negro.

—Madre —llamó suavemente.

Elizabeth Bailey se volvió y se levantó rápidamente al verle. Corrió por el pasillo y le abrazó; su esbelto cuerpo temblaba.

—Daniel —susurró—. Mi valiente e insensato niño.

—Lo siento —dijo él, estrechándola con fuerza—. Nunca quise ponerte en esta situación.

Ella se apartó y le estudió el rostro. —Nunca me he sentido más orgullosa de ti —dijo fervientemente—. No lo dudes nunca.

—¿Cómo de grave es la situación? —preguntó Daniel.

—Peor de lo que esperaba. —Elizabeth le guió hasta un banco—. Te ha desheredado formalmente. Ayer se redactaron los documentos legales para expulsarte de la familia. Tu nombre está prohibido en casa.

Daniel respiró hondo. —¿Y tú? ¿Te ha prohibido verme?

Una pequeña sonrisa desafiante asomó a sus labios. —Puede que lo intente, pero hay ciertos asuntos en los que ni siquiera Edward Bailey puede exigir obediencia absoluta.

—No quiero complicarte más la vida —dijo Daniel.

—Mi vida ha sido dura en formas que no puedes imaginar —respondió Elizabeth—. Pero verte defender lo que es justo me ha dado más alegría de la que crees.

—¿Has recibido la cartilla? No es una fortuna según los estándares de los Bailey, pero es suficiente para empezar una nueva vida.

—No puedo aceptar esto —protestó Daniel.

—Puedes y lo harás. —Elizabeth cerró los dedos de Daniel sobre la cartilla—. He esperado veinte años para usar este dinero en algo que mereciera la pena. Ayudar a mi hijo a empezar una vida honrada parece lo más apropiado.

—¿Qué será de ti? —Daniel formuló la pregunta que le rondaba por la cabeza desde Londres.

—Seguiré como hasta ahora —dijo Elizabeth con sencillez—. Tu padre me necesita más de lo que admitirá, especialmente ahora que el sector está bajo escrutinio.

—Te castigará por haberme ayudado.

—Lo intentará —asintió Elizabeth—. Pero he soportado cosas peores.

Levantó la mano para acariciarle la mejilla. —Prométeme que no desaparecerás por completo. Escríbeme a través de lord Ashworth. Hazme saber que estás bien.

—Te lo prometo. —Daniel cubrió la mano de ella con la suya—. Y si las cosas se vuelven insoportables con mi padre…

—Te encontraré —le aseguró ella—. Pero mi lugar está aquí por ahora. Todavía hay chicas que necesitan ayuda.

A Daniel se le llenaron los ojos de lágrimas. —No lo había entendido hasta hace poco. Todo lo que has hecho, todo lo que has sacrificado.

—Cada uno libra sus batallas de diferentes maneras —dijo Elizabeth—. Tú elegiste la postura pública que yo nunca pude adoptar. Tu testimonio podría cambiar de verdad las cosas para las fábricas de toda Inglaterra, no solo para la de tu padre.

—El comité no pareció conmoverse —admitió Daniel.

—Los comités raras veces lo hacen —reconoció Elizabeth—. Pero los periódicos sí. La cobertura del Northern Review la han recogido los periódicos de Londres. La gente está hablando, Daniel. Se están planteando preguntas que no se pueden descartar fácilmente.

Se quedaron sentados en silencio un momento, madre e hijo en una iglesia vacía, dándose un adiós que ninguno de los dos quería reconocer.

—Debería irme —dijo finalmente Daniel—. Arthur está esperando con el carruaje.

—¿Arthur? —Elizabeth pareció sorprendida—. ¿Está contigo?

—Mi padre le despidió.

Una sonrisa asomó a los labios de Elizabeth. —Bien. Necesitarás a alguien en quien confiar.

Le abrazó una última vez, apretándole con fuerza como si quisiera memorizar la sensación de su hijo entre sus brazos. —Vete con mi bendición —susurró—. Vive una vida digna de tu conciencia.

Daniel la estrechó, sabiendo que aquello podría ser la última vez que la viese. —Te quiero, madre.

—Y yo a ti —respondió ella—. Ahora vete, antes de que descubran que estás aquí.

Daniel caminó de vuelta por la nave y se volvió para echar un último vistazo. Elizabeth Bailey estaba de pie, erguida y digna, con el rostro bañado en lágrimas pero con expresión resuelta. Levantó la mano a modo de despedida.

Fuera, Arthur esperaba sentado en el carruaje, con su postura impecable de siempre. Daniel subió junto a él en lugar de ocupar el asiento del pasajero.

—¿Señor? —Arthur enarcó una ceja ante aquella falta de protocolo.

—Creo que ya hemos pasado la etapa del «señor», Arthur —dijo Daniel con cansancio—. Ya no soy el heredero de nada.

—Viejas costumbres —respondió Arthur, con la sombra de una sonrisa asomando a sus labios—. ¿A dónde iremos?

Daniel miró fijamente el camino que se extendía ante ellos. La pregunta abarcaba algo más que su destino inmediato; era todo su futuro, de pronto por escribir y desconocido.

—No lo sé —admitió.

SARAH - TRES AÑOS DESPUÉS



Sarah se apartó un mechón de pelo rebelde tras la oreja y contempló su pequeña tienda con satisfacción. Rollos de tela de todos los colores del arcoíris se alineaban en los estantes, y un vestido a medio terminar colgaba del maniquí junto a la ventana. Trozos de hilo y retales de tela cubrían el suelo bajo la mesa de corte, prueba de una jornada ajetreada.

—Lucy, asegúrate de barrer antes de irte —le dijo Sarah a su ayudante, una muchacha de dieciséis años de mirada vivaz, dedos ágiles y mente despierta.

Lucy levantó la vista del corpiño que estaba cosiendo. —Sí, señorita Dobbs. ¿Volverá antes del cierre?

—No, tengo que ir a por unos botones e hilo al mercado. —Sarah se desató el delantal de trabajo y lo colgó en una percha junto a la puerta—. Cierra cuando termines y nos vemos mañana.

Cogió su chal y su cesta, deteniéndose un momento ante el pequeño espejo para comprobar su aspecto. Los tres años en Manchester le habían sentado bien. Se le había redondeado el rostro y su cabello oscuro estaba cuidadosamente recogido en un moño, aunque algunos mechones rebeldes se escapaban por muchas horquillas que usara.

—La señora Winters dice que cenaremos en su casa esta noche —le recordó Lucy—. Va a preparar su famoso estofado de cordero.

Sarah sonrió. —No se me ha olvidado. Dile que, si me retraso, llevaré pan recién hecho de la panadería de Barrett.

La campana sobre la puerta tintineó cuando Sarah salió a la bulliciosa calle de Manchester. Llevaba allí dos años y aún se maravillaba de la diferencia entre esta vida y la anterior. Se acabó el polvo de algodón que le llenaba los pulmones, las horas interminables de pie frente a las máquinas y los capataces crueles que vigilaban cada uno de sus movimientos.

—¡Buenas tardes, señorita Dobbs! —saludó el señor Peterson desde su librería, al otro lado de la calle—. Hace un día espléndido, ¿verdad?

—Precioso —asintió Sarah, saludando con la mano al amable librero.

La plaza del mercado bullía de actividad; los vendedores pregonaban sus mercancías mientras los compradores regateaban los precios. Sarah se abrió paso entre la multitud hacia la mercería de los Hilliard, su puesto favorito para suministros de costura.

—¿Lo de siempre, señorita Dobbs? —preguntó la señora Hilliard cuando Sarah se acercó.

—Hoy necesito hilo negro y azul marino, y esos botones de nácar si aún le quedan. —Sarah dejó su cesta sobre el mostrador—. El vestido de la señora Blackwell está casi terminado, y es muy exigente con que los botones combinen a la perfección.

La señora Hilliard soltó una risita. —¿Acaso no lo son todas? Déjeme ver qué tengo.

Sarah esperó, repasando mentalmente su lista de pedidos. El vestido de la señora Blackwell necesitaba los toques finales y luego podría empezar con los uniformes escolares de las niñas Milford. El negocio iba bien; no lo suficiente como para hacerse rica, pero sí para permitirse una pequeña habitación sobre la tienda y comida en la mesa. Tras años de mera supervivencia, aquello le parecía abundancia.

—Aquí tiene. —La señora Hilliard colocó un paquete de botones en la cesta de Sarah—. ¿Alguna otra cosa hoy?

—Eso es todo, gracias. —Sarah pagó y se dio la vuelta para marcharse, chocando de frente con un hombre alto que había

estado examinando telas en el puesto de al lado.

—Lo siento muchísimo... —comenzó a decir, levantando la vista. Las palabras se le murieron en la garganta.

Daniel Bailey la miraba fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Sarah? —Su voz apenas era audible por encima del ruido del mercado—. ¿De verdad eres tú?

Sarah apretó con fuerza su cesta. Él parecía distinto; tenía el rostro más anguloso y su ropa era más sencilla, aunque de buena calidad. Al joven caballero refinado lo había sustituido alguien más curtido, más sólido.

—Daniel —logró decir—. Yo... esto es inesperado.

Él rió, un sonido corto y cargado de incredulidad. —Eso es decir poco. Pensaba que aún estabas en Lancashire.

—No, yo... nos mudamos a Manchester. Hace casi tres años ya. —Sarah miró a su alrededor, de pronto consciente de que estaban allí parados en medio del ajetreado mercado—. ¿Y tú? Pensaba que estabas en Londres.

—Estuve allí. Por un tiempo. —Daniel se pasó una mano por el pelo, un gesto tan familiar que a Sarah le dolió el pecho—. Llevo en Manchester unos dos años, en realidad.

—¿Dos años? —repitió Sarah—. Pero ¿cómo...?

Un vendedor gritó detrás de ellos, casi arrollándolos con un carro de patatas.

Daniel le tocó el codo suavemente. —¿Podríamos... tendrías tiempo para tomar un té? Hay una cafetería a la vuelta de la esquina. Me encantaría saber cómo te ha ido.

Cada instinto le decía a Sarah que se negara, que se marchara antes de que las viejas heridas se reabrieran. Pero la curiosidad, y algo más profundo de lo que quería admitir, ganaron la partida.

—De acuerdo —dijo—. Solo unos minutos.

La cafetería era pequeña, pero estaba limpia, con manteles de cuadros y ventanas por las que entraba la luz del sol. Se sentaron en una mesa de la esquina hasta que la camarera les trajo el té.

—Así que —dijo Daniel finalmente—, Manchester.

Sarah asintió. —La señora Winters vendió su panadería en Lancashire y compró una nueva aquí. Nos invitó a Annie, a Tommy y a mí a venir con ella.

—Fue muy generoso por su parte.

—Es una persona generosa. —Sarah removió su té, observando el remolino del líquido—. Annie trabaja en la panadería con ella. Ella y Tommy se casaron el verano pasado.

Daniel sonrió. —Me alegra mucho oír eso. Él siempre pareció prendado de ella.

—Lo estaba. Y lo sigue estando. —Sarah dio un sorbo al té, aprovechando el momento para serenarse—. ¿Y tú? ¿Por qué Manchester?

—Después de las audiencias parlamentarias, volver a Lancashire no era realmente una opción —dijo Daniel—. Mi padre se encargó de eso.

—Oí hablar de las audiencias. Tu testimonio causó un gran impacto.

—No lo suficiente —Daniel hizo una mueca—. Las recomendaciones del comité fueron tibias. Prometieron hacer más inspecciones y obligaron a las fábricas a mejorar la seguridad. Pero al menos sirvió para iniciar el debate.

—La fábrica de los Bailey cerró —dijo Sarah—. ¿Lo sabías?

Daniel levantó la vista, con la sorpresa reflejada en el rostro. —No, no lo sabía.

—Hace seis meses. El Northern Review publicó un reportaje extenso sobre ello. Tu padre se negó a implementar las nuevas medidas de seguridad y, cuando hubo otro accidente —uno grave—, las autoridades finalmente intervinieron.

—¿Qué pasó con los trabajadores?

—La mayoría encontró puestos en otras fábricas. Algunos, como Tommy, ya se habían marchado. Los que se quedaron dijeron que las condiciones mejoraron tras las audiencias, incluso antes del cierre. El sistema de multas fue abolido, al menos.

Daniel se recostó, asimilando la información. —Esperaba que las cosas cambiasen, pero nunca imaginé que mi padre perdería la fábrica por completo.

—No lo ha perdido todo —explicó Sarah—. Por lo que he oído, aún es dueño de varias fábricas más pequeñas. Pero la fábrica Bailey en sí está cerrada.

—¿Y mi madre? ¿Has sabido algo de ella?

Sarah negó con la cabeza. —No, lo siento.

Daniel asintió, con la decepción grabada en la cara. —Intercambiamos cartas de vez en cuando, a través de una prima de mi madre. Sigue con mi padre, aunque deduzco que no es una situación fácil.

—Lo siento —dijo Sarah de nuevo, con sinceridad.

—Basta de hablar del pasado —dijo Daniel, forzando un tono más animado—. Cuéntame de ti. ¿Qué haces en Manchester?

El rostro de Sarah se iluminó a pesar de sí misma. —Tengo una pequeña tienda. Confección de vestidos y arreglos, principalmente. No es nada lujoso, pero es mío.

—Eso es maravilloso —dijo Daniel, con una sonrisa genuina—. Siempre has tenido manos hábiles.

—La señora Winters me ayudó a montarla. Incluso he contratado a una ayudante. —Sarah no pudo ocultar el orgullo en su voz—. ¿Y tú? ¿Qué te trae hoy al mercado?

—Material escolar, en realidad. —Daniel sacó una lista arrugada del bolsillo—. Tiza, papel, pizarrines. Dirijo una pequeña escuela en la zona este de la ciudad.

Sarah parpadeó sorprendida. —¿Una escuela?

—Para hijos de obreros —explicó Daniel—. Clases nocturnas, sobre todo. Lectura, escritura, matemáticas básicas. Los niños que trabajan durante el día también merecen una educación.

—Eso es... es maravilloso —dijo Sarah, verdaderamente impresionada—. ¿Cómo la pusiste en marcha?

—Con el dinero de mi madre, inicialmente. Y con la ayuda de Arthur, que vino conmigo después de que nos fuéramos de Lancashire. Ahora tenemos otros tres profesores y unos sesenta alumnos.

—¿Arthur se ha quedado contigo todo este tiempo?

Daniel sonrió. —Él afirma que no tenía nada mejor que hacer, pero creo que disfruta enseñando más de lo que jamás disfrutó

siendo ayuda de cámara.

Sarah tomó otro sorbo de té, estudiándolo por encima del borde de su taza. —Pareces feliz.

—Lo soy, en gran medida —admitió Daniel—. No es la vida para la que fui educado, pero es una de la que puedo estar orgulloso.

Se quedaron en silencio, con el peso de las palabras no dichas gravitando entre ellos.

—Annie está esperando un bebé —dijo Sarah de repente, cambiando de tema—. En unos tres meses.

—Es una noticia excelente —respondió Daniel—. ¿Y Tommy?

—Aterrado e ilusionado a partes iguales —rió Sarah—. Ahora trabaja como mecánico, reparando maquinaria de las fábricas. Resulta que todos esos años estropeándolas le enseñaron exactamente cómo funcionan.

—¿Y la señora Winters?

—Próspera. Su nueva panadería es el doble de grande que la antigua, y ahora tiene a tres chicas trabajando para ella. —Sarah miró el reloj de la pared—. ¡Oh! No me había dado cuenta de la hora. Debo irme, prometí ayudar con la cena.

—Por supuesto. —Daniel se levantó mientras ella recogía sus cosas—. ¿Te importaría... esto es, podría acompañarte de vuelta? Me pilla de camino.

Sarah vaciló y luego asintió. —De acuerdo.

Fuera, la tarde se había suavizado; una luz dorada caía de soslayo entre los edificios mientras caminaban uno al lado del otro. Ninguno habló durante varios minutos, plenamente conscientes de la presencia del otro.

—Te busqué —dijo Daniel finalmente—. Cuando llegué a Manchester por primera vez. Pregunté en todas las fábricas textiles, pensando que podrías haber encontrado trabajo como anudadora de nuevo.

Sarah vaciló ligeramente en su paso. —¿Lo hiciste?

—Sí. Quería saber si estabas bien. —Daniel mantuvo la vista fija en la calle que tenían por delante—. Después de todo lo que pasó.

—¿Por qué? —La pregunta salió más bruscamente de lo que Sarah pretendía.

Daniel dejó de caminar y se volvió hacia ella. —Porque nunca dejé de pensar en ti, Sarah. Ni una sola vez en dos años.

Sarah apretó con más fuerza su cesta. —Daniel, no lo hagas.

—No estoy pidiendo nada —dijo él rápidamente—. Solo que... verte hoy ha sido inesperado y no podía dejar que te marcharas sin decirte eso.

Un carromato pasó traqueteando, ahogando momentáneamente cualquier otro sonido. Sarah aprovechó la interrupción para ordenar sus pensamientos.

—Me alegro de que a tu escuela le vaya bien —dijo cuando volvió el silencio—. Los niños tienen suerte de tenerte como profesor.

—Sarah...

—Se está haciendo tarde —le interrumpió—. Tengo que irme.

Reanudaron la marcha, y la incomodidad entre ellos era ahora más densa que antes. Cuando llegaron a la esquina donde debían separarse, Sarah se detuvo.

—Mi tienda está justo ahí abajo —dijo ella, señalando con un gesto.

Daniel asintió. —La escuela está en la dirección opuesta, cerca del distrito de las fábricas.

Se hizo otro silencio; ninguno de los dos estaba dispuesto a despedirse todavía, pero tampoco sabían muy bien cómo continuar.

—¿Recuerdas —dijo Daniel de repente— lo que me dijiste en la biblioteca, aquel último día en Lancashire?

Sarah lo miró. —Dije muchas cosas ese día.

—Dijiste: «Tal vez en otra vida. Una en la que tú no hubieras nacido siendo un Bailey y yo no hubiera nacido huérfana». —Los ojos de Daniel sostuvieron la mirada de ella con firmeza—. He pensado mucho en esas palabras.

A Sarah se le entrecortó el aliento. —Daniel...

—Ya no soy un Bailey —dijo él en voz baja—. No de ninguna forma que importe. Mi padre renegó de mí, legalmente y en todo lo demás. Y tú... a ti ya no te define el hecho de ser huérfana. Eres Sarah Dobbs, tendera y modista.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que tal vez esta sea esa otra vida. —Daniel dio un pequeño paso hacia ella—. Tal vez esta sea nuestra oportunidad de ver si esas diferencias que parecían tan insuperables hace dos años siguen importando ahora.

Sarah se sintió mareada, con el corazón acelerado. —No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —La voz de Daniel era suave—. Ahora somos personas diferentes. El mundo que nos rodea es diferente.

—Porque... —Sarah luchaba por articular el miedo que la embargaba—. Porque he construido esta vida de la nada; es segura y es mía. Lo que sugieres... es un riesgo que no sé si puedo correr.

Daniel asintió lentamente, con comprensión en sus ojos. —No te pido una respuesta hoy. Ni siquiera mañana. Solo... ¿piénsalo? Quizá podríamos empezar cenando algún día.

A pesar de todo, Sarah sintió que una sonrisa asomaba a sus labios. —¿Cenando?

—O almorzando. O tomando el té. O dando un paseo por el parque el domingo. —Daniel le devolvió la sonrisa, vacilante pero esperanzado—. Lo que te resulte más cómodo.

La parte racional de la mente de Sarah gritaba precaución, pero otra parte —la parte que nunca había olvidado del todo las conversaciones en aquella biblioteca polvorienta— le susurraba posibilidades.

—El domingo —dijo antes de que pudiera cambiar de opinión—. En el parque, cerca del ayuntamiento. A las tres.

Los ojos de Daniel se iluminaron. —Allí estaré.

—Esto no significa...

—Lo sé —le aseguró él rápidamente—. Solo dos viejos conocidos poniéndose al día. Nada más, a menos que tú quieras que lo sea.

Sarah asintió, aferrando su cesta como si fuera un escudo. —Debería marcharme.

—Hasta el domingo, entonces. —Daniel se tocó ligeramente el ala del sombrero, un gesto a la vez formal y entrañablemente torpe.

Mientras Sarah se alejaba, sintió que los ojos de él la seguían. No miró atrás, aunque una parte de ella deseaba hacerlo. Su mente

bullía con preguntas, dudas y una chispa de algo que se parecía sospechosamente a la esperanza.

Tal vez, después de todo, esta sí fuera su otra vida. Tal vez algunas barreras pudieran cruzarse, si se daba el tiempo y el cambio suficientes. Tal vez.

Se permitió una pequeña sonrisa al doblar la esquina hacia su tienda. El domingo lo dirá.

SIN TÍTULO

—¿Qué pasó después? —preguntó Sarah—. Con el molino de los Bailey, quiero decir.

Daniel dejó su taza. —En realidad, lo cerraron. Hace seis meses. Mi padre se negó a implementar las nuevas normas de seguridad y, tras otro accidente grave, las autoridades finalmente intervinieron.

Sarah abrió mucho los ojos. —No tenía ni idea.

—Todavía posee varias fábricas más pequeñas —continuó Daniel —. Pero el propio molino Bailey está cerrado. Es bastante irónico, porque todos esos años de lucha contra la más mínima reforma acabaron costándole todo lo que intentaba proteger.

—¿Y los trabajadores? ¿Qué fue de ellos?

—La mayoría encontró puestos en otros molinos, por lo que he oído. Las condiciones han mejorado en todo Lancashire desde las audiencias y, al menos, se ha abolido el sistema de multas. —La expresión de Daniel se suavizó—. Me gusta pensar que aquella pequeña rebelión sirvió de algo.

—Así fue —dijo Sarah con seguridad—. ¿Cómo está tu madre? ¿Se encuentra bien? —preguntó Sarah con cautela.

El rostro de Daniel se tensó ligeramente. —Intercambiamos cartas de vez en cuando, a través de un primo de mi madre. Sigue con mi padre, aunque deduzco que no es una situación fácil.

—Lo siento —dijo Sarah, de corazón.

—Basta de hablar del pasado —dijo Daniel—. Cuéntame de ti. ¿Qué haces en Manchester?

El rostro de Sarah se iluminó. —Tengo una pequeña tienda. Hago vestidos y arreglos, principalmente. Nada sofisticado, pero es mía.

—Es maravilloso —dijo Daniel, con una sonrisa sincera—. Siempre has tenido manos hábiles.

—La señora Winters me ayudó a montarla. Incluso he contratado a una ayudante. —Sarah no pudo evitar que el orgullo se filtrara en su voz—. ¿Y tú? ¿Qué te trae hoy al mercado?

—Material escolar, en realidad. —Daniel sacó una lista arrugada del bolsillo—. Tiza, papel, pizarrines. Dirijo una pequeña escuela en el lado este de la ciudad.

Sarah parpadeó sorprendida. —¿Una escuela?

—Para niños trabajadores —explicó Daniel—. Clases nocturnas, sobre todo. Aprenden lectura, escritura y matemáticas básicas. Los niños que trabajan durante el día también merecen una educación.

—Eso... eso es maravilloso —dijo Sarah, genuinamente impresionada—. ¿Cómo la pusiste en marcha?

—Al principio con el dinero de mi madre y con la ayuda de Arthur. Se vino conmigo después de que nos marcháramos de Lancashire. Ahora tenemos otros tres profesores y unos cien alumnos.

—¿Arthur se ha quedado contigo todo este tiempo?

Daniel sonrió. —Él afirma que no tenía nada mejor que hacer, pero creo que disfruta enseñando más de lo que jamás disfrutó siendo ayuda de cámara.

Sarah tomó otro sorbo de té, observándolo por encima del borde de su taza. —Pareces feliz.

—Lo soy, en su mayor parte —admitió Daniel—. No es la vida que me criaron para esperar, pero es una de la que puedo sentirme orgulloso.

Se quedaron en silencio un rato.

—Annie está esperando un bebé —dijo Sarah de repente, cambiando de tema—. Para dentro de unos tres meses.

—Es una noticia maravillosa —respondió Daniel—. ¿Y Tommy?

—Está aterrorizado y encantado a partes iguales —rió Sarah—. Ahora trabaja como mecánico, reparando maquinaria de las fábricas.

Resulta que todos esos años que pasó rompiéndolas le enseñaron exactamente cómo funcionan.

—¿Y la señora Winters?

—Está prosperando. Su nueva panadería es el doble de grande que la antigua y ahora tiene a tres chicas trabajando para ella. —Sarah miró el reloj de la pared—. ¡Oh! No me he dado cuenta de la hora. Debería irme... prometí ayudar con la cena.

—Por supuesto. —Daniel se levantó mientras ella recogía sus cosas—. ¿Te importaría... es decir, podría acompañarte de vuelta? Me pilla de camino.

Sarah vaciló y luego asintió. —Está bien.

Fuera, la tarde se había suavizado y la luz dorada empezaba a filtrarse entre los edificios mientras caminaban uno al lado del otro. Ninguno de los dos habló durante varios minutos, ambos muy conscientes de la presencia del otro.

—Te busqué —dijo Daniel finalmente—. Pero no sabía por dónde empezar.

El paso de Sarah vaciló ligeramente. —¿Lo hiciste?

—Sí. Quería saber si estabas bien. —Daniel mantuvo sus ojos fijos en la calle que tenían por delante.

—¿Por qué?

Daniel dejó de caminar y se giró hacia ella. —Porque nunca he dejado de pensar en ti, Sarah. Ni una sola vez en estos tres años.

Sarah apretó su cesta con más fuerza. —Daniel, no lo hagas.

—No estoy pidiendo nada —dijo él rápidamente—. Yo solo... verte hoy ha sido inesperado, y no podía dejar que te marcharas sin decirte eso.

Un carromato pasó traqueteando, ahogando momentáneamente cualquier otro sonido. Sarah aprovechó la interrupción para ordenar sus pensamientos.

—Me alegro de que tu escuela vaya bien —dijo ella cuando volvió el silencio—. Los niños tienen suerte de tenerte como profesor.

—Sarah...

—Se está haciendo tarde —le interrumpió ella.

Reemprendieron la marcha y la incomodidad entre ellos se volvió más palpable que antes. Cuando llegaron a la esquina donde debían

separarse, Sarah se detuvo.

—Mi tienda está justo ahí abajo —dijo ella, señalando con un gesto.

Daniel asintió. —La escuela está en la dirección opuesta, cerca del distrito de las fábricas.

Se hizo otro silencio; ninguno de los dos estaba dispuesto a despedirse todavía, pero tampoco sabían muy bien cómo continuar.

—¿Recuerdas —dijo Daniel de repente— lo que me dijiste en la biblioteca, aquel último día en Lancashire?

Sarah lo miró. —Dije muchas cosas ese día.

—Dijiste: «Tal vez en otra vida. Una en la que tú no hubieras nacido siendo un Bailey y yo no hubiera nacido huérfana». —Los ojos de Daniel sostuvieron la mirada de ella con firmeza—. He pensado mucho en esas palabras.

A Sarah se le entrecortó el aliento. —Daniel...

—Ya no soy un Bailey —dijo él en voz baja—. No de ninguna forma que importe. Mi padre renegó de mí, legalmente y en todo lo demás. Y tú... a ti ya no te define el hecho de ser huérfana. Eres Sarah Dobbs, y eres tendera y modista.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Digo que tal vez esta sea esa otra vida. —Daniel dio un pequeño paso hacia ella—. Tal vez esta sea nuestra oportunidad de ver si esas diferencias que parecían tan insuperables hace dos años siguen importando ahora.

Sarah se sintió mareada, con el corazón acelerado. —No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —La voz de Daniel era suave—. Ahora somos personas diferentes. El mundo que nos rodea es diferente.

—Porque... —Sarah luchaba por articular el miedo que la embargaba—. Porque he construido esta vida de la nada; es segura y es mía. Lo que sugieres... es un riesgo que no sé si puedo correr.

Daniel asintió lentamente. —No te pido una respuesta hoy. Ni siquiera mañana. Solo... ¿piénsalo? Quizá podríamos empezar cenando algún día.

Sarah sonrió. —¿Cenando?

—O almorzando. O tomando el té. O dando un paseo por el parque el domingo. —Daniel le devolvió la sonrisa—. Lo que te resulte más cómodo.

—El domingo —dijo ella antes de que pudiera cambiar de opinión —. En el parque, cerca del ayuntamiento. A las tres.

Los ojos de Daniel se iluminaron. —Allí estaré.

Sarah asintió. —Debería marcharme.

—Hasta el domingo, entonces. —Daniel se tocó ligeramente el ala del sombrero, un gesto a la vez formal y entrañablemente torpe.

Mientras Sarah se alejaba, sintió que los ojos de él la seguían. No miró atrás, aunque una parte de ella deseaba hacerlo.

Tal vez después de todo esta sí fuera su otra vida. Tal vez algunas barreras pudieran cruzarse, si se daba el tiempo y el cambio suficientes. Tal vez.

Se permitió una pequeña sonrisa al doblar la esquina hacia su tienda. El domingo diría.